

Z/ 13135 : 15, 720 (1926)

FRAY MOCHO



09.2.1926.
N.º 720

'Vendedora del Madrid antiguo'

LOS DEPOSITOS DE LA
CAJA NACIONAL
DE AHORRO POSTAL
ESTAN GARANTIZADOS
POR LA NACION
Y SON INEMBARGABLES.

FOSFOROS
con Bonos de Ahorro de
\$100.50.10 y 5
para depositar en la
Caja Nacional de Ahorro Postal

AHORRO POSTAL

¡ He aquí el resultado del año 1925 !

En Diciembre pda
se han pagado:

3.070
Bonos por
21.580
Pesos

C E R T I F I C A D O

Certifícase que desde el 15 de diciembre de 1924 hasta la fecha, los bonos de ahorro de la "Compañía General de Fósforos", presentados a esta Caja para acreditar en libretas de ahorro, ascienden a las siguientes cantidades:

M e s e s	Bonos	Importe
Diciembre 1924 a Noviembre 1925	19.196	\$ 140.165
En Diciembre 1925	3.070	" 21.580
Totales	22.266	\$ 161.745

Se extiende el presente certificado a pedido de la Compañía.-
Buenos Aires, diciembre 1925

F. J. [Signature]

En el Año 1925
se han pagado:

22.266
Bonos por
161.745
Pesos

Para los consumidores beneficiados
según el certificado que precede
con **22.266 Bonos por 161.745 Pesos**
esto significa un **Ahorro Gratuito**
porque el precio
que se abona por cada caja
de los **Fósforos "VICTORIA" y "75"**
ha permanecido siempre igual.

FRAY MOCHO

Año XV

Buenos Aires, 9 de febrero de 1926

Núm. 720

El alma de la campana

Por LAFCADIO HEARN

Daba la hora en la torre el templo de la Gran Campana de Pekín; el badajo en alto va a caer para golpear los bordes gigantescos, que contiene, grabados, textos búdicos tomados del "Libro sagrado de las flores y de la ley", y del "Libro santo que guía la vista". Oíd: ¡la gran campana responde!: ¡Ko-Ngai!... (1). Se estremecen todos los dragoncillos que vigilan en los bordes encorvados de los techos verdes, y tiemblan hasta la punta de sus colas doradas, bajo la formidable onda sonora todas las górgolas de porcelana vibran en las cornisas esculpidas y vibran también, como si hablar quisieran, las innumerables campanitas de las pagodas. En el templo, las losas, de verde y oro, tiemblan: los dorados pececillos de madera chispean bajo el sol, en lo alto de sus soportes, y más arriba aún, sobre las cabezas de los fieles reunidos, se mueve en la bruma azul del incienso el dedo erguido de Buda. ¡Ko-Ngai!... ¿Qué estruendo es ese? Todos los demonios de laca, en las cornisas del palacio agitan las lenguas color de fuego. Y después de cada golpe formidable ¡qué maravilloso es el eco, la prolongada queja de oro; y, por fin, de pronto, el sollozo silbante, mientras la sonidad inmensa se extingue en degradaciones de murmullos de plata, como una mujer, murmura: ¡Ay!

La gran campana suena así, desde hace quinientos años: "¡Ko-Ngai!"... Primero, el estruendo prodigioso; luego, la infinita queja de oro; por fin, el murmullo argentino: ¡ay!... Y todos los niños de las calles multicolores de la antigua ciudad china conocen la leyenda de la gran campana; todos saben, porque repite siempre: "¡Ko-Ngai!" ¡Ay!

Y esta es—tal como la refiere el "Discurso que explica e ilustra la piedad filial", que escribió el sabio Crisálida Piedra Preciosa, de la ciudad de Cantón—la leyenda de la Gran Campana.

En otros tiempos, hace cerca de quinientos años, el Celestamente Augusto, el Hijo del Cielo, el Emperador Seda Brillante, de la Dinastía Ilustre, ordenó al digno mandarín Pluma Tendida, que hiciera fundir una campana tan grande que su tañido se oyera a una distancia de "li". Ordenó, además, que se aliara con el metal cobre, para que el sonido de la campana fuera poderoso; oro, para que fuera profundo, y plata, a fin de que fuera suave y puro. Prescribió, por fin, las santas inscripciones de los libros sagrados que debían ser grabados alrededor de la campana. Una vez terminada, ordenó se la colocara en el centro mismo de la ciudad, para que resonara en todas las pintorescas calles de la Capital del Norte.

El digno mandarín Pluma Tendida, reunió a todos los maestros molderos y fundidores de campanas de más reputación en el Imperio. Eran todos hombres afamados y muy hábiles en su oficio. Prepararon en minuciosas proporciones los metales destinados a la aleación, así como el horno, los instrumentos, los moldes y los crisoles gigantescos en los cuales debía ser fundido el metal. Trabajaron como gigantes, olvidados del sueño, del descanso y de todas

las satisfacciones de la vida, a fin de complacer a Pluma Tendida, y, sobre todo, de obedecer al deseo del Hijo del Cielo.

Pero una vez fundido el metal, una vez separado el molde de arena del metal incandescente, advirtieron que, a pesar de su labor formidable y de los cuidados incesantes, el resultado era lamentable. Los metales se habían sublevado unos contra otros: el oro había desdenado aliarse con el cobre, y la plata no había querido unirse

con el hierro. Entonces se debió rehacer los moldes, reencender el horno y volver a empezar todo el trabajo, a costa de duras fatigas y de gran pérdida de tiempo. Y el Hijo del Cielo, al enterarse de lo que había ocurrido, se irritó profundamente, pero no dijo nada.

La campana fué fundida por segunda vez, pero el resultado fué aún más desastroso. Los metales se negaban obstinadamente a mezclarse entre sí; no había simetría alguna en la forma de la campana; los flancos aparecían agrietados y hendidos, y los bordes irregulares y desgarrados. Y todo el trabajo debió ser rehecho por tercera vez, con gran pesar de Pluma Tendida. Y cuando el Hijo del Cielo supo todas esas cosas se irritó mucho más que antes, y envió un mensajero a Pluma Tendida, con un escrito trazado sobre seda amarillo limón y sellado con el Sello del Dragón, que contenía estas palabras:

"De parte del poderoso Gozo Espléndido, el sublime Antepasado, el Celeste y el Augusto, cuyo reinado es llamado el Ilustre, a Pluma Tendida, intendente: Dos veces has defraudado la confianza que graciosamente nos habíamos dignado poner en ti. Si por tercera vez faltas a la ejecución de nuestra orden, tu cabeza será separada del cuello. ¡Tiembala y obedece!"

Pluma Tendida tenía una hija de belleza deslumbradora, cuyo nombre, Adorable, estaba sin cesar en los labios de los poetas, y cuyo corazón era aún más maravilloso que el rostro. Y el amor que Adorable tenía a su padre era tal, que por no entristecer la casa de éste con su ausencia, había rechazado cien pretendientes dignos de ella. Y cuando leyó la terrible misiva amarilla, sellada con el Sello del Dragón, se desmayó.

Luego, un día, fué a vender algunas de sus joyas, y habiendo reunido así cierta suma de dinero, visitó con urgencia a un astrólogo. Le pagó muy bien, a fin de que le revelara el medio de salvar a su padre. El astrólogo observó los cielos y notó el aspecto del Río de Plata (que nosotros llamamos la Vía Láctea); examinó los signos del Zodíaco, o el Camino Amarillo; consultó las Tablas de los Cinco Principios del Universo, y los libros místicos de los alquimistas. Y después de largo silencio, le repuso así:

—El oro y el cobre no se casarán jamás; la plata y el hierro jamás se abrazarán, a no ser que la carne de una virgen se disuelva en el mismo crisol, a no ser que la sangre de una joven se mezcle con los metales en fusión.

La Adorable regresó a su casa llena de dolor. Pero a nadie confió lo que había hecho, y guardó secreto de todo lo que había oído.

EL HEROE DEL DIA



El intrépido aviador español, comandante Ramón Franco, piloto del hidroavión "Plus Ultra" y jefe del sensacional raid aéreo Palos de Moguer-Buenos Aires. (Caricatura de Sanguinetti.)

(1) Nombre de mujer que significa adorable o destinada a ser amada.



Por fin llegó el día decisivo en que iba a intentarse el tercer y último esfuerzo para fundir la gran campana.

Adorable y su criada se dirigieron con su padre al lugar donde se realizaba la fundición: las dos mujeres se ubicaron en un estrado que dominaba el trabajo de los obreros y la lava de los metales fundidos. Los obreros desempeñaban su trabajo en el mayor silencio. No se oía más que el crepitar del fuego, que pronto se amplió hasta convertirse en un rugido semejante al que anuncia la proximidad de los tifones.

El lago de metal rojo, sangriento, se iluminó lentamente, bermejo como una aurora; luego trocóse en un radiante incendio, y, por último, se convirtió en una blancura deslumbradora, como el rostro de plata de la luna llena. Entonces los trabajadores cesaron de alimentar las llamas delirantes: todos los ojos se volvieron a los ojos de Pluma Tendida, y él se dispuso a dar la señal de verter el metal.

Pero antes de que tuviese tiempo de alzar un dedo, un grito de Adorable resonó por arriba del formidable tronar de los fuegos; un grito suave y claro, como el trino de un pájaro:

—¡Por tu amor, padre mío!

Y al lanzar el grito, se precipitó en el blanco río de metal. La lava rugió al recibirla y saltó hasta el techo en monstruoso chorro de fuego; desbordó del cráter de arena y lanzó un torbellino multicolor; por fin, se estremeció una vez más y después de relámpagos y tronar de tambores, se apaciguó con sordo gruñido.

El padre de Adorable, loco de dolor, quiso precipitarse tras su hija. Robustos obreros le retuvieron. Se desmayó y le llevaron entonces hasta su casa, como se lleva a un muerto. La criada de Adorable, muda y entristecida de dolor, permanecía aun delante del horno gigantesco. Y conservaba todavía en la mano un zapato, un delicado zapatito bordado



TERNURA

Esta sed de ternura que no pude saciar,
y esta inmensa ternura que a nadie supe dar,
en ti, pequeña mía, se habrán de compensar.

Tú me darás ternura, mi lírica golosa
de amor, serás mi fuente sellada y misteriosa...
¡Tú, pequeñita mía, romántica y medrosa!

Yo te daré ternura; tendrás para tu anhelo
más íntimo y más puro la flor de mi consuelo,
que cuido noche y día con íntimo desvelo...

¡Oh, tú, pequeña mía, la tímida y medrosa,
la blanca, sin deseos, la pura y amorosa,
la dulce, la callada, la tan poquita cosa!

Manuel Crespo García



con perlas y flores; el zapato de aquella que había sido su ama joven y bella, pues había tratado de retener a Adorable en el momento en que ésta se lanzaba para el salto fatal: sólo logró apoderarse del zapato. Y el lindo zapatito le había quedado en la mano; e inmóvil, como privada de razón, la criada continuaba contemplándolo.

Sin embargo, a pesar del triste suceso, la orden del Ser Celeste y Augusto debía ser ejecutada. Los fundidores volvieron a la tarea desesperaban del resultado, aunque el metal parecía más blanco y más puro que antes. No se distinguía el menor vestigio del cuerpo maravilloso que había desaparecido en él.

Realizóse, pues, la colada, y ¡oh prodigio!, una vez enfriado el metal quedó una campana de forma perfecta, y de un color más bello que el de la más bella campana, y del cuerpo de Adorable ningún vestigio. Se había confundido completamente con el cobre y el oro, con la plata y el hierro. Y cuando ensayaron la campana, advirtieron que sus sonidos eran más suaves y llegaban más lejos que los de todas las demás campanas. Resonaba a la distancia de cien "li" como el sordo tronar de las tormentas de verano, como una vasta voz que pronunciaba un nombre, un nombre de mujer, "¡el nombre de No-Ngai!"

Y hoy todavía, cada vez que la campana echa a volar sus sonos, se oye una queja larga y grave; y siempre la queja acaba en un sollozo y un gemido, como si una mujer murmurara llorando: ¡Ay!

Y hoy todavía, el que oye esa larga queja de oro, inclina la cabeza y calla; pero cuando el estremecimiento agudo y suave cruza los aires y cae el sollozo de ¡ay!, todas las madres chinas, en todas las pintorescas calles de Pekín, murmuran a sus hijitos:

—¡Silencio!... Es Adorable que llora por su zapato... Es Adorable que pide su zapato.

LUNA DE MIEL DEL SALMON

Diciembre es el mes en que los aficionados pueden dedicarse a estudiar el señorial y exquisito salmón, pues en esta época se desarrolla uno de los momentos más interesantes de su vida.

Después de haber pasado larga temporada en el mar satisfaciendo las necesidades del estómago, remonta los ríos para satisfacer otras, la de sus bodas.

Es probable que se hayan escrito más de trescientos libros sobre los salmones, algunos de ellos curiosísimos, y del que nos ha parecido más curioso, entresacamos lo que más interesante nos ha parecido.

Entre las aves, el macho llega el primero para elegir el lugar de su hogar, anexionándose el territorio que le convenga, y después llega la hembra, el cortejo comienza, viene la boda y termina con la constitución de la familia; pero con el salmón no sucede lo mismo: machos y hembras llegan al mismo tiempo.

Muchos pájaros, cuando llega la época del celo, se visten con el traje de boda: un plumaje especial; el salmón igualmente cambia su plateado vestido por otro rojizo. Esto en el macho, el cual sufre además una curiosa transformación: su mandíbula inferior se desarrolla considerablemente, tomando la forma de un gan-

cho. Esa proyección le sirve como un ariete, con el cual da golpes a los salmones que se acercan para robarle la novia.

La puesta se hace en aguas poco profundas. La hembra abre un agujero con su cola y en él deposita los huevos maduros. El macho permanece a su lado vigilante, y cuando la hembra ha terminado, los fertiliza.

Algunas veces las condiciones de la corriente obligan a depositar la freza en aguas profundas y entonces los huevos siguen la corriente al azar hasta encontrar un lugar que los detenga. La hembra los sigue hasta verlos en sitio seguro.

Estas operaciones se repiten hasta que la hembra haya puesto toda la hueva.

El salmón no incuba los huevos: el agua, con su mayor o menor calor los incuba, lo que depende del río donde se hace la puesta y de las temperaturas del invierno.

Esto tiene gran importancia en la vida futura del salmón, pues en esas aguas ha de pasar su infancia, hasta tener unos quince centímetros de largo, que viene a ser a la edad de veintisiete o veintiocho meses.

A esa edad se van al mar, y regresan a los tres o tres años y medio, y es curiosísimo, y hasta ahora inexplicable, por qué salmones de la misma edad pesan los unos menos de un kilo y otros hasta diez.

La edad del salmón se conoce, como la de los árboles, por las capas de escamas. Durante el invierno no se desarrolla el salmón, ni tampoco se producen los anillos de escamas.

La discrepancia en el tamaño de los salmones de la misma edad es un problema que aún no se ha explicado.

También se ha notado que una gran proporción de salmones son estériles. En algunos ríos esta proporción llega al ochenta por ciento. Estos salmones que no han desovado ni fecundado son los más apreciados para la mesa.

El salmón no vive arriba de nueve o diez años, y sólo se reproduce tres o cuatro veces. Hay peces de éstos que pesan más de quince kilos, de edad de siete y ocho años, que no han desovado o fecundado más que una o dos veces.

Generalmente, los salmones de más de treinta kilos, o son estériles o, todo lo más, se han reproducido una sola vez. ¿Cuál es la causa de esta disparidad en la reproducción?

Para demostrar lo variable que es el período de la madurez sexual en estos peces, basta decir que salmones pequeñitos, de quince a veinte pulgadas de largo, eran capaces de fertilizar huevas, y, sin embargo, no se han encontrado hembras de este tamaño con huevos maduros.

Después de la luna de miel, los

machos que han fecundado presentan una apariencia repulsiva, pues desde que abandonaron las aguas del mar no se han alimentado. La carne ha perdido fortaleza, así como el hermoso color rosado. Muchos machos se mueren; otros consiguen regresar al mar y reponerse.

Según algunos inteligentes en la materia, la pérdida del color rosado, así como el color subido de los machos en la época de la reproducción, es debido a que la materia colorante de los músculos se debe a una especie de reserva de pigmento, utilizado en parte para la conservación de los productos sexuales, y en el caso de los machos, depositada en la piel como un "surplus" perdido. El gran desarrollo de la mandíbula inferior debe tener, según los técnicos, una explicación análoga.

La coloración nupcial en las aves es debida a las actividades de las glándulas sexuales, que unas veces se manifiesta solamente en los machos, y otras presenta la misma intensidad en ambos sexos.

De todo ello resulta que aún estamos lejos de un completo conocimiento de la historia de la vida del salmón, ese delicado pescado, ornato de las mesas de gastrónomos, magnates y reyes.



FRANCO Y SUS CONSECUENCIAS, por Rojas



Ya ha transcurrido mucho tiempo desde que Carlomagno, atento a poner fin a los estragos causados por los lobos, estableció las primeras bases de la Lobetería. Esta institución, que adquirió, a través de los años, un desarrollo considerable, va cumpliendo bastante bien la tarea que le fuera impuesta, y puede asegurarse que un día muy próximo no habrá lobos en Francia.

En este respecto, los otros países de Europa son, ciertamente, menos favorecidos. Rusia es en esto un país privilegiado. No falta allí nunca buena muestra de estos animales. Algunas regiones de Italia se hallan infestadas igualmente. En los Abruzzos se evaluaba su número el invierno pasado en 1.800, repartidos en 180 kilómetros cuadrados. El gobierno italiano, en vista de ello, hizo que la Lobetería francesa le cediera a unos cuantos de sus miembros para proceder a la destrucción parcial. En tres semanas fueron muertos 35 lobos.

En España este mal está circunscrito a las comarcas montañosas de los Pirineos.

En Francia sólo puede decirse que existen estos animales en los Vosgos y la Meuse; pero poco a poco van desapareciendo. Se les hace una guerra constante. El doctor Contal, sobre todo, es un especialista de esta caza. Las estadísticas oficiales señalaban 1.980 lobos muertos en 1824. En 1924 sólo figuran ocho.

Sobre la organización de la lobetería o caza de lobos en aquel país, Marcelino Periere, administra-

CAPERUCITA PODRÁ IR TRANQUILA POR EL BOSQUE

Los lobos van desapareciendo

dor de la Asociación de oficiales o lugartenientes de Lobetería, ha publicado notables trabajos que contienen curiosos detalles.

Para cada distrito existe por lo menos uno de estos oficiales. Hay 962, que son nombrados por los prefectos.

La desaparición progresiva de los lobos ha modificado y extendido las prerrogativas de los oficiales de lobetería. Estos tienen a su cargo, en la actualidad, la destrucción de todos los animales perjudicables, tales como los jabalíes, zorras, tejones, etc.

Las funciones de estos lugartenientes son gratuitas. Constituyen, además, una carga bastante onerosa, ya que el titular debe, por lo pronto, poseer un equipo. Anotemos que, en cambio, tiene derecho a cazar jabalíes dos veces por mes en los bosques del Estado enclavados en su circunscripción, y durante el tiempo en que la caza esté abierta.

Aparte de esto, se otorgan primas por los lobos matados: una ley de 1882 fijaba estas primas en 100 francos por cada cabeza de lobo, y en 40 francos por las de lobezno. Luego se han reducido, en 1903, a 50 y 20 francos respectivamente.

¿Cómo se caza el lobo? De varias maneras. El mejor medio de cazarlos consiste en descubrir el lugar donde ellos se reúnen. Para esto se siguen las huellas de las patas, huellas muy características y muy diferentes de las que deja el perro.

Una vez descubierto el paradero del lobo, los cazadores no tienen que hacer más que rodear el sitio en que éste se oculta y esperar...

Pero cuando los lobos son muchos es preciso recurrir a una táctica más prudente y a un arma a la vez indirecta y segura: el veneno. Generalmente se inyecta estricnina en la rabadilla de un animal muerto, con preferencia un gato, porque la carne de gato es desechada por los otros carnívoros, mientras que para el lobo constituye un manjar delicioso. Pero este procedimiento no es eficaz sino en el caso en que el lobo se halle muy hambriento. Sólo, en efecto, y según el proverbio, el hambre hace salir al lobo del bosque. Pero este animal, que es muy avisado, sospecha el engaño en seguida.

El medio realmente eficaz consiste en el empleo de los cepos metálicos.

Para llevar el lobo al cepo metálico se ata a un poste bien firme una cabra vieja, cuyos balidos y olor, llegada la noche, servirán de reclamo. Y alrededor de ella se disponen unos cuantos cepos ocultos por una capa de estiércol.

Otro procedimiento consiste en cubrir una gran fosa con un cañizo. Se rodea la fosa de estacas bastante altas para que el lobo no pueda saltar por encima; pero dejando una entrada para el animal. La fosa tiene toda la extensión del cercado, en el centro del cual, y sobre el cañizo, se tiene también una cabra atada. El lobo entra en la fosa y cae.

Otro medio eficaz consiste en formar con estacas, plantadas sólidamente en tierra firme, un círculo, dentro del cual se hallará la consabida cabra. Alrededor de este círculo de estacas, otro concéntrico y separado del primero unos sesenta y cinco centímetros. Este segundo círculo tiene una entrada abierta al lobo y provista de su puerta con comunicación hacia la derecha. El lobo entra al olor de la cabra y sigue por el callejón de estacas, al final del cual tropieza con la puerta, que él mismo se cierra, quedando sin salida.

Existen otros procedimientos, que no mencionamos por ser menos salientes y por no hacer este artículo demasiado largo. Merced a todos ellos, que se emplean infatigablemente, el reinado del lobo está llamado a desaparecer, y Caperucita podrá atravesar el bosque con toda seguridad.

Del mundo de los aparecidos

El misterio de las casas encantadas

De tiempo en tiempo, a intervalos más o menos regulares, se habla de una casa encantada. Recientemente se ha hablado de una que se halla al parecer en una aldea francesa, Ronquerolles, cerca de Clermont-de-l'Oise. Habita en ella una mujer, que tiene en trámite una petición de divorcio, con cuatro hijos suyos. Todas las noches se estremecen los cinco al eco de unos golpes que suenan sobre el techo o a lo largo de los muros. Las autoridades francesas han tomado este hecho, que a la mayoría de los lectores hará reír, en consideración, ya que han enviado a la casa de los duendes un piquete de gendarmería con su cabo al frente para que compruebe la verdad del caso. Los gendarmes no han visto a la hora en que escribimos estas líneas ni una sola alma en pena.

Con razón nos reímos en la mayoría de los casos de estas manifestaciones de ultratumba. Los hechos no tardan en demostrarnos que no de muertos se trata, sino de vivos, que recurren a estos procedimientos por satisfacer un deseo de venganza o por otros designios punibles.

Sin embargo, han ocurrido y ocurren algunos hechos tan extraordinarios, que no nos explicamos satisfactoriamente.

Camilo Flammarion, que al mismo tiempo que astrónomo era un espíritu convencido, se ocupó en estas cuestiones y llegó a comprobar científicamente, según él, 5.600 casos.

Para curiosidad del lector, vamos a exponerle algunos de éstos.

En 1849, en la calle de Noyers, en París, una casa deshabitada recibía todas las noches una lluvia de piedras y cascote arrancados a los muros vecinos, algunas tan grandes, que por su peso y la distancia recorrida era imposible que hubieran sido lanzados por ninguna fuerza humana. La policía fué movilizada; se ejerció la vigilancia más estrecha, y no se averiguó la causa del suceso. Concurrió la circunstancia particular de que, habiéndose cerrado las ventanas de la casa en cuestión, algunos proyectiles tomaron la forma rectangular de éstas y pasaron al interior del inmueble, perfectamente encuadrados, rozando los quicios de las puertas.

En un palacio o castillo del Calvados, habitado en 1873 por un abate, ocurrieron hechos todavía más sorprendentes. Unos golpes violentos estremecieron la casa, hicieron saltar los muebles de su sitio; se oyeron gritos lúgubres y el ruido de algo así como una enorme bola que descendiera por la escalera saltando de escalón en escalón. Para descubrir al autor de esta zarabanda se tendió una red de hilos en todas las habitaciones; ningún hilo fué roto. Se apostaron en el palacio perros de presa extremadamente feroces; estos perros se acurrucaron en un rincón temblando de miedo.

En 1895, otra propiedad, llamada de Constantiná, cerca de Objat, en la Correze, fué también teatro de fenómenos de esta clase. En la cueva de la casa rodaron los toneles y cubas por sí solos, sin que los empujara ninguna fuerza externa visible. Una taza de café paso de una mesa a otra sin que se vertiera una sola gota. Gotas, pero de sangre, cayeron una a una sobre un periódico abierto. En presencia de testigos irrecusables se trasladaron de sitio, por sí mismas también, una escoba, una botella y una sopera; el fuego prendió sin causa aparente en una de las habitaciones, se fué extendiendo y, contrariamente a lo que reza el dicho, se vió humo sin fuego, un humo "que

se metía en una de las camas y se disipaba..."

Pero el caso más curioso, entre los más recientes y mejor observados es el de las casas "eléctricas" de la Cour-neuve. Esta barriada de las afueras de París, que hizo célebre, durante la guerra, una formidable explosión, vivía en 1907 en la calma más completa. Pero el 17 de septiembre de ese año, a continuación de una violenta tempestad, se incendió una casa sin causa visible. Al día siguiente fué un cobertizo el que se incendió por sí solo en la calle de Edgar-Iuinet. En la tarde del mismo día fué también pasto de las llamas otra casa cercana. Los bomberos vigilaban y redoblaban la vigilancia. Sin embargo, ocurrió un cuarto incendio, y en los días siguientes se produjeron los fenómenos más sorprendentes: se inflaman espontáneamente unos mangos de cuchillos que había en un cofre, el colchón de una cama, un pan que había sobre una mesa, la mesa misma. Todo esto, sucesivamente. Se apaga aquí la llama y surge allá. El inspector de una

seguros, del comisario de policía y del teniente de bomberos.

¿Qué hemos de concluir de todo esto?

No, ciertamente, que se trata de entes de ultratumba, que, a manera de sport, se entretienen en venir al mundo a trastornar nuestras fundamentales teorías. Creemos que se trata de causas desconocidas, pero absolutamente naturales, que un día, más o menos lejano, se llegarán a descubrir.

Tenía razón Shakespeare cuando decía que entre cielo y tierra hay muchas cosas que ignoramos.

La aparente desaparición progresiva de un río famoso

El "río grande" o el río por antonomasia de la Sagrada Escritura, el Éufrates, tiende a desaparecer en las inmediaciones del emplazamiento de la antigua Babilonia, donde, en el curso de once años, su anchura ha disminuído de sesenta metros a dos solamente.

En realidad, el hecho nada tiene de extraordinario porque en los alrededores de la ciudad bíblica la arena del desierto va cegando el cauce del gran río, que nace en la meseta de Armenia y se forma por la reunión de dos ramas, una septentrional y meridional la otra. Esta es a modo de impetuoso to-



—Se han llevado toda la plata, pero en cambio han dejado una botella del famoso "HIERRO QUINA BISLERI".—He salido ganando.

tra luego el Éufrates en territorio de Siria y se aproxima al Mediterráneo; pero después se desvía su curso hacia el Este y más tarde al Sudeste, dirección que ya conserva hasta la desembocadura.

En esta sección media el cauce está como socavado en la meseta. Por la izquierda se une al Éufrates el Jabur y por la derecha carece de afluentes de importancia.

En algunos parajes de las riberas del Éufrates crecen palmeras y hay plantaciones de naranjos y de limoneros, y también emergen del río algunas islas cuyo suelo está cultivado. Las orillas del río están pobladas por beduinos. Tras de haber corrido nuevamente por entre colinas, la cuenca es casi plana y la corriente profunda y fragorosa. En Bagdad se aproxima al Tigris, a una distancia de 35 kilómetros; pero ambos ríos vuelven a alejarse uno de otro y corren paralelos en un trayecto de 150 kilómetros, en el que se halla Hille (la antigua Babilonia). Ahí es donde las arenas del desierto producen el efecto a que hacemos anterior referencia.

Esa región era fértil antiguamente merced a la irrigación artificial, y aun hoy se ven algunos canales en la llanura entre el Éufrates y el Tigris. Ambos ríos se unen en Korna. La corriente toma entonces el nombre de Shatt el Arab y se dirige por una depresión plana y fértil al golfo pérsico. A 70 kilómetros de la desembocadura empieza el Delta, que por espacio de meses está inundado y cuyo suelo presenta una costra salina durante la estación seca. A fines de marzo, con las lluvias, empieza la crecida y la corriente alcanza su máxima altura hacia fin de junio.

Como vía de tráfico, el Éufrates fué poco importante en la antigüedad, ya que sólo desde Babilonia parece que alcanzó la navegación algún desarrollo, y se afirma que el cauce primitivo entre Unsajib y Samara quedó cegado por la arena y en la actualidad corre el río con dirección mucho más occidental.

Se calcula en unos 2.860 kilómetros el curso total del Éufrates, en el que todos los años producen grandes crecidas las lluvias y el derretimiento de las nieves. Esas crecidas empiezan en marzo y van aumentando las aguas hasta fines de mayo, y cinco semanas más tarde empiezan a decrecer con lentitud y regularidad hasta septiembre u octubre, en que recobra su nivel ordinario el río, que por las causas apuntadas anteriormente y en el paraje mencionado al comienzo, dijérase llamado a desaparecer.



EL MAESTRO

El santo maestro, con su acostumbrada dulzura, dijo aquella tarde benévola:

—Hijo: si puedes salvar a los dolientes, sálvalos de las tribulaciones. No los dejes que en el mundo sean como los barcos sin timón. No los abandones. Tu corazón latirá más vivo y en tu espíritu florecerán las flores humildes de la plenitud, que perfuman con sus aromas suaves.

Entonces el discípulo, con piadosa emoción, habló al maestro que le amaba:

—La vida me embriagó de egoísmo, pero el dolor de los otros y el nuestro me hizo meditar, y abandoné la ruta pedregosa. Cuando me siento como un esclavo del mundo recuerdo

sus palabras, y vuelvo para el bien como purificado de ternura.

—Ama aunque sufras—dijo lentamente.—Ama en tu dolor, que la misericordia llegará a salvarte.

Y el alumno dió la mano al lírico, y se fué murmurando palabras bien sentidas

La tarde iba cayendo. Venía de lo lejano el rumor de un suave tintinear y la música de una canción pastoril cantada por hombretones del pueblo. El joven siguió su marcha lentamente, y en una embriaguez de ensueño sintióse transfigurado, creyendo que por las calles de la vida era un predicador, mientras los ojos del maestro vigilaban sus pasos y su voz generosa lo alentaba con predicas humildes.

Oscar Alberto Ghaf.



Compañía de Seguros agarra unas cortinas y se le inflaman en las manos. Un teniente de bomberos va a trasladar un sombrero flexible, y el sombrero se le vuelve llama entre los dedos. Otro bombero, que acaba de cambiar de calzado, ve las botas que acaba de dejar chorreando convertirse de repente en dos hachas luminosas.

Esta fantasmagoría insensata se prolongó durante seis días. Tuvo fin cuando los habitantes de los inmuebles incendiados decidieron buscar cobijo en otra parte. Añadamos que cada uno de estos hechos ha sido constatado por docenas de testimonios y consignado en los informes oficiales del inspector de

rrente, que da grandes saltos por el cauce pedregoso y entre las márgenes llenas de escabrosidades. Ambas corrientes avanzan en dirección occidental, y entre ellas se elevan sucesivamente dos alturas, pasadas las cuales sobreviene la confluencia. Entonces, el Éufrates se dirige hacia el Sur y después rompe la cadena del Tauro por una abertura cortada entre masas montañosas de 600 a 1.000 metros de altura, y su cauce lo forman numerosas gradas de piedra. A 150 kilómetros de allí, en Telek, se angosta el lecho del río, que sólo mide una anchura de veinte metros aproximadamente en el paraje denominado Salto del Ciervo. Pene-

El aderezo de rubíes

Por Leopoldo LUGONES

I

A eso de las siete, noche cerrada ya, con ágil paso, y poseído de cierta emoción triunfal, se encaminaba Jorge a su domicilio, barrio del sur, casa de unas parientas solteronas. Aquella tarde había concluido sus compras, endiablada-mente difíciles, no obstante la ayuda eficaz de sus huéspedes, pues se trataba nada menos que del ajuar de su novia y varios encargos concomitantes.

Ruda semana en verdad, si se consideran las caminatas para conocer al vuelo la capital enorme; la indagación de precios en tantos negocios; el grabado de las alianzas en una joyería recomendada; las pruebas en la sastrería; las tentaciones de las vidrieras, en disonancia con el escaso presupuesto...

Pero al fin, todo acababa satisfactoriamente, y de tal modo, que debió adquirir otro baúl para las compras. La ciencia casera de sus parientas se estreñó, después de mil cálculos, ante aquel problema de capacidad, y no hubo más remedio que recurrir al otro baúl.

¡Cuánta cosa delicada y de doméstica intimidad! La ropa interior se esponjaba blanquísima, sobresaliendo aquí y allá ora un canesú de blondas, ora el suntuoso lustre de los moños de falla. En sitio preferente el traje nupcial, número de catálogo de una tienda lujosa; la guirnalda, el abanico, las ligas; los zapatos envueltos en papel de seda; las alianzas en sus rojos estuches; en uno azul el reloj y dos dijes que los formaban un jorobadito de oro muerto y un esmalte de Nuestra Señora de Luján. Nunca creyó Jorge que sus mil ciento cincuenta y seis pesos de economías alcanzaran para tanto.

Ahora, con todo hecho ya, se disponía a gozar por entero los cuatro días que le restaban, pues la rebaja de su pasaje sólo tenía validez hasta el treinta, siendo ya veintiséis de mayo. En rigor, él hubiera podido solicitar una prórroga de la empresa ferroviaria en la cual servía como telegrafista desde diez años atrás; pero ardía en deseos de ver a María Luisa, mezclándose a tal premura cierto remordimiento por haber disfrutado sin ella las fiestas mayas (tan buen novio era), y debiendo efectuarse la boda el quince de junio.

Mientras le alcanzaba el tranvía, caminaba contento, con el desembarazo de su realizada comisión. En cada mujer linda que pasaba, descubría algo de María Luisa; y aunque las de acá poseían mayor elegancia, calculando con criterio de marido, le agradaba más aquella sencillez. Ahora recordaba que la víspera de su ausencia comprometiéndose ella y él a mirar todas las noches una estrella convenida. Ni una vez siquiera lo recordó, absorto en sus encantos, no en otra cosa, y — ¿por qué no confesarlo? — un poco abobado también entre el bullicio; mientras ella, de seguro lo cumplió, con su fidelidad candorosa, sentada — la estaba viendo — en la ventana que hacía esquina con la estación.

Jorge sonrió aliviado por una tierna y a la vez filosófica superioridad.

¡Pobrecita: qué buena y qué linda era!

Advirtiéndole en eso que había andado mucho sin que le alcanzara el tranvía, se detuvo. Las vidrieras raleaban, disminuyendo de consiguiente la luz. Además, como era la hora de comer, esca-

scaban los transeúntes. Dos, tres veces miró hacia el punto por donde debía aparecer el vehículo, y como éste siguiera retardándose, empezó a pasear cabizbajo en una veintena de metros, las manos cruzadas atrás, el cigarrillo medio apagado en la boca. Era el primer acto de confianza que se permitía con la ciudad extraña, animado por la escasez de gente y por el alegre vagabundeo de sus meditaciones.

En su ir y venir había notado una pelota de papel sobre el cordón de la vereda, sin repararla casi primero, a poco, molestado por ella en su hábito de oficinista metódico, de tal manera, que

advertirlo. También el de la luz roja le convenía, pero lo dejó correr, como asimismo a otros dos verdes, y cambiando de parecer, echó a andar de nuevo.

No mucho después, la vidriera de una fonda le detuvo buen rato con el reclamo trivial de sus bananas y sus salchichas. Un pico de gas a media llave la alumbraba apenas, opacándola más aún la humedad del interior condensada sobre el cristal.

Jorge sacó delicadamente el estuche, abriéndolo con dedos que el frío acalambra un poco. A la luz escasa centellearon dos aros y un prendedor de rubíes y brillantes...

si tan rápida como la impresión, vino la calma. Un peso al lado derecho del sobretodo le recordó que, al separarse de la vidriera empañada, lo pusiera en su bolsillo de pecho.

Semejante suceso lo serenó. ¿Por qué se preocupaba así con ese hallazgo? Siendo ajeno, no quedaba otro recurso decente que la devolución. Al día siguiente lo avisaría en los diarios, y, dada la importancia de las piedras, su dueño no tardaría en aparecer. Rehusería él la gratificación, y entonces el otro, averiguando que estaba de novio, regalaría algo a María Luisa...

¡Cómo adoraba ésta las piedras finas! Recordaba, una vez que la bromeó al respecto, la pasión ingenua de su respuesta:

—Cierto, Jorge, me vuelvo loca por las alhajas.

No era difícil calcular el efecto de las joyas en sus ardientes mejillas de morena; así como su pelo negrísimo, que peinaba en bandós para acentuar el óvalo de su faz, realzaría mayormente el encanto. ¿Y sus miradas?... Aquellas miradas que infundían como la narcótica sofocación de un perfume...

No obstante el grato cariz de tal evocación, Jorge se dio cuenta de que casi lloraba, justamente en la puerta de su domicilio.

Reinaba allí cierta alarma.

—¡Jesús, Jorge, ¿qué le ha pasado? ¡Ya creíamos algo grave, y sin poder salir, mujeres solas!... Lo esperamos a comer desde las siete... ¿Y esa palidez?... ¿Qué, viene enfermo?

Se disculpó con un extravío en las calles demasiado bulliciosas; anduvo de ceca en meca, decidido a encontrar el rumbo a toda costa, sin tomar carruaje, considerando una vergüenza aquel percalce que de puro abríboca le ocurría. Caminó demasiado, se fastidió, y eso le descompuso el estómago. Ahora no deseaba sino dormir.

Aceptó, con impaciencia apenas reprimida, la tisana que le ofrecieron; y ya solo, con sus puertas bien aseguradas, abrió de nuevo el estuche.

Eran tres rubíes muy bellos, rodeados de brillantes: doce en cada aro y veinticinco en el prendedor. Aquello debía valer una fuerte suma. Si ya le quería — esto era evidente — María Luisa, con aquel regalo, enloquecería de amor por él.

La noche transcurrió entre dolorosas reflexiones. Tendría que andar con el estuche en el bolsillo, expuesto a un robo en cualquier momento, pues, si lo dejaba allí, sus parientes, urgando los baúles, podrían hallarlo. Que urgaban los baúles, no cabía duda; mujeres al fin. ¿Y cómo, con qué pretexto les pediría las llaves sin ofenderlas?

Por último se durmió con sueño difícil, prometiéndose disparatadas transacciones entre su conciencia y su ambición.

Al despedirse, tarde ya, su primera impresión fué de sobresalto: un atropello además a las almohadas bajo las cuales guardaba su tesoro. Después se mezcló una sensación de repugnancia, al mirar en las cerraduras los taruguitos de papel con que las obstruyó la noche antes para ver a gusto las piedras: tomaba ya precauciones de ladrón.

Virtiéndose en un santiamén, echándose a la calle trémulo de rabia con todo eso, entre piadosos comentarios de las parientes;



En una Copa de Agua puede Ud. hallar la Muerte

Tenga cuidado con el agua que usted consume; cerciórese si es buena. Sepa que el AGUA es el vehículo de muchas enfermedades peligrosas.

NO OLVIDE QUE PREVER ES CURAR

No consuma AGUA alguna que NO SEA PURA. EN SU CASA PUEDE USTED PURIFICARLA CON

El Botellón Esterilizador del Prof. Dr. HOTTINGER

que en el corto tiempo de una hora, esteriliza el agua más contaminada. Hoy mismo debe adquirir uno para su tranquilidad y la de los suyos.

EN LA CAPITAL DE VENTA EN LAS SIGUIENTES CASAS

Farmacia Franco Inglesa, Sarmiento y Florida. — Farmacia Belgrano, Cabil-
do, 1901. — Droguería del Indio, Rivadavia, 1501. — Beretervide y Leonardi,
Piedras, 170. — Farmacia J. T. Raffo, Esmeralda, 301.
— Heinlein y Cia., Av. de Mayo, 1402. — R. Martí-
nez y Cia., Av. de Mayo, 1001. — R. de Solanas, Santa
Fe, 2138. — Guanzirrol y Cia., Sarmiento, 1431.
— Sarmiento, 1202. — Juan Faccaro, Bm. Mitre, 2599.
— Medina y Cia., Rivadavia, 865. — Schmitt Hnos.,
Alsina, 2639. — Alejandro Colven, Viamonte, 933.
— Spinedi y Grundwald, Callao, 666. — Rafals y Cia.,
Moreno, 862. — Casa Ubalde, Maipú, 327. — Pablo
Kolbé y Cia., Moreno, 1202. — R. Greshake, Esme-
ralda, 146. — Federico Clarfeldt y Cia., P. Colón, 746.
— A. Pfeiffer y Cia., Perú, 425. — Portes Hnos., Ri-
vadavia, 1982. — Vicente Scannapieco, Tucumán, 800.
— Farmacia del Norte, C. Pellegrini y Santa Fe.
— Francisco Wackershauser, Santa Fe, 4512. — Farma-
cia Vázquez y Cia., Florida y Lavalle.
— Chile esq. E. Ríos. — Carlos Dietsch, Las Heras, 3501.
— Souto y Cia., Rivadavia, 8000. — Dr. Carlos A.
Peiti, C. Pellegrini, 163. — Silveira Rosa Hnos., 25
de Mayo, 11. — Farmacia Nelson, Suipacha, 477. —
Farmacia Vázquez y Cia., Florida y Lavalle.

A quienes se pueden solicitar precios y detalles.



acabó por darle con el pie. El bulto saltó a la calle con ruido seco, llamando la atención de Jorge, que se apresuró a recogerlo. Era un estuche oblongo.

Inquieto, sin saber por qué, se quedó inmóvil. En la acera transversal sonaba un paso; más lejos, hacia el sudoeste, calculaba, un vasto rumor de rodados; a su derecha, la luz verde de un tranvía — el suyo.

De pronto advirtió que tenía las manos heladas en los bolsillos del sobre-
todo, y que la luz del tranvía era roja. Entonces, mirando al lado opuesto, vió que el de luz verde había pasado sin él

Cerró con tanta fuerza la caja, que el resorte crujió como una ceba, haciéndole volverse. Uno de esos reflujos tan comunes en las calles populosas, llenaba de gente la cuadra, y Jorge, dominado por atroz inquietud, emprendió a paso rapidísimo una especie de fuga ante aquella muchedumbre.

De pronto, en la obscuridad de las calles excéntricas a las cuales llegaba, una angustia horrorosa lo fulminó: el estuche había desaparecido. No lo sentía en los bolsillos que abrigaban sus manos, ni recordaba su sitio en aquella especie de extravío que le acometiera. Pero, ca-





—Pobre; deseos de ver a la novia, muy naturales por cierto...

Evitó los diarios, como si el probable aviso le hubiese hecho vacilar. Con mano segura y cruel tanteaba el estuche. No dejó de pasarle, en tiránica sagacidad, la idea de que le vieron recogerlo y que lo seguían, pero desechó, con injurioso desdén, tan insensata conjetura.

La mañana, muy hermosa a pesar de su bruma ligera, lo calmó por fin. Un vaho de tibia humedad difundía en el ambiente dulzuras de otoño; y por las calles, que enjabonaba un lodo higrométrico, rodaban los carros con estrépito de alegres artillerías, recogidos en potentes collaradas sus caballos, chacoteando atropelladamente las herraduras sobre el resbaloso piso. Y aquella ferralta brutal, a la que mezclaban los tranvías sus cornetas carrasposas y las volantas su estridente redoble, tranquilizaba a Jorge con una suerte de aturrido alborozo.

Una suave laxitud substituíase a su ansiedad; con mano cada vez más segura acariciaba el estuche, indagando precios de joyas análogas en los escaparates más suntuosos. Cuando volvió a almorzar, su cálculo oscilaba entre ochocientos a mil pesos.

Y algo más valioso, si cabe, había adquirido. Aquella pérdida provenía, sin duda, de un robo antiguo, que transportaron, la noche del hallazgo, ladrones inexpertos o intranquilos. El estuche se deslizaría de algún paquete, y, o no lo sintieron, o el ruido de sus pasos, quizá, los ahuyentó sin darles tiempo a recogerlo.

No podría ser de otro modo, y quien roba a un ladrón...

Almorzó con apetito, devolviendo ágilmente las bromas de las huéspedes, al anunciarles que apresuraba su viaje. Partió al día siguiente, ya dueño de sí mismo, aunque con cierta nerviosa alegría que las parientes tomaron por gratitud extremosa.

—No, Jorge, qué va a agradecer; más bien tendría que perdonar muchas incomodidades. Y dígame a María Luisa que, aunque no tenemos el gusto de conocerla, esta casa está a sus órdenes. Y que sean muy felices, ¿eh?...

Habíales caído en gracia aquel muchacho provinciano, tan discreto y tan cortés, no obstante el mal nombre de los telegrafistas; y le deseaban la felicidad de todo corazón, no sin cierta pretensioncilla de metropolitanas...

II

El casamiento fué uno de los más lujosos que recordaba el vecindario de la villa. Verdad es que Jorge había ahorrado durante dos años, y hasta se mencionaba cierta fortuna de jugador en una ruleta ambulante. Pero lo que escandalizó de veras fué el aderezo estrenado por María Luisa el domingo posterior a su matrimonio.

La muchacha lo ostentaba con harto orgullo, y a fe que la volvía mucho más bonita. ¡Qué transporte el suyo, cuando, al día siguiente de la boda, Jorge le había colgado aquellas alhajas y con cuántos besos, besos profundos de enamorada, besos locos de niña, le había pagado tan inaudito galardón!

Curiosa, quiso saber, preguntó, para más gozar en todos los detalles. El respondió con volubilidad, mencionando economías que nadie supo, pues preparaba precisamente tal sorpresa. ¿Mil pesos le parecía tan gran cosa?... ¿No merecía mucho más su negrita idolatrada?...

Y ella aceptaba todo, con ese deslumbramiento de recién casada que mira en el esposo un héroe redentor de miserias y esclavitudes; sin comprender bien lo que significaban mil pesos, en su ignorancia de huérfana pobre, para quien las costuras de la tía con la cual se crió, fueron la única renta conocida; casi atribulada por aquella pompa, que ni a soñar se había atrevido nunca, y abismada en una estática languidez al rumor de los ósculos que, empañando las

joyas como para consagrarlas en el amor, aceleraban la asustadiza palpitación de su seno, y buscaban en su menuda oreja rosadas ternuras de golosina.

Los comentarios malévolos aumentaban su satisfacción, con el halago asaz femenino de la envidia, y su dicha fuera completa, si algunas rarezas de Jorge no la turbaran con obstinado afán.

En efecto, pasados los primeros transportes, acometíanle con alguna frecuencia sombrías desazones, miedos pueriles. No conseguía acallar su conciencia sino a ratos muy breves, que más bien parecían enconar el torcedor constante. Sorprendióse en tal ocasión, ordenando sin pretexto alguno a María Luisa, que no fuera al andén con las joyas durante el paseo vespertino, cuyo pretexto era la llegada del tren directo, constituyendo un dolor más esta cavilosa excesiva; y aunque el comentario explicó el alto coste del aderezo, conjeturando que Jorge

das, que un extremado rigor paterno tomara años atrás por irremediable desbarrio.

La obsesión de la culpa no tardó en volver, sin embargo, inocentemente suscitada por las preguntas de la esposa, que descaba oír y pagar con sus caricias, otra vez, la historia de los ahorros secretos para darle una sorpresa; la compra inesperada en aquella joyería en liquidación que se vió obligado a inventar para satisfacerla. Entonces, exasperándose su pasión en aquella ansiedad del repetido engaño, adornaba a la joven con las alhajas malditas, que exaltaban hasta lo infernal su hermosura, por el contraste del negro traje, y se la comía a besos, embriagándose de deleite y de olvido, durante noches enteras de delirio casi siniestro.

Así siguieron las cosas, hasta que, al cumplirse el año de matrimonio, una tarde que Jorge, con asombro de toda la

Lo que la pobre madre lloró, pensando en Jorge, no es decible; con más que, de allí a poco, una circunstancia, antes no advertida, aguzó su padecimiento.

Las comidas eran cada vez más escasas, los vestidos de invierno continuaban en uso no obstante andar ya muy avanzada la primavera, y cierta incomodidad dolorosa flotaba en las aseveraciones. A no dudarlo, amenazaba la miseria, que aquellas buenas mujeres le ocultaban con delicada piedad. ¡Y ella, que había pensado en vivir allí para siempre, sin creerse cargosa, pues su resignación la amoldaba a cualesquiera situaciones!

Ahora comprendía lo imposible de tal proyecto, sentíase extraña, experimentaba la necesidad de ayudar en algo. ¿Ayudar? ¡Si criada en la ignorancia y en el ocio devoto de las niñas mimadas, no sabía coser siquiera!...

Las cosas empeoraban cada vez más; las parientes sostenían ante la joven diálogos significativos. Hablaban de vender el piano, de reducirse a dos piezas en alguna casa de familia. Por fin, una noche no encendieron el gas, comiendo con una lámpara.

Al día siguiente, María Luisa tomó la decisión que desde muchos días antes la atormentaba. Vistiéndose apresuradamente y sacó de su baúl el aderezo.

La chiquilla dormía en un rincón, en su pobre cuna, y a través de la puerta semientornada, metíase una lista de sol, de bravo sol estival como un riel candente. Las piedras chispearon a la luz, y María Luisa se absorbió contemplándolas.

Por espantoso que le pareciera, Jorge tenía razón, cuando en su previsora sensatez hablaba de posibles contrastes, acordándose de esa alhaja como de su única herencia. Hasta, ofendida, había ella rechazado aquellos presagios, tan acertados por desgracia.

Era su única herencia, efectivamente, pues la empresa ferroviaria ni contestó a la solicitud de pensión.

¡Cuántas veces había santificado él con sus besos las joyas queridas, en horas de intimidad y de abandono! ¡Y quién iba a decir que antes de dos años, tanta ilusión frustrada, tanto proyecto destruido, tanta eternidad jurada en promesas de felicidad sin término, vendrían a parar en semejante desenlace!

Empeñar—y para siempre, lo auguraba—ese emblema de sus amores, deshacerse en tal forma de aquel adorno que el pobre marido muerto adquirió con tanto sacrificio, realizándolo así hasta la reliquia, era como despedirse, en irrevocable adiós, de la juventud y de la ventura. Jamás sintió la joven mayor desamparo, ni más desgarradora angustia. Como espoleada por ella, atravesó casi corriendo el aposento, y sin una caricia, sin una mirada siquiera para la criatura que dormía, salió.

El tumulto de los barrios céntricos disipó a medias su embotamiento doloroso. Encontrábase en una acera con muchos escaparates, y a pocos pasos dió con lo que buscaba.

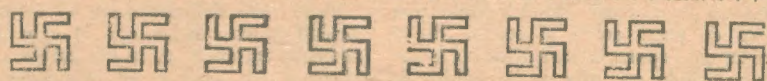
Letras de oro anunciaban, sobre una amplia vidriera, la casa de préstamos. Un pasillo muy lustroso la condujo hasta el mostrador, detrás del cual, entre dos filas de tornos rojos y un biombo japonés, el dependiente leía. Al sentir aquel paso, levantó la cabeza y saludó con sonrisa maquinal, insensible a esas fisonomías de dolor que con tanta frecuencia afrontaba.

María Luisa, con la voz anudada y los ojos tan cargados de llanto que no se atrevía a pestañear por no desbordarlos, alargó el estuche.

¡Adorado, adorado amigo de mi vida, gritaban sus entrañas, perdóname, pero ya no puedo más, y lo hago por tu hija, que te fuiste sin conocer. ¡Amigo adorado, amigo de mi alma!...

El comerciante abrió el estuche, paseó por él una mirada preventivamente desdenosa, y cerrándolo con negligencia:

—No tomamos piedras falsas, señora.



NOSTALGICA

¡Bienvenida, blanca luna,
bienvenida luna cándida,
que en el madrileño cielo
ante mis ojos te alzas!

Confidente de mis culpas,
más que amiga, eres mi hermana,
mi discreta compañera
desde mi risueña infancia.

Mil veces te vi de niño,
las pupilas azoradas,
cruzar entre las estrellas
como un gran ojo de nácar.

Y me extasié en contemplarte,
con curiosidad extraña,
interrogando el secreto
de tu incógnita mirada.

Y tú hablaste al infante,
luna amiga, luna hermana,
y respondiste al reclamo
candoroso de su alma.

Tú también del hombre sabes
los dolores y las ansias,
y has presidido sus noches
de vigilia atormentada.

Tú con él has dialogado
mil veces, allí en su patria,

y en la seda de tus rayos
han ido a ti sus palabras.

Y hoy vienes al peregrino,
luna blanca, luna cándida,
para curar su tristeza,
para endulzar su nostalgia.

Que en ti ven sus ojos, luna,
algo hermoso de su patria,
rica joya desprendida
de su bóveda estrellada.

Y el ausente te contempla
como ayer te contemplara,
extasiado ante tu alburna,
con curiosidad extraña.

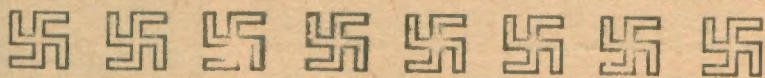
Y otra vez a su reclamo
responde tu lumbré pálida,
con palabras misteriosas
que resucitan en su alma...

Mensajera de los cielos,
confidente de mi infancia,
toma y lleva mi alma toda
a mi tierra idolatrada!

Y cuando feliz la tengas
bajo tu tierna mirada,
dila, ¡oh luna!, cuán profunda,
cuán inmensa es mi añoranza!

Juan E. O'LEARY

Madrid, diciembre 3 de 1925.



ge lo adquiriría en un remate, sus recelos no menguaron.

Con la mano de su esposa entre las suyas, durante el descanso de la tarde, parecía saborear amargamente la melancolía que deja en las estaciones aisladas el último tren al hundirse en la distancia, obstinándose la pena en silencios de dolorosa expectación; y por la noche, el temor de soñar en voz alta le imponía crueles desvelos.

La muerte de la tía, a quien se llevó en media semana una pleuresía fulminante, apenas afectó su egoísmo de enamorados, llorándola María Luisa con más convicción que dolor; pero el luto la obligó a guardar las joyas.

Esto fué un gran alivio para Jorge; menos torvo, aunque por igual melancólico, hasta proyectó reconciliarse con su familia, ausente en lejana provincia, implorando el perdón de ciertas calavera-

población, había bebido, fué apretado, al cruzar la vía férrea, entre los paragolpes de un tren.

III

Enterados de la situación porque atravesaba María Luisa, viuda y encinta de siete meses, las parientes de la capital escribieron ofreciéndole su casa, que aquella aceptó.

Recordaría siempre su arribo a la ciudad, cuya grandeza se le antojó hostil, una mañana lluviosa, con su ventolera que bufaba pulverizando garúas, y su cielo de agua donde rodaban las nubes como pingajos en la batea.

El mes y medio siguiente disfrutó de tranquilidad, casi abotagada por el gran trabajo de su organismo; y una niña, que hizo la delicia de las parientes, fué el fruto de sus malogrados amores.



UNA MONEDA ORIGINAL

El tráfico de perlas en las islas del Pacífico

A orillas de los mares del Sur, en el archipiélago poblado por tribus de la raza negra, que entre los civilizados están considerados como canibales, no existe, como es natural, la más leve noción de arquitectura. Allí se diseminan las viviendas como la maleza en el bosque; esto es, adaptándose a las ondulaciones y quebraduras del terreno, y el cuerpo principal de cada casa consiste en una plataforma rectangular que se alza sobre unos pies derechos y rodeada de tablas sin labrar, todo ello cubierto por un techo formado por astillas, bálago y enmohecidos trozos de planchas de hierro. En cuanto al suelo, aparece cubierto de hojas de palmera, y el recinto se divide en compartimientos mediante viejas esteras. Junto a la división que corresponde a la cocina hay un depósito generalmente de hierro galvanizado, para recoger el agua de lluvia, que es la que utilizan para todos los menesteres los habitantes del país. En época de sequía han de buscar el líquido de algún riachuelo, generalmente distante del poblado, y cuyas aguas no suelen poseer todas las condiciones de potabilidad. Allí no se conocen ventanas enristaladas. De lo que no carece ninguna de esas viviendas es de un cobertizo frontero a la puerta y provisto de anaqueles, adornados todos ellos con papeles de vistosos colores, y en los cuales se alinean las más diversas mercancías: botellas de aguardiente, latas de galletas, espejos encuadrados por toscos marcos, bujías, cajitas de tabaco y otras menudencias por el estilo.

De todos esos anaqueles penden collares de monedas y de cuentas, pulseras formadas con esos mismos elementos y otros objetos de adorno semejantes a los descritos, y muy del agrado de los indígenas.

Pero el tráfico principal es el de perlas. Sobre el mostrador de cada cual de esos tenduchos hay a veces una gran fortuna, representada por esas perlas, que adornarán un día la garganta de una beldad famosa en Europa o el robo de las cuales habrá de constituir una sensacional noticia en todos los periódicos del Continente. Esas valiosas joyas pasan de manos del vendedor a las del comprador, quien las contempla con aparente indiferencia, y empuja por desear la que más ha llamado su atención, pero sin perderla de vista, para fingir que por casualidad se fija en ella un rato después y adquirirla por el precio más módico posible. Al mismo tiempo compra otras de mucho menos valor, para distraer mejor la atención del indígena que se las vende, y todas ellas las introduce en una botella de regular tamaño, el contenido de la cual representa a veces una suma superior a cinco mil libras esterlinas.

Nos hemos referido anteriormente a collares y pulseras de monedas, y ofrecen éstas especial interés, porque no se trata de las monedas corrientes en Europa, sino de otras fabricadas por los indígenas, quienes, para la acuñación, utilizan las conchas machacadas de un bivalvo que se cría en aquellas aguas. La operación de triturar esas conchas requiere una gran pericia y se confía a un viejo práctico en este menester, que ejerce el oficio mientras conserva las necesarias facultades físicas. Para

machacar las conchas emplea una piedra, y ha de dejar de igual tamaño todos los trozos calcáreos. Una vez redondeados, se los coloca en una pieza cilíndrica de madera, y sujeto allí cada disco, se frota con arena por una

y otra caras para pulimentarlas bien. Esta última operación la realizan mujeres bajo la vigilancia del experto, y cada vez que esas operarias dejan pulimentada una serie de monedas, lo celebran con risas, cánticos y otras mues-

tras de regocijo, mientras el perito coloca gravemente la serie en un trozo de tela, que llega a contener numerosas filas de las originales monedas, que a la tienda del "fabricante" van a adquirir luego los otros mercaderes de la aldea, mediante el trueque por los géneros que expenden ellos.

El dinero propiamente dicho sólo se admite a los negociantes en perlas, y la competencia entre ellos ha abierto los ojos a los indígenas sobre el valor de aquellas joyas. Hoy ya saben distinguir entre una perla buena y otra de inferior calidad. Antes no ocurría así. Para aquellos salvajes, una perla era simplemente un cuerpo duro que les causaba molestia en la dentadura cuando comían ostras, y que arrojaban con la misma naturalidad con que nosotros expulsamos de la boca las pepitas de una naranja, y huelga decir que no atribuían a la perla más valor del que nosotros concedemos a la pepita de aquel fruto.

Aquellos negociantes son generalmente unos aventureros de borrascoso pasado, que disipan el producto de sus ganancias y vuelven luego a probar fortuna nuevamente. Pero también los hay metódicos, circunspectos, que sólo al negocio dedican atención y se alejan después definitivamente, para disfrutar en su país del bienestar que les proporciona una buena administración del dinero ganado mediante el tráfico de perlas.

La mayoría de esos negociantes no poseía al llegar a aquel archipiélago del Pacífico conocimiento alguno sobre las perlas y sus particularidades, y adquieren la necesaria experiencia en la constante práctica del negocio. Antes de poseer esa experiencia, el negociante compra todas las perlas que le ofrece el indígena, sin discernir las calidades de las mismas, y trafica en inferioridad de condiciones, como es natural, respecto de los que ya conocen bien el negocio.

Fuera de la temporada de compras, o sea desde noviembre a marzo, los traficantes sostienen aparente amistad; pero después todo son intrigas, ataques y contraataques en las sombras. Cada cual de ellos mira a los demás con recelo y trata de desprestigiarlos ante los vendedores de perlas. Se vigilan mutuamente, llevan la cuenta de las perlas compradas por los otros, y se sirven de indígenas a quienes pagan con largueza para averiguar cuál de los vendedores dispone de las mejores perlas, por las cuales se apresuran a ofrecer sumas de consideración para dificultar a sus rivales la compra de tales ejemplares.

Además, para captarse la confianza de los vendedores, hacen circular por la aldea fantásticas noticias sobre herencias, adquisición de una flota y otros infundios, no pocos de los cuales son acogidos con incrédulas sonrisas por los indígenas, ya habituados a las tretas de esos negociantes poco escrupulosos, uno de los cuales llegó a fingirse soberano de un remoto país, entre la rechifla de sus competidores y de los negros.

Estos últimos no podían concebir a un monarca de continente análogo al de otro blanco cualquiera, y por otra parte, y esto ya con más lógica, atribuían a un rey europeo la suficiente fortuna para no descender a empresas mercantiles.



La golosina por excelencia que los niños prefieren y que saborean con delirio:

Dulce Crema de Leche
'GRANJA BLANCA'
Sano, Delicioso y Nutritivo

Hecho con pura Crema de Leche y azúcar refinada; envasado y esterilizado bajo la más rigurosa higiene.

Una tragedia en pocos segundos: una jirafa mata a su cría antes que entregarla al cazador

Un oficial francés que acaba de llegar del Africa ecuatorial con la misión de recoger algunos animales para el Jardín de las Plantas, cuenta cómo ha visto, en sus cazas, matar una jirafa a su hijo antes que abandonarlo al cazador.

El oficial hallábase con su acompañante negro, Danga, en las proximidades de Kemalné, en el Sudán, cuando divisó en un calvero cercano a una cría de jirafa sola. Esto era rarísimo, porque las jirafas no dejan nunca a sus hijos lejos de su vista. Pero de entre los árboles próximos surgió al punto una sombra larguísima, y tras ésta, la jirafa madre, que tomó a su cría con los dientes, la

suspendió en el aire y se la llevó corriendo.

Danga no pudo contenerse y tiró sobre el animal, que cayó al suelo herido de muerte. Sus miembros se contrajeron por el dolor; un resaca de cólera cruzó por sus ojos.

Y entonces pasó esta escena, inolvidable para el cazador.

La jirafa madre apretó las quijadas. Con un esfuerzo poderoso de su cuello, lanzó al aire a su hijo. Y éste, describiendo una curva enorme, cayó pesadamente en el suelo. Se rompió las piernas. Un instante después moría. Su madre espiraba casi al mismo tiempo.



Como en el tiempo de antes

Por Javier de VIANA

El techo celeste estaba como la bóveda de un horno calentado con leña de coronilla.

En el ardor de fragua de aquella siesta excepcional, hasta el aire tenía pereza de moverse.

En medio del firmamento, el sol era como una inmensa mano de hierro enrojecido, pesando sobre todo lo terrestre.

Era colosal el silencio, porque los fuelles pulmonares, alimentados por lenta corriente sanguínea, no podían efectuar su tarea de oxigenación sino mediante el casi absoluto reposo de todos los órganos.

La naturaleza entera dormía sin un susurro, la naturaleza toda respiraba apenas, sin movimiento visible, sin ruido perceptible.

En la estancia de los Eucaliptos, los peones, tirados sobre cojinitos, medio desnudos, soportaban el flutazo de los tábanos por no mover una mano; y en sus bocas abiertas, para facilitar la entrada y salida del aire sin ningún esfuerzo, solían meterse, curioseando, las moscas.

El calor, derritiendo la grasa de los maneadores, había aflojado el ñudo, y el cuarto de oveja cayó desde la cumbre hasta tocar el suelo del galpón... "Malaquías"—el perro viejo y artero, más ladrón que una urraca;—"Malaquías" que estaba sin comer desde la vispera, olfateó la carne, levantó la cabeza, y volvió a bajarla, sin ánimo para levantarse, arrancar un trozo y mascarla.

El gato barcino soñaba sobre una bolsa de cerda, cuando una rata le pasó atrevidamente por delante. Abrió un ojo; la raya de la pupila se dilató en círculo; pusiéronsele erécticas las orejas y las uñas... y volvió a entornar los ojos, a envainar las agujas unguitales, y a hacerse un ovillo, entregándose al sueño...

A esa hora, un paisanito, de rostro color de corno de coronilla, de ojos de árabe, iba costeando al tranco de su overo sudoroso, el alambrado de la chacra de la estancia de los Eucaliptos. Se detuvo; empuñándose sobre los estribos, echó la vista sobre el maíz, y encontrando lo que buscaba, gritó:

—¡Guénas tardes, tía Saula!...

De entre los altos tallos verdes, alzose rápidamente, azoradamente, una vieja soltó las puntas del delantal y cayeron al suelo varias espigas de maíz y una sandía que se partió al caer, y quedó semeando un rojo corazón de toro, abierto de un tajo...

—¡Ah! ¿Sos vos, muchacho?... exclamó.—¡Qué susto me has dao!... Créi que juese...

—Alguno de la estancia que la sorprendiera trabajando en chacra ajena, a media siesta...

—Vine a rejuntrar algunas espigas caídas—dijo la vieja excusándose.

—Vea, mi tía; yo no le hago cargos; los patrones no se han de comer todos los choclos y todas las sandías, y no hay delito en que una pobre vieja haga lo que hacen las cotorras, comerse algunas...

—Ansina es, sobrino.

—Guéno, vengo en tu busca.

—¿En busca mía?... ¿Pa qué, muchacho?...

—Porque yo también ando con ganas de robar una sandía, y al entrar a la güelta quiero que usted entretenga los

perros pa que no se me vengan al humo...

La vieja se acercó al alambrado, cuidando de ocultarse entre los altos tallos, y preguntó intrigada:

—¿Siempre encamotao con Belarmina?...

—Siempre. Ella es pa mí como el sebo pa las guascas, lo que da vida...

—Guéno, pero no pensarás hacer una barbaridá?...

—No, tía... Pienso robarla esta noche y necesito que me ayude...

—¿Robarla?... ¡Jesús, María y José!—exclamó, haciéndose la escandalizada la vieja andrajosa.

El gauchito rió.

—¿Y di hay, tía Paula?... ¿Y a

usted no la robó el finao tío Evaristo?...

—Era otro tiempo, mi'hujo, era otro tiempo!... Entonces no había alambrados, los montes eran espesos, los pulesías no tenían remintones, ni había ferrocarriles, ni telegrafos, ni teléfonos... ¡Era otro tiempo, mi'hujo!...

—Pa los gauchos de verdá, son lo mismo todos los tiempos... ¿Qu'importa disparar en matungo flaco si el que nos persigue también viene mal montao?...

—¿Y qué querés de mí?

—Que me ate los perros. Don Evaristo, el capataz, y los peones Telmo y Galleguito, están en las carreras del Venao Arisco... En l'estancia sólo queda Aniceto, que es aparcero, y ce-

Grandeza

Bajo el misterio pensativo y mudo que ahonda el templo de la paz cristiana, símbolo fiel de la impotencia humana, medita un hombre de semblante rudo.

—¿Quién es Dios—prorrumpió—que nunca pudo demostrar su justicia soberana? ¿Este mármol acaso que profana la grandeza de Cristo en el desnudo?

Era un Cristo de mármol que en su frente tenía la blancura refulgente que abrió en los siglos su dolor profundo;

dijo:—Mi mano ajusticiarte quiso: mas, de matar a Dios, fuera preciso que en este mármol se encerrara el mundo...

Godofredo LAZCANO COLODEERO.

Córdoba.

El perro suicida

La prensa de Londres comenta un curioso suceso registrado hace días. Desde hace doce años, la señora Aileen Leader, habitante en Classas, población inmediata a Cork, en Irlanda, tenía un magnífico perro pequinés, que era el favorito de la familia, la cual poseía también otros dos perros, uno mestizo terrier y otro de aguas.

Con frecuencia se habían provocado luchas entre los tres canes, y siempre había salido triunfante el pequinés, con lo cual tanto la señora Aileen como el propio campeón se manifestaban muy orgullosos.

La supremacía del pequinés continuó indisputable hasta fines del mes último, en que a la señora Aileen se le antojó aumentar su jauría con un precioso fox-terrier.

El último ingresado observó que sus vencidos compañeros hacían objeto de grandes consideraciones al pequinés y le cedían la mejor tajada, y el hueso más succulento, y aquello no le pareció muy tolerable.

Por fin, el fox-terrier desafió al guerrero, y después de breve lucha consiguió vencerlo. Durante un día el derrotado permaneció en situación

de no poder tomar venganza de su vencimiento. Pero dos días después se arrojó inopinadamente sobre el fox-terrier con el fin de desquitarse.

En la nueva lucha también quedó vencido y sin fuerzas para volver al combate.

Miss Aileen, en vista de lo ocurrido, sacó de la casa al irascible fox-terrier y se dedicó por entero a hacer objeto de sus preferencias al pequinés. Sin embargo, al pobre animal se le veía triste refugiarse en los rincones de la casa.

Algunos días después, un jardinero, que trabajaba en los alrededores, vió que el pequinés penetraba en el río sin realizar ningún movimiento de natación, como si pretendiera ahogarse. El hombre se apresuró a salvar al can y conducirlo al domicilio de su ama, a quien refirió lo acaecido. Mas a los tres días el pequinés se encaminó al puente y desde allí se arrojó al agua. Tampoco logró su propósito de matarse, porque un transeúnte consiguió salvarlo.

Por fin, el perro suicida se dirigió al río lejos de los anteriores lugares y se lanzó al agua, de donde su cuerpo fué extraído sin vida.

rrará los ojos y los oídos... A la hora de la cena usted cái por las casas y le comienza a dar prosa a tía Venancia... Hablale mal de todas sus amigas; eso le gusta.

—Eso nos gusta a todas las mujeres...

—Cuentelé algunas zafaduras...

—¡La patrona sabe más zafaduras que yo!... ¡Es zafada la vieja, che!...

—¡Mejor!... Dejela tallar de cuando en cuando y comídase pa sebar el dulce y... ¿entavía ha de tener aquellos yuyitos que hacen dormir?...

—¡Sesegate, muchacho!... ¿Con la patrona?... ¡Sosegate!...

—Le regalo la lechera yaguané...

—¿La yaguané de ubre grandota?... exclamó tía Paula con codicia.

—Sí.

—¿Y el ternero también?

—También.

—¿Es un overito crespito, medio cruzao?...

—Sí...

Ella meditó. Luego dijo:

—¡Pucha, che, qué compromiso!... Pero, en fin, por servir a un sobrino... p'algo es la familia... ¿Y estás seguro que Belarmina v'a cabrestiar?...

—Ese tiento yo lo afino.

—Siendo de esa laya... Andá incauto lo qu'hay que hacer...

—Cosa más clara que agua'e manantial... Usted se allega a las casas a la hora 'el pulpeo; como "misia" está sola y se muere por prosiar, de fijo que la invita a comer y después... el mate dulce...

En el gran comedor de la estancia.

Doña Venancia, repantigada en su sillón tapizado con cuero de ternera pelada, ríe estrepitosamente, haciendo bailar el vientre enorme y dejando al descubierto las encías sin dientes...

—¡No, che! Yo no puedo creer que mi comadre Marculina... asina... ¡No, che, son mentiras tuyas!...

—¿Mentiras?—replicó tía Paula, fingiendo indignación.—¡Eso sí que no admito, misia Venancia!... Mire: que la parta un rayo si hay un piacito'e mentira en lo que le cuento... Gracias a Dios yo no soy mala lengua ni me gusta desagerar a naides... Tome otro mate, misia.

La gorda patrona bebió el "dulce", bostezó y dijo:

—Pucha, m'está dentrando un sueño... ¿Ande está Belarmina?...

—Aquí estoy, mama—respondió la chinita, entrando en el comedor.

—Están ladrando los perros.

—A la luna... Noche de luna, noche de...

Misia Venancia quiso reír, pero un bostezo le embargó la boca. Cerró los ojos, reclinó la cabeza en el respaldo del sillón y quedó inmóvil.

—Y'astá punto el asao—gritó la vieja.

El gauchito penetró en la habitación.

—¿Vamos, prenda?—preguntó cariñosamente a Belarmina.

—Vamos—respondió ella decidida.

Fué a la pieza inmediata, de donde volvió con un atado de ropas.

—Vamos—volvió a decir.

Y cuando se disponían a partir, amorosamente abrazados, tía Saula los detuvo, diciendo al mozo:

—Che, no te vas olvidar de mandarme la yaguaré...

LA MODESTIA

Por Lorenzo SITANO

La modestia, la sencillez, la humildad, la llaneza, son cualidades mucho más raras y difíciles de encontrar de lo que se supone a primera vista.

Es común tropezar, a la vuelta de cada esquina, con un sujeto, por cierto muy interesante y singular, que, bajo la máscara de hombre sobrio, moderado, sencillo y franco, nos espeta a quema ropa, inopinadamente, sin desearlo ni quererlo, una serie inacabable de obras y cosas por él realizadas en bien de la colectividad, debidas exclusivamente a su altas inclinaciones de nobleza, de altruismo y de generosidad; nos informa de importantes, fecundas y múltiples iniciativas que bullen en su cerebro calenturiento, que esperan la ocasión propicia para llevar al terreno de la práctica; nos habla con énfasis impertinente de los triunfos obtenidos en tal o cual asunto de interés evidente, habiendo merecido los más ardientes aplausos; nos manifiesta sin ocultaciones ni eufemismos que ella es la única persona que trabaja y persevera sinceramente en favor del mejoramiento, progreso y adelanto crecientes del país donde le ha tocado desarrollar su pensamiento y su acción; en su ridículo engrime, se complace en hacer vano, estúpido e inoportuno alarde de erudición, creyéndose un monumento de sabiduría, un monstruo de sapiencia, una enciclopedia andante; en una palabra, afirma sin reparos que ninguno, de no ser él, es capaz de conseguir nada efectivo, real, tangible, de provecho y de utilidad.

Sin embargo, todo esto no es obstáculo para que divulgue a los cuatro vientos que es una persona modesta en alto grado, sumamente sencilla, amante de la humildad, de maneras claras y llanas, que rechaza lo aparatoso y lo bombástico, que no se preocupa de sí misma y que lo único que desea y anhela ardientemente es que la sociedad esté bien, cómoda, tranquila y satisfecha, ya que tanto empeño y energía pone en tal sentido, apartándose siempre de toda preocupación particular o mezquino interés privado.

Y pensamos que han pasado aquellos hermosos y bellos tiempos en que las cosas se llevaban a cabo sólo porque eran indispensables, útiles y necesarias. La historia se encarga de demostrarnos, por lo demás, que nunca se han realizado las grandes e inmortales obras beneficiosas a los pueblos con ostentación, fausto y vanagloria ni con palabras grandilocuentes y campanudas y sin que para ello fuera menester gritar que esto o aquello se hacía en virtud de que el vecino de enfrente lo había conseguido.

Los insignes, los ilustres y eminentes hombres que han legado a la humanidad grandes y benéficas obras e inventos maravillosos, hoy olvidados por obra de la ingratitud, lo han hecho sencillamente, sin ruidosas manifestaciones, a veces después de ingentes sacrificios, porque sabían perfectamente que así cumplían con un noble mandato de su conciencia y un deber que le imponía su sinceridad, y porque realizaban de esa suerte una labor altamente útil, fecunda y provechosa para la sociedad. Y en todas partes, y siempre, los que han trabajado de verdad, con provecho en favor de una causa justa y buena, de una idea plausible y elevada, de algo grande y noble, aportando todo el caudal de su capacidad y de su esfuerzo, jamás les ha preocupado para nada el aplauso de las multitudes, la melosa voz del halago superficial y transitorio, la gloria efímera y deleznable. Han accionado de acuerdo con su sinceridad, con su ciencia, con su justicia y con su verdad, en silencio, quedamente, sin bombos ni platillos. Fueron modestos en el alto y verdadero sentido de ese vocablo.

La virtud, la sinceridad, la honradez, la modestia, son sentimientos que no necesitan proclamarse, se practican silenciosamente. Los que hablan a cada paso, los que gustan presentarse como los benefactores de la humildad, los que difunden por doquier sus relevantes prendas morales, sus actos laudables, sus gestos generosos, son los que nunca han hecho nada práctico y positivo, que necesitan justificar su inacción y su pobreza de pensamientos y de sentimientos con vocablos altisonantes, extemporáneos y fuera de tono y de lugar. La persona que está firmemente convencida de que obra bien, con toda altura y nobleza, no hace gala

y exhibición de sus cualidades y de sus virtudes.

No es posible encontrar a una persona así, esto es, vanidosa, que sea modesta y sencilla. Esto salta a la vista. La modestia, pues, en estos tipos, es falsa, es mentida, en realidad no existe. En el fondo, son orgullosos, envidiosos, pobres de espíritu, y lo único que buscan y desean es que todo el mundo se ocupe de ellos en forma alabanciosa y ceremoniosa. Trabajemos sin vanidad, modestamente, de modo anónimo y desconocido, en bien de la humanidad, dedicando todos nuestros esfuerzos y energías, toda nuestra capacidad e inteligencia a la obra de bondad y de belleza que es necesario realizar en silencio, en calma, sin tumulto ni aparatosidad, como corresponde a quienes tienen la santa y bella pretensión de ir en pos de ideales que se reputan sanos, elevados y nobles.

Artanita

Esta planta es una de las más bonitas y que adornan en los jardines en hermosos tiestos. En España se encuentra espontánea en los montes; pero las especies y variedades de más

bello aspecto pueden observarse en las estufas y en los puestos de flores.

Tiene un rizoma grueso en forma de un panecillo, que gusta mucho a los cerdos, por lo cual se llama esta planta pan de puerco. De dicho rizoma, que está debajo de tierra, salen varias hojas, cuyos peciolo son muy largos, y el limbo de forma oval variable, según las especies, y entre las hojas salen los pedúnculos muy largos que sostienen hermosas flores, de forma muy particular y de color rosado; la corola está revuelta, y encorvándose los pedúnculos en un extremo, aparecen con un aspecto extraño y muy vistoso. Cuando aparecen los frutos se encorvan los pedúnculos, y van aquellos a esconderse entre la tierra donde vegeta la planta.

Florece principalmente en los meses de septiembre y octubre, pero en las estufas y con cuidado en las casas se tienen flores durante todo el invierno.

De esta planta saca partido la medicina empleando su rizoma para un ungüento llamado de pan de puerco, muy usado para dar fricciones a los niños en caso de indigestión.



Dentro de poco, rompiendo la monótona cadencia del diario vivir, sonará la Hora del Carnaval. ¡Hora de alegría, de risas, de amor, de música, de locura! Hora rosada y brillante que nos compensará de tantas horas grises y amargas que hemos vivido.

Hay que prepararnos para gozarla minuto a minuto, segundo a segundo, porque es breve, como todo lo bueno. Hay que disponernos física y espiritualmente para recibir todas las dichas que nos traiga sin que nada logre amargárnoslas. No olvidemos que el dolor físico suele asaltarnos cuando estamos más felices y que lo mejor para defendernos de él es la

ASPIRINA

Dos tabletas alivian rápidamente el más intenso dolor de cabeza, muelas, oído, etc., y curan, como por encanto, el malestar y el decaimiento que siguen a la extrema excitación nerviosa y a las traspachadas.

NO AFECTA EL CORAZON — INOFENSIVA PARA LOS RIÑONES



Cuentos vascos

OKERRA-ETXEA

Por LUIS ANTONIO DE VEGA

En Elizondo había que cambiar de diligencia.

María Ignacia ocultó un ligero mohín de disgusto al poner su breve pie en el estribo del coche que desde la casa de postas elizondarra hacía el servicio por el valle del Baztán hasta Arizcun y la muga de Francia.

Los lunes nada más, y sujeto a la requisita del ejército carlista que ocupaba el valle, si bien en aquella fecha de 1874, pacificada la región, se encontraba casi desguarnecida, pues los navarros habían acudido en gran número a reforzar a sus compañeros vizcaínos que tenían sitiado Bilbao.

El desagrado de María Ignacia lo motivó la forzosa convivencia que por algunas horas había de verse obligada a soportar con las gentes que llenaban siete de los ocho asientos del interior del vehículo, y a las que examinó con algún recelo.

Frente a ella, junto a la ventanilla posterior, había un viejo, seguramente agote de la raza proscrita de Bozati, a juzgar por su mandíbula ancha y el rubio, ya deslucido por los años, de su cabellera.

En el mismo asiento, dos mujerucas, madre e hija debían de ser, vestidas con idéntico traje vasco y colgantes las trenzas baztanesas, de cuyas puntas pendían paralelas cintas largas, y un mozo con aspecto de versolari, agote también.

Y en el mismo asiento de María Ignacia, tres jovencuelos del ejército de Don Carlos, nativos de Arizcun, a quienes su coronel había dado permiso para que pasasen en el Baztán la Semana Santa.

María Ignacia, por substraerse a la curiosidad que su presencia había despertado, asomó la cabeza por la ventanilla fingiendo interesarse en ver cómo el postillón subía a la baca su pequeño baúl.

El viejecillo inició la conversación apenas la diligencia se puso en marcha, preguntando en vascuence a uno de los soldados:

—Con licencia, ¿eh?

—Sí.

El más joven de ellos, deseando ganar la simpatía de la joven, comentó:

—Venimos de Guipúzcoa. De las Amezketas. Nuestro batallón ha sido destinado a Vizcaya, y nosotros tenemos ocho días de permiso. Terminados éstos, donde nos manden. A mí me gustaría que me destinasen a Bilbao; pero, ¡bah!, para cuando se termine mi licencia ya lo habrá tomado Dorregaray por asalto. Si es así, prefiero la Ribera. Allí habrá lucha.

Pero María Ignacia, poco dispuesta a dejarse ilusionar, cerró sus oídos a los vocablos presuntuosos del militar, y por evitar todo intento de conversación, arregló los volantes de su falda, demasiado larga, y se asomó definitivamente a la ventanilla.

La voz del postillón se oía a intervalos, seca, como los restallidos de su tralla:

—¡Zuri! ¡Beltxel! ¡App!

El coche se bamboleaba a derecha y a izquierda, hundía sus ruedas en los baches, saltaba sobre los pedruscos de la carretera, mal cuidada, y a ratos, sirviendo de estímulo a las bestias, repetía el postillón su grito seco: ¡Beltxel!

Los ocupantes de la diligencia callaban. Ellas y ellos miraban a hurtadillas a María Ignacia, mientras el

viejo, después de haber asomado su rostro por la ventanilla, empezó a decir:

—Dentro de poco pasaremos frente a Okerra-Etxea.

El mozo que tenía aspecto de versolari preguntó:

—¿Alguna casa de brujas?

—De brujas, no. De fantasmas. Durante la otra guerra sucedió el caso. Yo estaba entonces incorporado al ejército, y por aquellos días acampábamos en Elizondo. Fue muy sonado aquel pleito. Una noche se presentó en la plaza una mujer, ya vieja, y esquivando la vigilancia de los elizondarras, se dirigió a la casa del médico, proponiendo a éste que le acompañase a las afueras, donde tenía una hija enferma de cuidado. Se avino el doctor a los descos de la vieja, y ésta le llevó a Okerra-Etxea, por donde pasaremos en breve.

Hizo una pausa ligera. María Ignacia se apartó un poco de la ventanilla, y, por disipar el tedio del viaje, escuchó las palabras del viejo, dichas en vascuence, pero con un acento que no dejaba dudas sobre su origen agote.

—Dentro de la casa vió el médico una joven tumbada en un lecho, y después de examinarla dijo a la vieja: aquella misma noche sería abuela si, como había dicho, era hija suya la enferma. Y así fué. Porque no mucho después daba a luz una niña. La abuela agradeció mucho al doctor su intervención y le pagó con esplendidez; pero algo malsano debió él de ver en los ojos malignos de la vieja, cuando, en vez de retornar a Elizondo, buscó y halló una ventana desde la que podía ver lo que en el interior pasaba. Y lo que vió fué espantoso. La bruja aquella, con sus manos largas, retorció totalmente el cuello de la recién nacida ante los ojos de la madre, que miraban la escena atónitos y asustados.

María Ignacia fué interesándose en el relato, y el agote continuó:

—Volvió el médico a la plaza, y, como ésta se hallaba bajo la autoridad militar de los carlistas, comunicó al coronel del regimiento el suceso, y aquella misma noche un piquete de soldados, del que formaba yo parte, nos personamos en Okerra-Etxea, donde, a pesar de lo rápido de nuestro viaje, ya no encontramos ni a la madre ni a la criatura asesinada. Acusó el doctor y negó la vieja; pero de nada le valieron sus supercherías, y el coronel decretó que se la hiciera bailar con una cuerda al cuello, ahorcada, en la plaza de Elizondo, en la misma que hemos tomado la diligencia.

Signió diciendo:

—Desde entonces la casa está embrujada, y no son pocos los baztaneses que han visto pasar por sus alrededores un jinete vestido de negro, montado en un caballo negro también, y con una cara pálida, muy pálida, que corre veloz, perseguido por dos perros. Un grito, que fué un alarido atroz, le hizo interrumpirse. Pálido, señaló un punto en la carretera.

—¡Mirad! ¡Ahí viene!

Se asomaron todos. María Ignacia pudo comprobar la certeza de la afirmación del viejo. Un jinete vestido de negro, pálido, intensamente pálido, corría por la carretera persiguiendo la diligencia. Dos enormes perros le presaban cortejo.

Un fuerte terror irreprimible se apoderó de los ocho viajeros. Los mozos

y las mujerucas, lo mismo que el vejete, temblaron, poseídos de un pánico insuperable. María Ignacia, curiosa y atónita, tratando de dominar sus nervios, veía cómo se acercaba el peligro desconocido, mientras el versolari permanecía ajeno a todo en su asiento.

El postillón también había visto la aparición repentina, y el susto hizo que el látigo cayera desde su mano hasta el lomo de las bestias, que al sentir el golpe, salieron disparadas en una desenfundada carrera, que aumentó el temor de todos los ocupantes de la diligencia.

—¡Se han desbocado! ¡Arantzatzuko-Eskuntza!—gimió el viejecillo.

Así parecía aquella frenética marcha, en la que el peligro de estrellarse era más que posible. El jinete, a pesar de su velocidad, quedó bastante atrás, hasta el punto que María Ignacia no le divisaba.

Luego, los caballos, cansados del galope, fueron reduciendo su velocidad para, finalmente, quedar detenidos en el camino.

La noche coronaba las caserías, todavía un poco lejanas, de Arizcun y Bozate.

Las dos mujeres masculaban en vascuence rezos premiosos en voz alta. Los demás personajes debían rezar también, sólo que en baja voz.

De pronto, María Ignacia dió un chillido ligero, que estremeció todos los ánimos. Se asomaron los rostros a las ventanillas.

El jinete desconocido se hacía nuevamente visible. Era un solo punto negro en la lejanía, que la ambigua luz lunar dejaba distinguir como una aparición inquietante.

El viejo agote gritó, lleno de angustia:

—¡Corre, mayoral! Mayoral del demonio.

El mayoral hizo un violento esfuerzo, tiró de las bridas y lanzó una interjección ronca. Todo vanamente. Los caballos permanecieron quietos, como clavados en la carretera. Se volvió hacia los viajeros, diciendo:

—No sé lo que pasa. Las bestias no quieren moverse.

—Pues azótalas—chilló el viejo.

—Es que he perdido el látigo.

Uno de los carlistas, mientras las mujercillas humedecían los rezos con sus llantos, mentaba a Riego y a la Constitución; otro increpaba al postillón.

—¡Animal! Si no sabes hacer andar los caballos, ¿por qué no dejas que otros mejores que tú hagan el recorrido?

María Ignacia seguía mirando la carretera. El versolari callaba. El punto negro se hacía cada instante más perceptible. Llegó a oírse el ladrido de un perro.

El viejo propuso:

—Corre, mayoral. Aun te da tiempo para cortar una rama de esos árboles y golpear a los caballos.

Los militares asintieron presurosos:

—¡Sí! ¡Sí!

El mayoral, poco dispuesto a dejar su sitio en el pescante, que lo consideraba seguro si lo comparaba con la carretera, transmitió la orden al zagal:

—Ya lo oyes. Tirate pronto y corta una rama.

El zagal, ocultando su miedo, bajó del pescante y trepó a un árbol. Una vez arriba, miró hacia atrás, y desde la altura vió mejor al jinete pálido, con su vestido negro y sus perros, y la emoción no le dejó oír la voz autoritaria del mayoral:

—¡Baja, baja pronto! O tira la rama, si no te atreves.

El muchacho lo que hizo fué esconder el cuerpo entre las hojas nuevas y empuñar con fuerza la navaja en su mano callosa.

Los viajeros vieron claramente al jinete de Okerra-Etxea. Los vestidos

Muchos de los malestares

y dolencias que sufren infinidad de señoras provienen de donde menos pudieran sospechar las mismas pacientes, y, sin duda alguna, casi todas éstas quedarían sorprendidas si, investigando las causas, llegaran a descubrir que dichos estados anormales obedecen, en la mayor parte de los casos, a la falta o insuficiencia de la higiene personal íntima.

En efecto, basta el menor abandono en el indicado sentido, para que tal circunstancia sea la causa originaria de numerosas enfermedades propias del sexo femenino.

La desidia en la toilette íntima favorece grandemente la invasión de las bacterias, y una vez infestado el organismo, los flujos, hemorragias, congestiones, fibromas, ovaritis y hasta el cáncer, pueden constituir las consecuencias de la falta de higiene en la mujer.

El empleo cotidiano de un buen bactericida como el Lysoform, entre cuyas excelentes cualidades se destacan las de ser incoloro y completamente inofensivo, es previsión suficiente para destruir en germen semejantes calamidades.

Si las señoras y las jóvenes supieran todo lo que significa para el organismo el hábito de una escrupulosa antisepsia íntima, basada en irrigaciones diarias con soluciones tibias de Lysoform, es seguro que habrían de convertirse en esclavas de una sencilla costumbre que asegura la posesión de una perfecta salud general y con ella la consiguiente tranquilidad de espíritu.

Use usted el jabón Lysoform, para tocador, fabricado a base de Lysoform. Pida una muestra gratis y comprobará su excelencia. Mendel y Cía., Guardia Vieja, 4439, Buenos Aires.

negros; la frente, que parecía un trozo de luna; los perros.

El viejo agote rugió lleno de ira:

—¡Para cuándo guardas la escopeta, cobarde?

La inminencia del peligro le ponía frenético. Se ahogaba lanzando apóstrofes al conductor, al zagal: rezaba, suplicaba. Los acompañantes estaban demudados, lívidos, más pálidos que el jinete misterioso.

El mayoral sacó de debajo del asiento una vieja escopeta de pistón, apoyó la culata en el hombro y permaneció un momento quieto.

El viejecillo gritó:

—¡Tira! ¡Tira!

Sonó un estampido formidable. María Ignacia pudo ver cómo el jinete daba una voltereta trágica y caía de su cabalgadura. Se quedaron inmóviles el caballo y los perros.

El zagal, que vió caer al fantasma, se decidió a bajar del árbol, llevando en su mano una rama dura.

El postillón azotó los caballos, y éstos volvieron a reanudar su marcha, primero despaciosamente; luego, con un trotecillo ligero.

Los viajeros se miraron unos a otros atónitos. Todos creían salir de una atroz pesadilla. María Ignacia recobró antes que nadie su serenidad, y, por no oír los comentarios de sus compañeros de viaje, se asomó de nuevo a la ventanilla.

□

La ambigua claridad lunar iluminaba una tragedia reciente.

Sobre la carretera, muerto de un balazo en el pecho, con los negros hábitos manchados de sangre, estaba el sacerdote de Arizcun.

Junto a él, sus perros, y su caballo parecían como tallados en un mármol selecto.

V E R A N E O

Por Mauricio LEVEL

—¡Buenos días, señora de Loubiet!... ¿Qué tal, mi viejo?... ¡Buenos días, señorita!... ¿Cómo te va, chico!

—¡Eh! ¡Buenos días, amigos!... ¡Qué rico tipo, Pousse! ¡Estás hecho un muchacho!... ¡Pantalón de franela, alpargatas, sombrero Panamá!...

—Dentro de una hora ya estarán como yo. ¡El campo!... ¡es lo único que devuelve la vida!...

Uno a uno todos los miembros de la familia Loubiet, el señor, la señora, la señorita Cecilia y el joven Gastón, pasaron entre los brazos del señor y la señora de Pousse. Ya se iba el tren que los había dejado en la pequeña estación de provincia y se abrazaban aún. La vía quedó libre, se vio la llanura tostada y las pequeñas colinas cubiertas de árboles. Venía un excelente perfume del campo y el tañido de las campanas ponía en el viento una canción. Pousse, que amaba la naturaleza, dijo a su mujer:

—¿Qué me dices de esto?... ¿Te imaginabas que fuera tan lindo?...

—¡Es adorable!...—repuso, extasiada, la señora de Loubiet.

—Pero, dígame señora, ¿cómo es que Rosita no ha venido con ustedes? ¿Es que se halla enferma?

—Rosita es una tontuela. Es inútil que se lo digamos de todas las maneras. Hace las cosas a su gusto, y así le va. Anteayer, en una tarde de fuego, tal era el calor, se le puso entre ceja y ceja salir a pescar en su barca, en medio del río. Resultado, ¡un solazo y un resfrío de cabeza!... Y ahora, como la señorita es también coqueta..., no ha querido que la vieran con tan mala cara.

—Muy bien lo que le ha pasado—declaró el señor Pousse.—Otra vez nos escuchará. Pero eso no es todo. ¿Tienen ustedes la guía de sus equipajes? Démela. Mi jardinero está ahí con el carricoche y se encargará de recogerlos. ¿Cuántos bultos?

La señora de Loubiet señaló un baúl que había quedado solo sobre el andén.

—Es eso.

—¿Eso es todo?... ¡Ah, no...; es poco amable lo que ustedes hacen!—exclamó la señora de Pousse.

—Para quince días, basta—dijo la señora de Loubiet.

—¿Quién habla de quince días?—exclamó el señor Pousse.—Espero que dentro de un mes tendremos aún la satisfacción de tenerlos con nosotros. Ahora que los tenemos, los guardaremos.

—¡Un mes!... ¡Un mes!—dijo asombrado Loubiet.

Su amigo Pousse le cortó la palabra:

—¡Silencio! ¡Aquí sólo yo ordeno!... ¡No faltaría más!...

Partieron en un pequeño automóvil, un poco pasado de moda, pero que iba rápido, sin embargo. El carricoche del jardinero que los seguía, fué apenas, al rato, un punto negro a la distancia. Luego fué la llegada, la visita de la casa, la instalación de los huéspedes. El señor y la señora de Loubiet extasiábanse ante cada cosa. Sus cuartos, los más lindos de la casa, estaban decorados con flores. Alrededor sentíase el perfume del campo, las frutas maduras y el heliotropo. Una gallina les dio la bienvenida "anunciando" su huevo, que la señora de Pousse ofreció en el acto a Cecilia.

—Y todos los días tendrá usted uno semejante.

Cecilia enrojeció de placer y agregó:

—¿Es que no podría ver a Rosita?

—Déjala—dijo confidencialmente la señora de Pousse.—Está avergonzada y no quiere vernos. Esta noche, cuando enciendan las lámparas, tal vez salga.

—¡Oh!—dijo desalentada la señora de Loubiet.

—¡Merece bien lo que le pasa!—respondió el señor Pousse.—Así aprenderá. Pero que esto no nos impida almorzar. ¡Vamos a la mesa!

Se comió una bandeja de mojarras fritas, un pollo de la casa, "paté" de familia, legumbres y frutas del huerto propio, queso a la crema hecho con leche de una vaca que los miraba comer desde su huerto. Luego tomaron café bajo los árboles, y cuando lo más fuerte del calor pasó, fueron a visitar las ruinas de un castillo del siglo XV, cuya historia relató Pousse.

—¿Es que veremos a Rosita?—pre-

y ridícula que le amargaba el placer. Su esposa ensayó calmarle y excusar a su hija. Era bien de su culpa lo que pasaba, pero ella estaba verdaderamente muy colorada y adolorida para dejar la cama.

—¿Es que no está usted inquieta?—preguntó la señora de Loubiet.

—No. No hay razón. Aunque, como usted se imagina, yo hubiera preferido que esto hubiera terminado...

Al despertarse, la señora de Loubiet, preguntó:

—¿Es que tendremos el placer de verla hoy?

V i n o c o n m i g o

Vino conmigo... Se irá conmigo.

¡Mi sueño errante,
mi luz constante,
mi sol de Otoño, mi árbol amigo!
Dios quiso así.
Sabré de mareas,
de otras estrellas, de otros lugares
de otros confines, de otros cantares...
Lejos o aquí,
en él yo siempre y él siempre en mí.

¿No crucé abismos, no surqué Vidas
con esta llama que me consume,
con estas ansias indefinidas,
con esta pena, que en mí resume
vidas antiguas...? Y esta canción,
¿no la he cantado,
no la he llorado,
no la he gritado
bajo otros cielos, con otro son?

Donde yo vaya, va el infinito
deseo extraño, luz y congoja
sed de imposible
mi antorcha roja
claro invisible
sonrisa y grito
pena y placer...
¡Si este es mi Karma! ¡Si esta es la férrea Ley inflexible!
Si estaba escrito...
¿Qué voy a hacer!
¿Premio o castigo?
Ya no investigo.
Vino conmigo, se irá conmigo.
Dios quiso así.
En viejos Tiempos me fué donado.
¿Por nada habremos atravesado
el hondo Abismo, todo estrellado
en él yo siempre y él siempre en mí...?

María Alicia DOMINGUEZ.

guntó Loubiet al sentir las campanadas que llamaban a cenar.

Pousse alzó las espaldas.

—¡Se ve que ustedes no la conocen!... ¡Mostrarse con la nariz colorada!... ¡Hay que conocer lo coqueta que es esa chiquilina!... Usted la disculpará, Cecilia, porque si tiene su edad, no es razonable como lo es usted.

—Vamos a ver mañana—dijo la señora de Pousse.

Al día siguiente, como la víspera, Rosita no consintió en dejar su cuarto, y todos se fueron, dejándola sola, al tampo de las "Tres espigas", desde donde se veía un panorama incomparable. Durante todo el paseo, el señor Pousse no cesó de murmurar y recriminar contra esa tontuela empecinada

—No lo creo. Hoy es el peor de todos sus días. No ha dormido en toda la noche.

—¡Cosa extraña!—dijo la señora de Loubiet.—Un golpe de sol que dura tanto tiempo...

La señora Pousse meneó la cabeza. El señor Pousse explicó que el sol de ese año era muy fuerte y que había que temerle. Parecía, además, mucho más preocupado y dos o tres veces en la mañana la señora de Pousse fué a ver cómo seguía su hija. Aunque el almuerzo fué succulento, sentíase ya un malestar general, y cuando propusese una excursión a las Grutas del Lobo, la señora de Loubiet, viendo que la señora de Pousse estaba contrariada, pretextó, por discreción, un poco de

fatiga. Reposaríanse ese día, lo que haría bien a todos. La tarde pasó lánguida y el servicio mismo fué malo, porque la mucama debía ocuparse de la enferma.

—Dime—dijo Loubiet cuando, a eso de las diez de la noche, se halló solo con su esposa,—¿no te parece demasiado raro este solazo que dura tres días?

—No. Y me satisface que sea tú quien se atreva a hablar el primero en este caso... Se dice siempre que son las mujeres las malas lenguas... Esto no es trigo limpio... Por otra parte, esta Rosita, con sus gustos de independencia...

—¿Tú lo crees?

—Yo no creo nada. Es una impresión... Pero aquí pasa algo anormal.

—¿No será una falsa idea que nos hacemos?

—Es posible... Esperemos. No hay peligro en la casa...

Al día siguiente, el motor de un automóvil los despertó. ¿Quién podría ser ese señor que subía las escaleras? Le oyeron hablar con la señora de Pousse, atravesar el corredor y al cabo de un cuarto de hora le vieron descender. Pousse y su esposa lo seguían, mientras hacían con las manos gestos vagos y movía la cabeza de izquierda a derecha.

—¡Diablos!—murmuró Loubiet.—¿No será el médico?... Si fuera así habría que preocuparse más... ¿Y si estuviera verdaderamente enferma? ¿Una enfermedad contagiosa? ¿No piensas tú en Cecilia y Gastón?...

—La cosa tenía su importancia! ¿Qué hacer?... ¿Preguntárselo a sus amigos? Parecía poco delicado.

—¡No importa!—dijo decidida la señora de Loubiet.—No voy a exponerme a un contagio por delicadeza...

—Esperemos aún. Tal vez ellos nos dirán algo. Observemos lo que hacen. Decidiremos luego. No hay que dar la impresión de que espiamos, ni de que huímos.

—Tal vez—comentó la señora de Loubiet,—aunque yo tengo ya mi opinión hecha...

Salió, pero volviendo al cabo de un instante, cerró la puerta, y dijo en voz baja:

—¡Ya sé todo!... Dolor de cabeza, insomnio, quemadura... El cuento del solazo, una disculpa: Rosita tiene la escarlatina. Acabo de ver algo que no me engaña. Antes de entrar en su cuarto, la señora de Pousse se ha puesto una blusa de enfermera...

—¡Diablos!—exclamó sobresaltado el señor Loubiet.—No nos queda otra cosa que irnos. ¿Y el pretexto?

—Tú acabas de recibir una carta que te exige volver a París urgentemente.

Cuando su amigo le hizo saber la novedad, Pousse puso el grito en el cielo y la señora exigióle la promesa de que volverían. Loubiet prometió, y separáronse efusivamente con abrazos y besos, que abrevió la señora de Loubiet, porque temía el contagio por sus hijos más que por ella.

—¡Uf! ¡De linda nos hemos escapado!—dijo ella cuando el tren partía.

—¡Pobre Rosita!—murmuró Pousse, instalándose en el automóvil,—tres días encerrada!... Pero, en fin, ha sido más rápido de lo que yo creía. Había calculado una semana, cuando menos.

—No. Yo te lo había asegurado. ¡Los Loubiet son unos miedosos!... El primer día no más, pararon las orejas. La blusa de enfermera concluyó con su incertidumbre...

—¡Hemos estado a la altura de las circunstancias!—exclamó feliz el señor Pousse.

—¡Un mes con esa gente en casa! ¡Me hubiera vuelto loco!... Así, hemos sido galantes con ellos..., y ahora son ellos los que nos están obligados!...

El terrible volcán Krakatoa, destructor y creador de vidas

Hace cuarenta y dos años, las islas que forman el grupo llamado del Krakatoa, situadas en el estrecho de la Sonda, entre Sumatra y Java, fueron devastadas por una de las más terribles erupciones volcánicas que registra la historia.

La tremenda explosión del volcán Krakatoa se sintió en todo el mundo. El ruido se oyó en Ceylán, Australia y en Batavia; a más de 160 kilómetros de Krakatoa se rompieron los cristales de las ventanas y los edificios tumbaron. Todos los alrededores se cubrieron de cenizas abrasadoras y piedras en una extensión de más de 30 kilómetros.

Verbeck, el geólogo holandés que estudió detenidamente el fenómeno, dice que el total de las materias arrojadas por el volcán pasó de 15 kilómetros cúbicos.

Esta pérdida de materias socavó la isla y parte de ella cayó, dejando un enorme agujero en el que se precipitaron las aguas del mar para ser lanzadas de nuevo en el espacio. Esto causó un trastorno en el mar, formándose enormes olas de más de 40 metros de altura, que rompían sobre las llanas costas de Java y Sumatra y agitando el mar en casi todo el globo terráqueo. Las costas del estrecho de la Sonda quedaron totalmente devastadas; todos los poblados fueron barridos y desaparecieron; más de 30.000 personas perecieron en tan tremendo cataclismo.

Más de la mitad de la isla de Krakatoa salió disparada por los aires, la montaña quedó cortada por la mitad y ahora se ve como un tremendo cantil, como si hubiera sido cortado por ciclópico hachazo. En donde antes había colinas de 300 metros de altura hay profundidades de 300 metros cubiertas por el agua del mar. Lo que quedó de la isla fué cubierto por espesa capa de cenizas y piedras y toda vida desapareció de ella: hombres, animales, plantas, nada quedó con vida.

La Naturaleza, como arrepentida de aquella destrucción, se ha encargado durante cuarenta años de reparar el daño causado. Al ver ahora la vegetación que cubre lo que queda de la isla cuesta trabajo creer cómo no hace aún medio siglo todo lo que allí vivía quedó aniquilado.

Ahora todo está cubierto de una exuberante vegetación, que examinada de cerca nos dice que el proceso de restauración continúa y que faltan aún muchos años para que todo vuelva a las antiguas condiciones de estabilidad.

Mentira parece que un día, no sólo desapareciese de la isla toda forma de vida, sino que la gruesa capa de cenizas inflamadas que todo lo cubrió, aniquiló, esterilizó por completo la tierra.

Aquello fué un gran experimento de la Naturaleza que los hombres de ciencia, especialmente los botánicos, estudian con atención desde hace tiempo y los geólogos se asombran con ellos de la nueva vida que va surgiendo.

El primer botánico que visitó aquellos lugares, tres años después de la erupción, fué Treub, y sólo vió algunas pocas plantas y notó que la desnuda capa de materia volcánica estaba como alfombrada de una substancia viscosa que resultó ser algas azules que retienen mucho la humedad, se encargan de romper y disgregar la materia volcánica y que además favorecía el desarrollo de los esporos de helechos. El mar y el viento se encargaron de llevar a la isla estos principios de vida.

Once años más tarde, Penzig y el mismo Treub desembarcaron en la isla con otros naturalistas y encontraron la flora enriquecida con otros ejemplares: hierba, algunos arbolillos cuyos frutos eran esparcidos por pájaros que habían acudido de las islas cercanas.

En 1906, Ernst dió cuenta del gran progreso que iba haciendo la nueva vida en el Krakatoa. El número de plantas y sus variedades habían aumentado considerablemente.

En 1919 fué a visitar la isla Van Leewen; encontró 272 especies distintas de planta y observó que se iban formando poco a poco pequeñas selvas y en los árboles crecía el musgo y variadas orquídeas.

El primer geólogo que fué al Krakatoa fué

Jacobson, en 1908, y ya encontró algunos animales, y Dammerman, poco después, encontró otros nuevos, entre otros, una enorme serpiente pitón y un cocodrilo que medía más de tres metros y medio.

Lo que más le llamó la atención fué encontrar caracoles de tierra, pues se creía, hasta entonces, que estos animales no podían viajar por mar.

La fauna era riquísima, sobre todo en arañas y hormigas, abundando también las escolopendras y escorpiones, que molestaban bastante a los naturalistas.

Las incursiones al interior de la isla se hacen muy difíciles, pues la vegetación es tan exuberante que se hace imposible abrirse camino.

El gobierno holandés no permite visitar la isla más que a los hombres de ciencia que envía a estudiar el curioso fenómeno de la isla que revive, estudio en el que pasarán muchos años antes de que termine su científica misión.

La primitiva sustentación de los rieles

En los comienzos del ferrocarril no se utilizó, como ahora, la madera para servir de base a los rieles, sino que se recurrió al empleo de grandes piedras colocadas a la misma distancia una de otra, y de igual modo que en la actualidad las traviesas, cuya aplicación al fin de que se trata hubo de constituir un gran progreso técnico, ya que, debidamente preparados esos maderos, no presentan el inconveniente del quebrantamiento, muy fácil en la piedra por dura que fuese, dado el peso enorme que había de soportar al paso de locomotoras y vagones.

Y aun se ha llegado a mayor adelanto, que consiste en el uso de traviesas de hierro, si bien éstas no se hallan tan generalizadas como las de madera por resultar bastante más costosas, sin que semejante desventaja quede compensada por una duración muy superior a las mencionadas en último término, que no se deterioran en mucho tiempo



Cualquiera que sea la causa de su debilidad

Ya sea por convalecencia de una enfermedad, ya sea por exceso de trabajo mental o físico, ya sea simplemente por debilidad general, es conveniente, sobre todo en primavera, tonificar el organismo debilitado por el invierno. Para tonificar el cuerpo, darle vigor, para despejar las ideas, aumentar el apetito, para hacer que la vida sea color de rosa, existe en botica un remedio famoso, que casi todo el mundo conoce ya, es la

NUCLEODYNE

EL TONICO QUE DA FUERZA

Preparada en nuestros laboratorios, con productos de primer orden, podemos garantizar que es un muy buen tónico, pues en su composición entra: Fósforo fisiológico, que es el alimento de las células; la estricnina, tónico por excelencia de los nervios y zumo testicular de toros, que favorece la secreción de todas las glándulas del cuerpo.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires



CANDIDATOS A DIPUTADOS NACIONALES QUE EN LOS PROXIMOS COMICIOS SOSTENDRA EL PARTIDO SOCIALISTA



Señor Adolfo Dickmann.



Doctor Nicolás Repetto.



Doctor Antonio de Tomaso.



Doctor Alfredo Spinetto.



Señor Rómulo Bogliolo.



Señor José Rouco Oliva.



Doctor Alberto Iribarne.



Señor Esteban Giménez.



Doctor Germinal Rodríguez.



Señor Felipe di Tella.

DEMOSTRACION AL CONTRAALMIRANTE ANGEL J. ELIAS



Los miembros de la brigada 33 de la Liga Patriótica Argentina, organizaron un banquete en honor del contraalmirante Angel J. Elias, con motivo de su destacada actuación dentro de la mencionada entidad. — A la izquierda: el obsequiado ocupando la cabecera de la mesa. — A la derecha: una vista general de los comensales que asistieron al acto. Ofertó la demostración el señor Domingo Schiaffino, a quien contestó el contraalmirante Elias, agradeciendo la distinción de que se le hacía objeto.

VIDA BANCARIA



Señor Mariano Gradín, gerente del Banco de la Nación Argentina, que acaba de dejar tan alto puesto, para acogerse a los beneficios de la jubilación.



ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

Máquina fotográfica adquirida en Estados Unidos, por el ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Antonio Sagarna, y destinada al Archivo General de la Nación, con la cual se facilitará, grandemente, el intercambio de documentos con los institutos similares.

Excursión automovilística de los huérfanos asilados en los orfanatos de la capital



La "Unión Propietarios de Automóviles con Taxímetro" cedió doscientos coches para que los huérfanos asilados en los orfanatos de la capital, pudiesen realizar por diversos lugares de la metrópoli. — A la izquierda: un grupo de pequeños excursionistas reunidos en la Avenida Costanera antes de iniciarse el paseo. — A la derecha: vista parcial de los autos que tomaron parte en la gira, reunidos en la Avenida Costanera que fue uno de los sitios visitados por los huérfanos.

La recepción al comandante Franco



Señores José Alejo Blanco, Avelino Sánchez, Eduardo López Rodríguez, Jaime Fuentes y Enrique García Fuentes, cinco aviadores gallegos, que han obtenido su brevet en una de nuestras escuelas de aviación, y que se proponen recibir a su intrépido connacional, en representación de las provincias gallegas.

DE LA PLATA



Señora Luby Guevara, que contrajo enlace con el doctor Manuel Crespo García.

Nuestro colaborador doctor Manuel Crespo García, cuyo matrimonio con la señora Luby Guevara, se efectuó recientemente.

BIBLIOGRAFIA



Doctor Alfredo L. Palacios, autor del libro "La Universidad nueva", recientemente aparecido.

FIESTAS AL AIRE LIBRE



Parte de la concurrencia que asistió al animado picnic recientemente llevado a efecto por el personal perteneciente al hospital Teodoro Álvarez.

Una obra de arte en entredicho



Un conflicto existente entre los escultores señorita Margarita Bonnett y señor Alejo Joris, sobre la propiedad artística que antes se atribuyen del monumento erigido al doctor Adolfo Alsina en la tumba que guarda sus restos en el cementerio de la Recoleta, motivo que el señor Joris según las informaciones periodísticas, resolviese destruír la mencionada obra de arte, anunció que dió origen a la intervención de las autoridades, para evitar la consumación de tal propósito. Publicamos con este motivo los retratos de dichos artistas y dos vistas del monumento en cuestión.



Teatros



Lola Llopis, bailarina de la compañía de revistas que actúa en el teatro Maipo.

Gente menuda

Lolita Cufre, artista de comedia que actuará en la próxima temporada en uno de los teatros del género.



Derita Borge, Elba Rosana Porto y Meibol Borge.



Alberto S. Catri.



Pedrito Luis Amestoy Ambrosioni

BELLEZAS DE ITALIA.—El encanto de Asís

o experimenta en Asís un esas sacudidas profundas, que, dos o tres veces en el curso de la existencia, hacen vibrar como un arpa hasta las fibras más recónditas del espíritu. Sería tan alta para explicar la impresión única, profunda, inolvidable, que toda alma cristiana, por poco religiosa que sea, siente ante la noble visión del país de San Francisco, ante un paisaje estupendo, rico de matices, mórbido de ondulaciones, sonoro de campanas y de golondrinas, bello como el alma del santo que lo inmortalizó.

Viniendo de Perugia se desciende hacia el valle entre campos de olivos. Doloroso es el aspecto de estos olivos: los que se encuentran en la pendiente de la colina son de los más venerables de Italia. Tan viejos son que en el tiempo de San Francisco eran probablemente centenarios. Semejan gladiadores abrazados en frenética lucha, serpientes enlazadas en un combate mortal. Más que la paz parecen estos olivos (en su dramática actitud), simbolizar la guerra.

Más he aquí, que descendiendo, la naturaleza comienza a sonreír. Ya no son los olivos. La campiña es ahora un enorme jardín. Verdes viñas festivamente dorados tapices de trigos, claros penachos de maíz se reparten el terreno de este valle. Sobre las ligeras y ondulaciones vense imponen grupos de verdes y magníficas enebros, esbeltos álamos y agudos cipreses parecen concentrar toda su savia en un solo punto, en uno como anhelo de mayor acercamiento hacia el radiante azul del cielo. Se siente que la vida es dulce y el horizonte todo recortado sobre el armonioso seno de la campiña, inclina el espíritu a la serenidad.

La tierra fecunda una impresión de fuerza y de salud. Sobre una fresca brisa que me venda la frente como una caricia y que parece acompañarme el pensamiento. Del surtidor íntimo del espíritu brota un clamor de felicidad: la vista se pierde profundamente, en el paisaje, el pensamiento flota en la naturaleza, la luz del atardecer como una blanca vela del ensueño en busca del alma.

Pienso: estos árboles ya enrojecidos por el ardiente pincel del sol estivo, estos dorados pámpanos, estas florecientes praderas, estas delicadas colinas fueron el sagrado libro donde aprendió a leer el corazón de San Francisco.

¡Dulce santo de Asís! ¿Qué fuiste más que lo que líricamente digo de Jesús: "árbol de manse-lumbre que quiso florecer"? ¿Qué fuiste sino un árbol de amor lleno de pájaros de ensueño y de fe? Aunque no fuiste, técnicamente, un teólogo, fuiste el hombre que mejor supo comprender el generoso lenguaje de la fecunda naturaleza. Sabías mal la Biblia, ignorabas hasta la primera palabra de la escolástica, y, sin embargo, ¿quién comprendió y practicó mejor que tú el divino verbo de Jesús? No fuiste ni dignatario de la iglesia, ni obispo ni siquiera abad de un monasterio, pero quien mereció serlo más que tú que te uniste a la señora Pobreza con ímpetu y amor ínnitos, olvidándote para siempre de las vanidades humanas. Eras orador aunque sin método o torpe: no obstante, ¿quién convenció

mejor que tú que dejabas correr el agua purísima de tu oración con un fervor celeste para mover los brazos de las almas que escuchaban.

"Hermano lobo", "hermano pájaro", "hermana agua", "hermana flor": ¡qué dulces debían sonar en tu boca estas palabras que te brotaban espontáneamente del corazón, oh hermano de San Francisco!

El 4 de Octubre de 1926 se celebrará en todo el mundo cristiano el séptimo centenario de la muerte de San Francisco, el más santo entre los santos italianos y el, para nosotros, más amable y más querido.

Entremos a las dos iglesias superiores de San Francisco, la baja y la alta, para recordar algunos hechos de la terrible vida del santo y detengámonos largamente en la alta, la más hermosa y elocuente desde este punto de vista. ¡Con qué magistral delicadeza nos habla el pincel de Giotto! ¡Qué maravilloso poema de leyenda de verdad el que nos ha trazado este angelico pintor! ¿Qué importa si la leyenda tiene en estos frescos más interés que la historia? ¿Qué importa si la poesía vence al documento? La figura de San Francisco aparece como en los "Fioretti" idealizada? ¿Conoceríamos nosotros al verdadero San Francisco si dudáramos que habló a los peces del Trasimeno o que hizo que el lobo de Gubbio le tendiera fielmente la pata?

Veintiocho son los frescos pintados por Giotto que con su mezcla de ensueño y de realidad, con su ingenuidad íntima, con su fresco colorido, con su jugosa gracia nos encantan, nos palpan el corazón, nos abren la fuente más íntima de nuestra ternura. ¿Dónde comienza el sueño? ¿Dónde termina la realidad? ¿Lo sabía acaso el mismo artista?

De esos veintiocho frescos unos fijan los hechos más sobrenaturales: San Francisco echa los demonios lejos de las murallas de Arezzo; ve en ensueño un palacio todo armado; se aparece a sus "tratelli" en un coche florecido de llamas; se eleva de la tierra con las ardientes alas de su plegaria; construye una cuna para el Niño-Dios que se despierta junto a él; hace brotar agua de una piedra para dar de beber a un campesino sediento.

Otros frescos, por el contrario, cuentan tan simple y graciosamente los hechos más comunes de su santa vida: da su vestido a un pobre; devuelve sus ropas a su padre en tanto que el obispo de Asís lo cubre con su manto; despidió de Santa Clara; entrega su alma a Dios en medio a sus llorosos discípulos.

En las decoraciones y arquitectura que encuadran cada una de estas admirables escenas hay la misma mezcla de ensueño y de realidad. Junto a las más raras construcciones de una fantasía, a menudo incomprensible, es una delicia ver reproducidos los mismos paisajes donde un momento antes nuestros ojos se extasiaron: la colina de Arezzo, la vieja y evocadora plaza de Asís, la garganta del Subasio, el oratorio San Damián, donde tantas veces vio el santo a recoger.



La estatua de San Francisco de Asís, erigida en la plaza de la Catedral del pueblo de aquel nombre



A. Iglesia superior e inferior de San Francisco. B. Claustro grande.

MAYORINO FERRARIA

D E PUENTE DEL INCA



Una cabalgata de excursionistas cruzando el Camillo de Cuevas, camino a la Gruta de Hielo.



Al borde del abismo.



En la Gruta de Hielo.



Los señores Raggio, Massuzoni, Gentile y Jepper.



Señor Jorge Lazarovits.

Durante la misa oficiada al pie de la imagen del Cristo Redentor de los Andes por el R. P. Aragón, vicerrector del colegio Lacordaire.

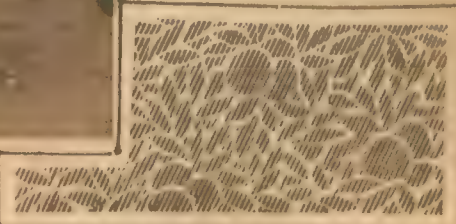


Familias de Ariza, Gentile y Gopceovich.



Niños de Rodríguez, Faust, Gopceovich y Arata.

Fots. Arata.



Los primeros premios
discernidos en la re-
ciente Exposición
Comunal de Artes
Industriales

Arte español del hierro forjado.
Exposición de trabajos ejecutados
en los talleres del señor J. Díez de
Ugarte, que obtuvo el Gran Premio
de Honor, Medalla de oro y \$ 500
en efectivo



Expositores a quienes se otorgaron primeros premios



Señor Enrique Salas. (Muebles de estilo.)



Señor B. J. Trias, de la firma Mir, Chau-
del y Compañía, fabricantes de muebles.



Señor B. Mir, perteneciente a la razón
social anteriormente mencionada.



Señor J. Sebastián Chico, director de
casa A. Lappa



Señor F. Muchow. (Muebles de estilo.)



Notable composición fotográfica, hecha con luz artificial, y expuesta por los señores
Bixio y Castiglioni, bajo el título "La novia", que alcanzó primer premio y
medalla de oro.



Señor Juan S. Cambiasso, de la firma
Lorenzini y Peretti



NOTAS MARPLATENSES



Venita de Echart.



Niños de Devoto



Señora de Sapolla y señoritas Irma, Zulema y María M. Perea.



La señorita Luisa Ahumada, que en el concurso organizado por el Mar del Plata Golf Club ganó la Copa Esperanza



Señora de Noguera Olmi y su hija Ivonne.



Willy Portalis



Doctor Antonio Stagliano Ingeniero Tórcile y señores Alejandro Sesin, Daniel Di Yorio y Roccaghiata.



El inspector general de Investigaciones, comisario Eduardo I. Santiago, y el comisario Ricardo Gabrieli, acompañados de sus respectivas esposas y del señor Juan Broggi.



Silvia, Elenita y Charlie Miguens Casares, María Luisa, Patricio, Inés y María Rosa Cullen Miguens y Juan Carlos Pereira Pinto.



Niños de Arocena.



Niños de Meoli.



El doctor Daniel Inchausti y su esposa

De la Falda (Córdoba)



Señoras Renée F. B. de Duben y Modesta L. de Bruschi, señorita Modesta Bruschi Legarreta y señor José C. Bruschi



Señorita Modestita Bruschi Legarreta



Señorita Carola Bruschi Legarreta



Un bello aspecto del dique "El Prado"



Señora Renée F. B. de Duben



El señor Bancalari y su familia, a la entrada del hotel en "El Prado".



ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Escena del cine drama "Labios sellados", del cual son protagonistas Dorothy Revier y Cullen Landis, y que Max Glücksmann estrenará el próximo domingo.



Richard Holt y Katlyn Mc Guire, protagonistas de "El hombre que volvió", cine drama que la New York Film estrenará el 20 del mes en curso.



Una estatua del famoso William Hart, conocido actor cinematográfico, que recientemente ha reanudado sus actividades artísticas.



Tomasina Mix, la hijita del notable actor Tom Mix y futura artista de la pantalla.



Billy Sullivan y Gloria Grey, en una escena de "El boxeador de guante blanco", cine drama que la General estrenará el próximo domingo.



Gleen Hunter y Edna Murphy, protagonistas de "El pequeño gigante", cine drama que la Universal estrenará pasado mañana.



Escena de la divertida película "¿Quién de ustedes es mi amigo?", con Francis La Man, Patricia Palmer, Jimmy Aubrey y Emily Stevens como intérpretes, que la Corporación exhibe desde el domingo último.



LA PROPAGANDISTA.—¿Y no tiene usted amigos que vengan a visitarle?
EL PRESO.—No, señora. Todos están aquí.



El profesor.—¿Cuándo debe cogerse la uva?
El alumno.—Cuando no está el guarda

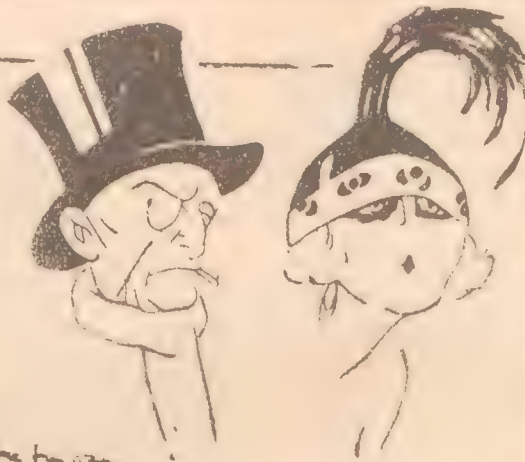


—Un vestido así es lo que quiero hacerme. Augusto. ¿Ves qué esbelta resulta la figura?



—No puedo pagarle sin que usted acredite su personalidad. ¿Tiene algún documento?
—No.
—Tiene usted algún amigo?
Ninguno. Soy casero.

La página humorística



—Julio me ha prometido los pendientes de diamantes tanto me gustan.
—¿Julio?
—Sí. Dice que tiene un amigo que puede regalármelos.



—¿Y con qué hacen ustedes estos dibujos tan bonitos en la manteca?
—Con el peine, señorita.



—¿Cuánto ha adelgazado usted, amigo mío!
—Sí; he perdido 5.000 libras.



El marido.—¡Esta primavera que fuerza tiene! ¡Hasta el bigote te crece!

CLASE DE EQUITACION



El profesor.—No hace falta que salte usted también, señor.



—En cuanto te dé una azotaina ya verás cómo arrepientes.
No te molestes, papá. Me arrepiento ahora mismo.



—¿Qué lees?
—Un artículo de modas. Dice que el sombrero con el ala rota será la última palabra esta temporada.

DE MENDOZA.—Excursión a Potrerillos.—Veraneantes en Villavicencio



Organizada por la Universidad Popular de Mendoza, se realizó una animada excursión a Potrerillos, en la que tomaron parte numerosos excursionistas. Interesante vista del tren que conducía a los expedicionarios, tomada desde uno de los vagones del mismo convoy, al cruzar un puente, poco antes de llegar a Potrerillos.



VILLAVICENCIO.—Un grupo de familias veraneantes.



Señores José H. Villanueva, Manuel Cantón, Raimundo Malvisini y Alear-do Scotti.



Señor Boireau y su esposa.



Señoras de Barbuzza y de Cohn.



Señores Eduardo Bacigalupo y José Vellón.



Familia de Casal.



Señor Higino y señora.

De nuestros escenarios: Ada Falcón

Tiene la canción criolla, la música popular, que tanto se ha difundido en estos últimos tiempos, muchos cultores en nuestros escenarios. Entre ellos, destaca la tiple Ada Falcón, tan aplaudida en los teatros de revistas y en todos aquellos donde se cultiva con éxito ese género, hoy tan en boga.

El tango tiene en Ada Falcón a una intérprete destacada, como que la popular artista siente esa música. Ella misma nos lo dice:

—Desde que, por vez primera, aparecí en un escenario, hace pocos años, con el nombre de "Joyita Argentina", tenía acentuada predilección por las canciones criollas y, especialmente, por el tango. Esa música me emociona, me encanta. Pareciera que sus melodías, tan características, su ritmo, inconfundible, produjese una sugestión en mi espíritu, me transportase, diría así. Tanto en el teatro como en la radio, donde actúo con frecuencia, pues pertenezco al grupo de artistas que completan los programas de L. O. Z., siento gran entusiasmo cuando canto, y procuro siempre que mi interpretación sea

lo más adecuada posible, lo más adecuada a lo que la misma música exige, porque es indudable que la música nuestra es la expresión exacta de nuestro

jumbrosos". tr... tango y de los estilos, de las vidalita etc., no es otra cosa que la exteriorización musical de un modo... muchas veces se nos ha... se nos ha dicho muc... mos tristes, aun para... se nos ha censurado... que a ciertos extranjeros sorprend.

"Bien es cierto que yo considero asimismo que en esos juicios hay un poco de exageración, y que las cosas deben considerarse en su justo valor y en su verdadero alcance; pero no desconozco tampoco que hay algo de cierto en esas observaciones y que, en definitiva, nuestra música es fiel reflejo de nuestro espíritu, tan propicio para tales manifestaciones y para exteriorizar un estado de ánimo que, con todo, no es permanente.

"Tal es mi opinión, licitamente expresada en este tema—terminó diciéndonos Ada Falcón.—Estoy muy reconocida al público que me distingue con sus aplausos y con su simpatía, y quiero manifestar una confianza: quien me alienta y me estimula en mi modesta carrera artística, es mi madre, y por eso, al darle estas opiniones, le hago un pedido: deseo que junto a mi fotografía se publique la de ella.



Señora Alma Falcón, madre de la aplaudida tiple, en quien tiene ésta su mayor estímulo.



Lista para entrar en escena.



En una de sus más celebradas interpretaciones.

FRAY MOCHO EN ROSARIO DE SANTA FE



Señor Tobías Arribillaga. Doctor Víctor R. Pesenti. Señor Domingo Teliberti. Doctor Ricardo Ortiz. Señor Primitivo Sa. Dr. Bernardo Dell Oro
Candidatos a senador, el primero, y a diputados los demás, que sostendrá la Unión Cívica Radical (Comité Nacional) en las próximas elecciones provinciales.



Señor Fernando Pérez. Doctor Ramón Casas Du chenois. Doctor Juan Díez de Andino. Señor Angel E. Garavano. Doctor José N. Antelo. Señor Ricardo Mírmol
Candidatos a senador (el primero) y a diputados, que votará el partido Demócrata Progresista en los comicios del 7 del corriente.



Público estacionado frente a las pizarras de la sucursal de nuestro colega "La Prensa" esperando las noticias sobre el sensacional "raid" del comandante Franco, que ha despertado enorme interés en la ciudad rosarina.



El ex práctico del puerto de Rosario, señor Francisco Metini, después de haber realizado en el río Paraná, pruebas satisfactorias con el salvavidas de su invención, que muestra la fotografía, y que pesa solamente un kilo.



Enlace de la señorita Victoria Contrarutti con el señor Luis M. Oroño. — Los contrayentes, después de la bendición del acto.



Los automovilistas T. Roatta y D. Bucci al partir, en su etapa final, que les lleva al triunfo en el Gran Premio Nacional de 1926, recientemente disputado.



Preparados por la "Academia Mercantil Caraballo", incorporada a la Escuela Nacional de Comercio



Independiente y realizadas en el velódromo
ganador en la prueba de 100 kilómetros. Le
acompañan Enrique Calvi y Luis Pastore

Todoro Caccia y Esteban Parmegiani, que se clasificaron
tivamente en la carrera de 10 kilómetros



Compañía de omnibus serie H, "Republic" puso a disposición de la dirección del Asilo de Huérfanos varios vehículos, para que los pequeños asilados realizaran una
excursión por diversos lugares de la ciudad. Durante un alto en la tira

INAUGURACION DEL NUEVO PABELLON DE "LA CUMBRE GOLF CLUB"

Con asistencia del gobernador de la
provincia de Córdoba, doctor Ramón J. Gar
inauguróse el nuevo pabellón de
"Cumbre Golf Club" -- Vista general
tomada desde la cancha de golf



INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



ADROGUÉ. — Con objeto de allegar fondos en beneficio de su biblioteca, el Club E. Adrogué, organizó una lucida kermesse que tuvo efecto en los jardines de la mencionada asociación. A la izquierda: uno de los quioscos atendido por las señoritas Lydia Emma y Elisa Brown, Lilia Pacheco, Angélica Granieri, Elvira Lomas y D. Bertone. — A la derecha: el quiosco ocupado por la orquesta que amenizó el festivo.



SAN RAFAEL. — Puente sobre el río Atuel, que une Las Malvinas con San Rafael, situado a 25 kilómetros de esta última ciudad. Es de cemento armado, tiene 3 tramos de 24.50 metros en el centro y dos extremos 11; su costo es de \$ 185.000 y fué construido por el ingeniero señor Ricardo Mafía. La luz teórica de dicho puente alcanza a 109 metros.

SUNCHALES. — Domingo A. Celiz, aventajado corredor local que próximamente intervendrá en una carrera de motocicleta.



GUAMINI. — Señoritas de Paviolo, de la sociedad de Rafaela.

Niño de Minetti.

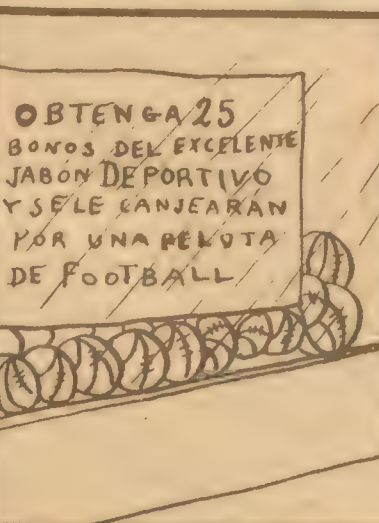
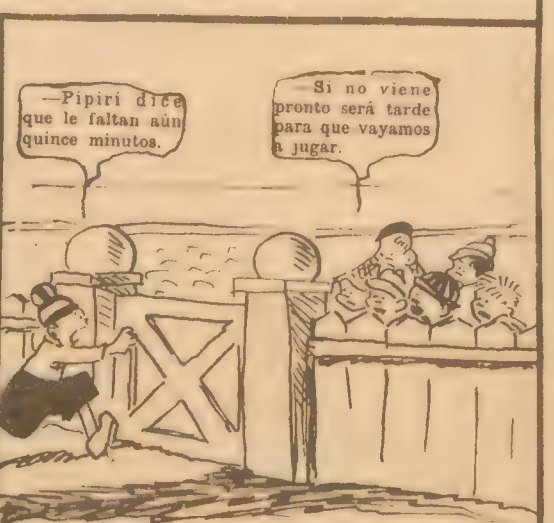
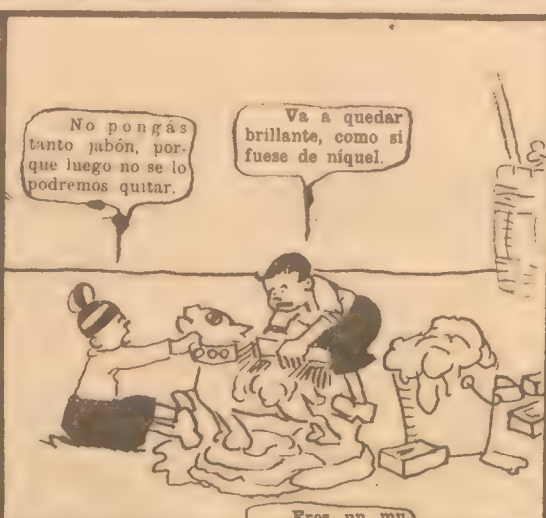
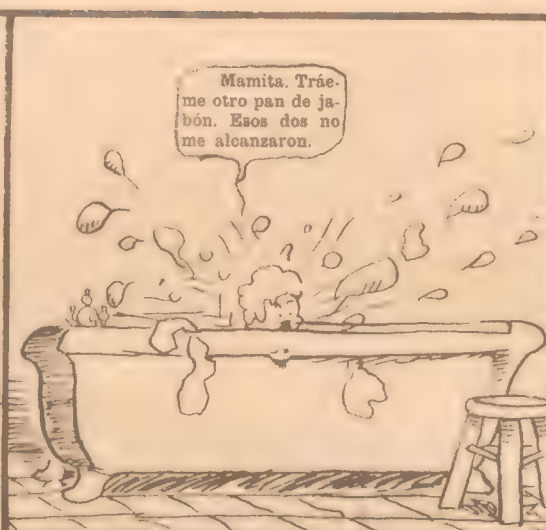
Señora de Serra.



Parte del personal del molino harinero "El Galileo", durante una fiesta campestre.

Señores Placente, Paternó y otros, en el balneario municipal.

Foto. Fernández Seojo. Ph. R.



Páginas olvidadas

El que es de ley...

Por Emilio VERA y GONZALEZ

La llegada del nuevo médico, el doctor Moreno, o *Morenito*, como le llamaban familiarmente por ser nacido en la localidad, fué la causa de la epidemia que se desarrolló en Villa Alegre.

Cuando, al cabo de doce años de ausencia, se presentó hecho todo un señor doctor, fué invitado a las veladas que se celebraban en casa de don Nicomedes, el comandante de milicias, y en las que se pa'aba alegremente la noche jugando al truco, que era todo lo que en materia de juego conocían los virtuosos moradores de Villa Alegre.

La primera noche que se presentó *Morenito*, jugó con los primeros espadas, entre los que se destacaban el viejo Guerra, teniente coronel retirado, con más marrullerías que procurador eclesiástico, y el *vasco* Irureta, ni más joven ni menos dicharachero que aquél, más gauchó que bota de potro y "más jugador de truco que San Martín", según aseguraba él mismo modestamente.

Participó *Morenito* de la general alegría y tomó parte en el contrapunto de picantes zumbas, pero apenas terminó la primera partida propuso substituir el truco con algo más substancioso, y, diciendo y haciendo, echó desdeñosamente a un lado los porotos que en el centro de la mesa estaban para marcar los tantos, puso ante sí unos cuantos billetes y un puñado de níquel y tendió con solemnidad sobre el tapete, primero dos cartas y luego otras dos. Con pocas palabras explicó después el fácil mecanismo del monte e invitó a su auditorio a hacer algunas puestas en calidad de prueba.

Fluctuaban indecisos los oyentes entre la curiosidad y el temor, hasta que el viejo Guerra, que en sus mocedades había matado muchas horas en los campamentos *viéndolas venir*, se lanzó a romper la marcha colocando una modesta monedita de veinte centavos al lado de una tentadora sofa. Ya roto el hielo, a la monedita de Guerra siguieron otras; quince minutos después aparecieron billetes de un peso y de cinco, y, por último, cuando se dió por terminada la velada, el doctorcito investigador había perdido unos cien pesos y los habitantes de Villa Alegre su ingenuo cariño al bullicioso e inocente truco, que en cierto modo simbolizaba la simpleza patriarcal de sus costumbres, para entregarse en brazos del silencioso monte, el lúgubre juego de las caras tétricas, de las bocas mudas y de las respiraciones contenidas.

Si, a contar de aquella noche, la epidemia del juego se extendió por Villa Alegre con la morbosidad de las antiguas pestes. En la confitería, en el almacén del *Lechusa*, en la cancha de bochas, en cualquier parte, en fin, donde se reunía media docena de hombres, aparecía una baraja y quedaba armada la timba.

Entonces fué cuando los principales de Villa Alegre fundaron el Club Social, so pretexto de tener un local en que pudiera darse tertulias familiares, pero con el propósito verdadero de tener un centro, casa de todos y de ninguno, donde poderse desplumar a sus anchas.

A tal extremo llegó el escándalo, que el gobernador, enterado de lo que ocurría por las quejas de algunas familias hundidas en la miseria, resolvió poner remedio y, en consecuencia, trasladó a otro pueblo al comisario de Villa Alegre y envió para substituirle a un individuo de su absoluta confianza, hombre de correctísimas maneras, pero también de pelo en pecho, que en sus mocedades había sido gran jugador, con hartó detrimento de su patri-

monio y que, en su calidad de escarmentado, era enemigo acérrimo del juego.

Llegado a Villa Alegre, hizo el nuevo comisario sus visitas de cortesía a cuantos tenían alguna significación en el pueblo, las que aprovechó para hacerles saber cuál era su misión y que estaba decidido a cumplirla, por lo que, amistosamente, les rogaba que suprimiesen por sí mismos el juego, y así le evitarían el desagrado de tener que proceder en forma violenta. De estas visitas no sacó, naturalmente, más que buenas palabras y alguna que otra indirecta sobre los peligros que había en echárselas de autoridad; pero tanto

macén como los de la cancha, eran gente de poco pelo. Otra cosa eran los del Club Social; y por eso no se intimidaron con los dos amagos. Más aún: hasta los aplaudieron, en consideración a que el juego, si es distracción lícita en las personas distinguidas, en la gente menuda es vicio intolerable, que conviene reprimir. Y continuaron desplumándose distinguidamente.

El bombazo fué en la noche de un jueves, poco después de las diez. Hacía largo rato que un cinco de bastos y un caballo de copas constituían, para las treinta y tantas personas que rodeaban la mesa, cuanto de interesante puede contener el mundo. Tallaba don

había llegado a un grado extremo cuando resonó, seca y enérgica, la voz del comisario:

—¡Quieto todo el mundo!

No es posible dar una idea de la impresión que produjeron aquellas cuatro palabras. Unos se apercibieron a la lucha, otros trataron de huir; pero los más quedaron como estatuas en los primeros instantes, sin saber qué hacer y aun sin convencerse del todo que el comisario hubiese llevado en realidad su audacia hasta el extremo de proceder contra ellos.

Aprovechó el comisario esos breves momentos de estupefacción para prevenirles que era inútil toda tentativa de resistencia o de fuga, e iba a proceder a hacer entrar su gente y recoger las barajas y el dinero, cuando el viejo Guerra, sobreponiéndose al tumulto que sucedió a la sorpresa, impuso orden a todos y dió al comisario:

—Usted ha cumplido con su deber, y, aunque nos sea muy sensible, no debemos quejarnos, pues nos previno amistosamente con tiempo. No se moleste usted en hacer entrar las fuerzas, pues no son necesarias: está usted entre caballeros que saben respetar la autoridad. Yo le respondo a usted de que no se va a retirar un peso de los que hay sobre la mesa y de que todos nos vamos a poner a su disposición; pero, al propio tiempo, voy a pedirle un favor: ¡Déjenos ver salir ese condenado cinco o ese caballo del demonio! Compréndame bien, no se trata ya de ganar o perder unos pesos, sino de ver salir la carta. En cuanto salga cualquiera de las dos le empeño mi palabra de que le entregaremos las barajas, recogerá tranquilamente el dinero y marcharemos con usted sin violencias ni protestas.

Apeyaron calurosamente al viejo Guerra los principales entre los presentes, en tales términos, que el comisario cedió; pero insistiendo en que apenas saliera cualquiera de las cartas esperadas se le entregarían a discreción.

Volvió, pues, don Nicomedes a sentarse y recogió la baraja que había dejado sobre la mesa; ocupó cada cual su puesto, y el comisario permaneció en pie detrás del comandante de milicias, sin separar los ojos del dinero de la banca y de las puestas, y pronto para llamar a su gente al primer amago de sublevación.

El banquero hizo deslizarse despacio, muy despacio la carta superior; luego otra, y otra... El interés volvió a apoderarse de la reunión; el silencio absoluto reinó de nuevo y la ansiedad reapareció en los semblantes.

De improviso, una voz rompió el silencio:

—¡Juego! ¡Cien pesos al cinco!

Y por sobre el hombro derecho de don Nicomedes apareció la mano del comisario, que depositó un billete amarillo al lado de la carta nombrada.

—¡Van! — contestó maquinalmente don Nicomedes.

Y continuó sacando cartas.

Cuando, a eso de las tres de la mañana, después de despedirse del comisario y de los demás contertulios, a la puerta del Club Social, se dirigía el viejo Guerra a su casa, acompañado por *Morenito*, don Nicomedes y su inseparable Irureta, les decía, ufano por su triunfo:

—Sí, amigos, sí; a esos hombres no se les vence con amenazas ni con dádivas: se les vence con justicia. Más sabe el diablo por viejo que por diablo... Yo sabía que en sus mocedades había sido jugador, y el que es de ley, vuelve.

"QUILMES CRISTAL"

Es la mejor
c e r v e z a

caso hizo de éstas como dió fe a aquéllas.

Transcurrió un par de semanas sin novedad; pero una mañana circuló por el pueblo la noticia de que el comisario había sorprendido una partida de monte en el almacén del *Lechusa*, arreando con todos los jugadores. La tarde del siguiente día se repitió el caso en la cancha de bochas de Ollataguerri, y no cupo igual suerte a la confitería, porque el patrón, asustado, quemó las barajas y prohibió que en su casa se jugase siquiera fuese "a cara o cruz".

Pero, tanto los concurrentes al al-

Nicomedes, y a medida que iban saliendo cartas sin que apareciese alguna de las esperadas, el interés crecía y con el interés las puestas, que sumaban una cantidad ya muy respetable. No se oía ni respirar; nadie se movía; casi todas las caras estaban pálidas y todos los ojos fijos en la baraja que, vuelta hacia arriba, sostenía el comandante de milicias con la mano izquierda, mientras con los dedos tendidos de la derecha hacía resbalar la carta de encima, muy lentamente, hasta la aparición de la pinta y el número.

La ansiedad y la tensión nerviosa

Me encontraba en la farmacia del licenciado Gayel, esa botica siempre llena de gente, que demanda con presiones de impaciencia el despacho de sus recetas, y ante cuya puerta se estacionan los "autos" y los carruajes de tracción de sangre cual síntomas premonitores del entierro inmediato.

Yo no tenía prisa y permanecí algún tiempo observando a las personas que entraban y salían apresuradamente, portadoras de frascos, de cajitas, de paquetes abultados.

Aquella muchedumbre producía en mí una sensación de honda tristeza. Parecía como si de pronto medio Madrid se encontrara enfermo, mientras la otra mitad de sus habitantes corriera en pos de los remedios limitados que la ciencia ha puesto al alcance de los hombres para combatir los males que la destrúan.

Por medio de este desfile incesante de damas, damiselas, caballeros, sirvientes, menstruales y obreros cruza hasta el mostrador un hombre alto, enjuto, de piel negruzca y barba de varios días, con las manos metidas en los bolsillos y tembloroso por efecto del frío. Su traje astroso de verano permitía ver por algunos lugares, en que la tela había desaparecido, la ausencia de prendas interiores.

Al principio supuse que era un mendigo en solicitud de la caridad del farmacéutico o sus dependientes.

El hombre se acercó al licenciado Gayel, que se encontraba anoyado en una mesa-escritorio, y le dijo:

—Don Francisco, aquí me tiene usted.

El farmacéutico le miró sonriente y contestó:

—Hombre, usted por esta casa!

—Sí, señor... Vengo a decirle que hace frío...

—Mucho, mucho, amigo mío. Este invierno se presenta con cara fosca.

REMEDIOS EFICACES

Por CARLOS HERNÁNDEZ POZO

—A usted eso le importará poco... En su laboratorio posee cuanto necesita para combatirlo.

—¿Usted cree...?

—No me cabe duda. Y como usted dispone de miles de recursos conductores a anular los efectos de la temperatura, ya sea el calor, ya el frío, le ruego que me facilite alguno que haga reaccionar cuando sienta exceso el daño. Ahora mismo, donde usted me ve, tan campante, tengo un frío horroroso.

—¿Es posible?... ¡Un hombre como usted!

—Nada, don Francisco, nada. Soy fuerte y tengo una resistencia de pedernal; pero confieso que ya no puedo resistir esta temperatura de hielo.

Mientras el dueño de la botica y el extraño personaje proseguían dialogando, llegó mi turno y me acerqué a uno de los muchachos que con rapidez despachaban a los clientes.

—¿Es un pobre maniático!—me indicó con gesto de indulgencia aludiendo al pobre diablo.—En verano viene por medicamentos para ahuyentar el calor, y en invierno acude pidiendo drogas a fin de desligarse del frío.

—¿Y ustedes cómo se las componen para complacerle?—pregunté.

—Pues le facilitamos, claro que gratuitamente, diversos medicamentos inofensivos.

—¿Los toma?

—Todos.

—¿Y se satisface con ellos?

—Completamente.

—¿Es raro!

—No, señor. Los toma con fe ciega, y eso basta para que le causen el efecto que busca.

—¿Tiene usted razón—repliqué.—La curación de muchas dolencias no reside en los efectos del medicamento, sino en la sugestión que éste produce en el enfermo...

—Exacto. Son los más los que recobran la salud por ese medio.

—Pues yo venía—le dije—a que me diese usted una peseta de bicarbonato, porque todas las noches tengo un dolor de estómago que me dobla. Pero como ha llevado usted a mi ánimo el convencimiento de que la autosugestión supera en eficacia a las indicaciones precisas de una receta del médico, hágame el favor de darme cualquier cosa, lo que a usted se le ocurra, lo que crea yo que usted considera más seguro, encaminado a calmar mi sufrimiento nocturno. Pero le ruego que no me declare el nombre del remedio para evitar que desaparezca el encanto y se quebrante mi fe.

El dependiente me consideró un momento con muestras de asombro, miró al hombre del calor y del frío, que seguía conversando con el licenciado Gayel acerca de la medicina más aplicable a su necesidad presente y se internó en otro departamento, de donde retornó a poco trayendo un frascuito que contenía un líquido opalino de transparencia luminosa.

—Aquí está su remedio—me dijo.—

El primer día toma usted tres gotas en una copa de las destinadas al vino, mediada de agua, una hora antes de almorzar, y repite la operación una hora antes de comer. El segundo día hace usted lo mismo, echando cuatro gotas, y en los sucesivos va aumentando la dosis hasta llegar a un máximo de ocho gotas. Luego, en progresión descendente, sigue usted el régimen, hasta mezclar con el agua las tres gotas primitivas. Ahora bien: para que surta resultados más rápidos, no tome usted café puro, ni licores, ni vino con exceso, ni manjares fuertes en abundancia para que el estómago, desprovisto de sustancias digestibles, le consienta un sueño tranquilo y reparador.

Di efusivamente las gracias al atento y servicial mancebo, satisficé el importe del frascuito, y cuando me disponía a abandonar el establecimiento oí que el licenciado Gayel decía al hombre maniático:

—Vaya ahí, al café X..., pregunte por Pepe, el camarero, que es quien me sirve, y dígame de mi parte que le dé a usted en seguida un consomé muy caliente con un par de huevos, un buen bife con muchas patatas, queso de postre y una botella de vino. Luego irá yo a ver si ha huido el frío de su cuerpo de usted... Dejemos para otro día mis drogas.

En aquel momento experimenté un fuerte dolor de estómago y miré al licenciado, al dependiente, al frascuito que yo conservaba en la mano y al maniático que salía de la botica.

Después eché a andar detrás de éste, y ambos entramos en el café, donde pedí un consomé con huevos, un bife con muchas patatas, postre de queso y una botella de vino.

Y siguiendo el consejo del boticario, que debe de saber más que el mancebo, dejé la droga para otro día.

Algo sobre los faquires y algo sobre la mecánica

Dejando a un lado la intervención del elemento psíquico, creemos que ciertos experimentos llevados a cabo por los faquires pueden explicarse por simples leyes de mecánica. En lo que se refiere al hecho de romper a martillazos una piedra sobre el pecho del faquir, recordemos un divertido experimento físico que sin duda conocerán muchos de nuestros lectores.

Se colocan dos pipas de barro sostenidas sobre cuatro botellas, y sobre ellas, transversalmente, se coloca un pedazo de madera apoyado en el centro de los tubos de las pipas. Con un martillo damos sobre la madera un golpe fuerte y seco y se verá que la tabla se rompe por su mitad y que las pipas, a pesar de ser tan frágiles, permanecen intactas.

Este resultado, paradójico en apariencia, se explica porque la energía del golpe va a parar entera, en total, para romper el pedazo de madera.

Ahora bien, si el golpe, el martillazo se da sin fuerza o éste se sustituye por una presión, la madera permanecerá intacta; no se romperá, pero las pipas se partirán al momento, porque la energía de la presión o del choque habrá ido a parar a los tubos de las pipas.

Esto explicado, sustituyamos por otros los objetos del experimento: en lugar del pedazo de madera, pongamos una piedra; en lugar de las pipas se colocará al faquir, y en lugar de las botellas, unos soportes cualesquiera, y

nos encontraremos en las mismas condiciones que en el experimento precedente.

Si el golpe dado con el mazo o

martillo es rápido y vigoroso, la piedra se romperá sin que apenas lo note el faquir; de lo contrario, si la piedra no resulta rota al momento del cho-

que, el hombre recibirá una sensación, un choque doloroso.

Este hecho se explica por la inercia de la materia. Si un cuerpo o masa suficiente se rompe en una de sus partes por un golpe o choque vigoroso, el resto del cuerpo no sentirá su influencia.

Con frecuencia hemos visto retirar de un tirón rápido y violento una servilleta sobre la que hay platos y copas sin que éstos se vengán al suelo. Es que el golpe, el tirón dado, sólo ha actuado sobre la servilleta; en ella se ha consumido toda la fuerza del tirón, sin que haya dado tiempo a transmitirla a los objetos que tenía encima.

En lo que se refiere a la cama de agudas puntas, sobre la que se acuesta el faquir, con gran asombro y hasta con horror de los espectadores, también se puede encontrar la razón de su inocuidad en un principio de mecánica bien conocido.

Para que esta prueba sea soportable al paciente, basta que los clavos o puntas sean en número conveniente. Si un hombre que pesa 60 kilos, por ejemplo, se coloca sobre 120 clavos, cada uno de ellos no ejerce sobre el cuerpo sino una presión de medio kilo, y si los clavos son 240, la presión que cada uno hará sobre la piel del tendido será de 250 gramos, lo que, sin ser un colchón ideal por su comodidad, tampoco será una cosa insoportable. La dificultad en ello está en buscar la manera de no ejercer una presión excesiva apoyándose demasiado en determinados puntos.

Es verdad que algunos faquires realizan el experimento más terrible, haciendo que otro hombre se pasee y natalee encima de ellos, lo que nos obliga a no negar la intervención de un factor psíquico; pero lo que queríamos decir es que, hablando mecánicamente, los dos experimentos a que hacemos referencia no son tan terribles y crueles como a primera vista nos parece.



N O . . .

Aunque una voz desde la vida llame como un dulce suspiro de mujer, callaremos los dos y nos diremos:

"No, no podrá ser."

Aunque un viento de ensueños nos envuelva como la niebla del anochecer, yo besaré tus manos murmurando:

"No, no podrá ser."

Siempre serás el sueño de pureza y la musa romántica de ayer, pero el sueño de fiebre y de pecado

"No, no podrá ser."

Siempre serás la Dulce e Intocable mujer-estrella y mujer-flor, Esther: la amiga siempre, mas la amante, nunca:

"No, no podrá ser."

E. VIEUXCOIN.



Curso universitario para "enseñar el amor"

Aunque parezca raro y muchos lo duden, en todas las universidades norteamericanas, para mujeres, va a establecerse una clase diaria para "aprender el amor". En esta clase se estudiarán, además, las numerosas y complejas fases del matrimonio, la viudedad y el divorcio. Y cuando el Congreso de las Universidades de los Estados Unidos decide una cosa, no hay que reírse. Hay que cumplirla, y después, en la práctica de la vida, convencerse si debe seguir su curso o debe ser desechada por inaparente.

Durante un período que fluctúa entre 6.000 años—según los fundamentalistas—y varios cientos de millones de años—según los científicos,—la mujer y la mujer de estado han llegado a comprender que el "aprender el amor" es el punto más serio de su vida; que los niños son "a veces" la cadena más segura para atar el hogar; y que uno de los principales caminos para llegar al corazón del hombre, "pasa por el estómago". Complejidad, idealismo sublime, materialismo bestial: he aquí lo complicado del tema que va a estudiarse en el curso "para aprender el amor".

Por fin, después de mucho discutir, desde el 7 de enero, que es el día en que se abren las clases de las universidades, después de su receso por las fiestas de Navidad, Año Nuevo y Reyes, comenzarán a dictarse en todos los planteles de instrucción superior para mujeres, clases de amor, matrimonio, dignidad conyugal, responsabilidad maternal, bondad, sacrificio, y, en fin, toda aquella complicadísima urdimbre que significa el hogar, desde el momento en que se cruzan las primeras miradas de los que van a formarlo, hasta el momento de su rotura por la única razón: la muerte. La ley y la ciencia; el amor y el matrimonio; el deber conyugal y el divorcio, se encuentran hasta este momento fuera de los temas de instrucción; pero falla tan grave va a cesar para siempre.

El obispo Winston y su digna esposa, la señora Mary de Winston, serán los profesores principales para "enseñar el amor". De Winston es inútil hablar. El nombre de este prelado, por lo que se refiere a virtud, se encuentra tan alto, que hasta los representantes de otras sectas religiosas lo pronuncian con marcado respeto. Y en cuanto a su esposa, ha sabido de tal manera amoldarse a un sistema de vida impecable, que entre los feligreses de la diócesis se le conoce con el honorífico sobrenombre de "La Mujer Bíblica".

Este matrimonio, de ancianos modelos, llenos de expresión y de profundo conocimiento de la vida y sus acechanzas, han querido por medio de los diarios dar a conocer la importancia del paso dado.

El obispo declaró que las obligaciones matrimoniales y profesionales, por lo que respecta a la mujer, son incompatibles en nuestros días. La mujer moderna no podrá cumplir jamás con ambas cosas; o es una buena esposa y madre, o es una magnífica profesional y soltera. Es humanamente imposible que una doctora, abogada o ingeniera, cumpla con sus deberes profesionales, y dispense a sus hijos y esposo los sublimes deberes y atenciones que la naturaleza le marcó.

La instrucción práctica.

Nadie se atreve a decir hoy que la mujer es un ser inferior. Son incontables las pruebas de la habilidad y capacidad femenil para desempeñar los mismos puestos que los hombres; pero

pretender combinar el matrimonio con las profesiones, es lo mismo que querer fusionar el verano con el invierno.

La mujer de hoy, como el hombre, busca el "éxito". ¿Cuál es él? El "éxito" tiene muchas definiciones, según la personalidad del postulante. Derecho, engaño, justicia, amistad, amor, soberbia, vanidad, gloria y arte. ¿Qué complejidad tan espantosa! ¡Grandes virtudes y grandes defectos! Pero así es la vida. Lo que interesa entonces, es hacer que las virtudes predominen y los defectos se adormezcan.

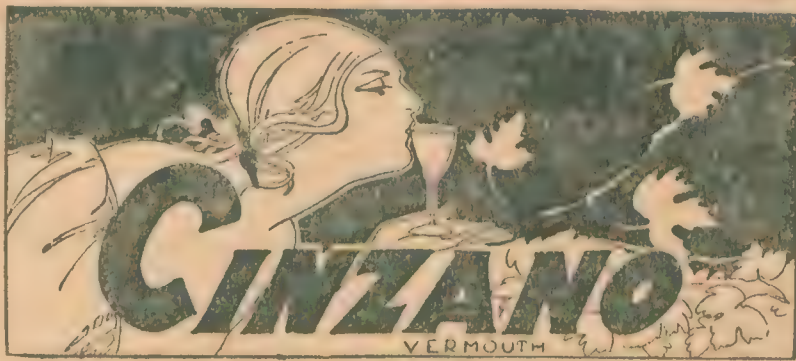
En nuestras modernas universidades femeniles, las pupilas estudian arte culinario, junto a complicadas fórmulas matemáticas. Está bien. Pero desconocen las fórmulas del corazón humano. Aprenden box, natación, esgrima y carrera, junto a declinaciones latinas y teorías filosóficas; está bien, la salud del cuerpo y el pulimento de la ilustración mejoran a la mujer; pero falta algo: no conocen lo más grave: las serpientes que esconden la realidad de la vida.

cuando la naturaleza toca a la puerta de nuestro corazón avisándonos que es la época de cumplir con sus leyes.

En las escuelas todos hemos estudiado cómo se pronuncian las palabras, y gramática en todo su curso y la aritmética en todos sus grados, desde la suma hasta la división. Pero a ninguno de nosotros se nos ha enseñado la aritmética amorosa, que es la más vasta y complicada. Como usted no sabe cómo se puede multiplicar el amor, termina por dividirlo. Usted en su carpeta de estudiante nunca ha oído una palabra de amor. Si algo se habla de ello, es en un rincón, cuando las pupilas están en el recreo.

Todos sabemos los severísimos castigos que se imponen en los colegios de California, a las pupilas de las universidades que salen a pasear en automóvil o que tienen instantes de inocente flirteo con algún jovencito.

Estas muchachas, por ejemplo, conocen admirablemente trigonometría, geometría descriptiva y en el espacio, cálculo infinitesimal, saben declinar la-



Hacer el amor, o "flirteo".

Hay una profesión, industria o diversión, que precede a todo matrimonio, el "cortejamiento o flirteo". Sobre tan importante tema es que todas las universidades van a ofrecer un curso especial. Este proceso inherente a todos los seres de la creación es tan viejo como la vida en nuestro planeta. Cortejan todos los animales: desde los pájaros hasta los escorpiones, desde las jirafas hasta los insectos, desde los pulpos hasta las tortugas. Y en el reino vegetal, las flores también tienen su forma especial de cortejamiento. Cuando los conocimientos de nuestros científicos progresen un poco más, nos enteraremos de que también existe el cortejamiento y el amor en los minerales y los metales. Y entre todo este maremágnum de la creación, hay siempre antagonismos, atracciones, afinidades y rechazos que no son sino cortejamientos, amor, enlaces, procreaciones y divorcios. Y por fin, la geología y la astronomía, nos comprueban que en toda la inmensidad del Cosmos esta ley es inexorable.

Alguna clase de amor precede indudablemente a todo matrimonio humano. Una gran parte de este amor se disipa después del enlace; sólo en muy pequeños casos este amor persiste o crece. Por eso, es necesario enseñar a los muchachos de ambos sexos algo de amistad desinteresada, que es la más pura iniciación del amor; algo de humanidad, que es la mejor coraza contra las malas acciones; algo de aquello muy profundo, desconocido pero sensible, que estreche nuestro ser

fin y conjugar griego; historia, astronomía y geografía las conocen en íntimos detalles que seguramente olvidarán una vez que hayan ingresado a la dura realidad de la vida. Pero el amor, que es el asunto que más les importa, lo desconocen totalmente, y no sólo no se les permite hacer mención de él en el colegio, sino que es tema que se califica de lo más reprehensible.

¿El amor se hace?

Es una teoría censurable y torpe, de que el mejor remedio para una enfermedad es el de conocer el que se debe aplicar. Nada más erróneo; el mejor remedio es evitar la enfermedad, o en todo caso, conocer la enfermedad misma, pues nada se saca con aplicar una droga a un mal al que no corresponde. Una muchacha se encuentra enferma de amor, porque no ha sabido defenderse, o porque lo desconoce; y no sabe cuál es la droga ni cómo puede triunfar en su mal.

¿Qué debo hacer el día que esa enfermedad tan humana como divina que se llama amor se apodere de mí?

Tratándose de una mujer, puesto que a ella de preferencia van dedicadas estas enseñanzas.

Primero. ¡Observar! Observar los procedimientos y sentimientos del pretendiente.

Segundo. ¡Observar! Observar minuciosamente las mutuas comunidades de ideales y disparidades de sentimientos.

Tercero. Analizar en sí misma cuál es el propio concepto de la felicidad.

Cuarto. Qué es lo que podría ocasionar la total ausencia de esa felicidad.

Quinto. Sobre todo sentimiento pasional, el sentimiento de "la camaradería". ¿Es amistad o es amor? Si es amistad, ¿puede trocarse en amor? A las cuestiones monetarias hay que darles el más exacto valor positivo: nada de indiferencias idealistas, ni materialismos brutales. El valor exacto, y nada más.

No hay que olvidar que en el hogar ambos son miembros de una sociedad. Y para toda sociedad hacen falta dos cosas: el mutuo entendimiento y la base financiera que establece el forzoso costo del sostenimiento de ese hogar.

Sexto. Con las emociones debe jugarse muy cuidadosa y lentamente. Es el falso miraje que pierde.

Séptima y principal: El concepto del deber que tiene cada uno de los miembros del hogar, de dar y recibir reciprocamente.

No es necesaria una mentalidad analítica extrahumana para poder contemplar estos puntos: analizados, el amor se hace, y así hecho, puede entonces dar rienda suelta a las emociones para encarar confiadamente un probable futuro venturoso. Es el amor hecho, que perdura y sobrevive a posteriores e imprevistos fracasos.

¿Cómo impedir un amor que no conviene?

Siguiendo el mismo proceso. Y en el hombre, estudiando las siguientes consideraciones:

Que el sentido común de ambos sea casi paralelo, o mejor igual.

Los detalles externos más destacados de su personalidad, especialmente en el vestido, que revela mucho de la parte espiritual de la mujer, pues, por ejemplo, una mujer excéntrica en el vestir no puede ser ponderada en sus otras acciones, como una mujer sucia en su exterior, no puede ser limpia en su hogar.

El concepto de lo que sería una felicidad para ambos.

Basta que un muchacho recapacite un poco sobre una pretendida, para que bien pronto, en caso adverso, sienta cierta desconfianza y se retire, sin que se desarrolle el mal que nace.

Es tan complejo el tema, que locura sería explicarlo en pocas frases y algunas líneas. Es tan vasto, que para eso se va a establecer el curso, al que se dedicará diariamente algunas horas de enseñanza.

Muchos padres y sacerdotes han protestado antes de la aprobación del plan. Pero veamos. ¿Pueden ejercer influencia alguna los sacerdotes y los padres una vez que los muchachos franquean las puertas de la iglesia o del hogar paternal?

Es entonces el muchacho mismo, y su experiencia o inocencia el que lo va a guiar. Y como es completamente neófito en asunto tan importante, muchas veces rueda al abismo, sin saber por qué, porque sí... o, por lo que es más triste aún, ¡por inocencia!

El amor hay que estudiarlo y aprenderlo como se estudian y aprenden todas las ciencias. La ciencia del amor sobre todo es el principio y fin de todo en este mundo; nos acompaña desde la cuna hasta la tumba; por amor se nace y por amor se muere, y sólo por el divino y bendito soplo del amor pudo hasta Dios sacrificarse por nosotros.

Entonces, ¿por qué cubrir con un velo de imprudencia o ignorancia la luz más brillante que nos guía a través de la azarosa ruta de la vida?

De cómo no siempre el mar no es azul

Por FRANCISCO SERRA SERRA

El color natural del mar todo el mundo sabe que es azul; pero la general creencia es de que este color proviene de la reflexión del azul del cielo, pues si el agua es transparente e incolora, no otra que esta causa puede tener mayor influjo en su coloración.

Sin embargo, no es así. La reflexión en el mar del color del cielo es innegable; podrá ser ésta una de las causas, pero no la única, ni siquiera la principal.

La luz, al atravesar la masa líquida, pierde sucesivamente sus rayos: primeramente los químicos, o sean los violados; luego, los caloríficos, que son los rojos, y últimamente, los lumínicos, o sean los amarillos. De esta suerte la luz blanca queda transformada en azul.

Se puede afirmar, pues, que la principal causa de la coloración del mar es la resultante de una serie de rayos luminosos de diversas tonalidades.

Otras de las causas que ejercen verdadera influencia son la profundidad del agua y la intensidad de la luz. Estas, al hacerla más diáfana a la vista del observador, ponen más de manifiesto su gran masa, y siendo más patente la desaparición de los rayos luminosos de la luz blanca que la hierre, se intensifica su color azulado.

La salinidad y una serie de sustancias que sin duda alguna existen en suspensión en el agua—como en la atmósfera—contribuyen también a darle el tinte de todos conocido.

La prueba de que estas últimas causas tienen verdadera importancia, lo demuestran las repetidas experiencias que se hicieron con turmalinas, observando el agua de modo que desapareciera toda luz atmosférica: el agua de mar vista así, seguía siendo azul.

No obstante lo expuesto, ocurre una serie de fenómenos—muchos de ellos presenciados por mí—que varían por completo la coloración del agua.

Hace algunos años, navegaba de Suez a Manila. Estábamos a unas doscientas millas del Estrecho de Bab-el-Mandeb, cuando, a las diez menos cinco de la noche una inmensa mancha rara, difusa como neblina, blanca e iluminada de un resplandor característico, mortecino como un reflejo crepuscular, se nos venía encima con una velocidad que no sería mayor que la del buque, pero que, con la responsabilidad de mi guardia, se me antojaba fantástica.

No pude evitar unos momentos de impresión, de duda. Consulté el plano varias veces; calculé tres o cuatro azimutes; comprobé la situación y el rumbo. Nada. El buque seguía perfectamente su ruta. De no haber surgido misteriosamente algún piélago, nada había que temer. La luna iba a su ocaso. El horizonte se definía.

Entonces acudí a mi imaginación lo que pudiera ser. El "mar de leche", que a veces aparece en los océanos, y especialmente en el Índico. Me tranquilicé.

El mar, en calma, se apartaba complaciente a nuestro paso, lamando el casco del buque, que avanzaba majestuoso en su vulgar andar de diez millas.

Entramos en la zona de las aguas

resplandecientes. El mar blanqueaba completamente, como si la espuma de las olas se hubiese desparramado en su inmensidad. Diríase que una copiosa nevada hubiese blanqueado el océano entero.

Miré el reloj. Cinco minutos faltaban para las diez. Ante tan lindo como extraño espectáculo, no pude menos que llamar a mis compañeros y al capitán, para que presenciaran lo que quizás no volverían a ver en su vida.

La especie se difundió, y el pasa-

POCA SUERTE

Anatolio Poilmu, nació un martes día 13, y no hay que decir que vivió siempre bajo la amenaza de su mala estrella.

Su padre y su madre, que esperaban ansiosamente el nacimiento de una hija, murieron de pena al sufrir el desencanto del nacimiento de un niño.

Lo conocí de niño. Era un tipo raquítico sobre el cual convergían todas las bofetadas y puñetazos que se repartían en la escuela.

Volí a verlo cuando tenía veintiocho años. Se dedicaba a la venta ambulante de los artículos que tenían menos aceptación en el mercado callejero. Su aspecto seguía inspirando lástima.

El semanario "El Faro" organizó su famoso concurso de la vuelta al mundo en setenta y nueve días, y Poilmu aprovechó la ocasión de ganarse diez mil francos, importe del premio que se otorgaría al vencedor.

Se inscribió, y el día del concurso se presentó ante el Jurado encargado de dar la salida. Ésta se dio por equipos de una persona de veinticuatro en veinticuatro horas, para evitar aglomeraciones y choques.

Los corredores eran 34. Poilmu salió el penúltimo. Llevaba una cantimplora de aguardiente para preservarse de la sed y dos pares de alpargatas de renuevo.

Partió velozmente, aclamado por los aplausos y vitores de tres mil espectadores.

—Esto es casi la victoria—pensó. Y animado por los aplausos aumentó la velocidad de su carrera.

Se olvidaba del día de su naci-

—deducida del andar del buque,—12 millas.

En el Observatorio de Manila que por aquel entonces dirigía el sabio padre Algué, nos recibieron con la amabilidad y complacencia que les son propios a tan esclarecidos clé-

miento, el fatídico martes 13, que no podía menos de pesar sobre él.

Fué un "raid" intrépido por los países más diversos. Pasó corriendo siempre, de la lluvia torrencial a la sequía agobiadora, del frío polar al calor de los trópicos. Así recorrió los 36.558 kilómetros, dos metros y cuatro centímetros que tiene desde su creación la cintura terrestre.

Al llegar el día 79 de la carrera, ante el Jurado de Llegada, un minuto antes del tiempo señalado en la base séptima del concurso, se encontró agradablemente sorprendido al ver que no había llegado ningún otro corredor.

—¡He ganado!—exclamó, aprovechando las escasas fuerzas respiratorias de que aun disponía.

—¿Qué ha ganado usted?...—le preguntó el presidente del Jurado.—¡Usted se ríe de nosotros, número 33! ¡No ha leído usted el aviso que le han mandado con los planisferios?

—No.

—¡Pues si lo hubiera usted leído, como era su obligación, hubiera visto que en vez de ir como un burro loco de Meaux a Berlín, de Berlín a Moscú, de Moscú a América y de América a Francia, el itinerario era todo lo contrario. Está usted fuera de concurso. ¡Habrás visto! ¡Dar la vuelta al mundo al revés! Lo único que podemos hacer en beneficio de usted es autorizarle a hacer otra vez el mismo recorrido.

Anatolio cayó al suelo como herido por un rayo. Esto le ocurrió hace diez años. No sabemos si habrá vuelto en sí.

JULLIEN CALLES

je y tripulación observaron igualmente el curioso fenómeno.

Alguien indicó la conveniencia de recoger un balde de aquella agua lechosa, y a poco era subido uno al puente. La miramos, la examinamos, la probamos. Nada de particular ofrecía a la vista ni al gusto. Agua salada, como otra cualquiera. La tiramos y recogimos otro y otro, hasta tres. Igual todos. Entonces se aprobó mi idea: llenar una botella, taparla herméticamente y entregarla al observatorio de Manila para su análisis.

Eran las once y seis minutos cuando la quilla del buque dividía la separación, no muy claramente definida, del "mar de leche" con el mar azul.

Anchura, pues, de la faja lechosa

rigos, y nos dieron sobre el fenómeno algunas explicaciones.

Resultado del análisis fué la existencia en el agua de multitud de animalucos microscópicos y otras especies orgánicas procedentes de algas y plantas marinas que tienen tal propiedad, tanto más visible cuanto menor sea la intensidad de la luz de la luna.

En otra ocasión, haciendo los mismos viajes, pude ver en el mar Rojo las célebres manchas que, según se cuenta, dan origen al nombre del mar. Aparecían a no mucha distancia unas de otras, y las había que tendrían quizá hasta una milla en cuadro. La apariencia de ellas era—para dar mejor idea—como las man-

Combata usted sus HEMORROIDES Utilizando el NORIDAL

Único medicamento capaz de extirpar rápida y definitivamente esta dolorosa afección, como ya se ha comprobado en la práctica

chas de sargazo que aparecen en el Atlántico, arrastradas por la "corriente del golfo", en la zona que han dado en llamarle—por esta causa, precisamente—"mar de los Sargazos".

Su color, de un rojo obscuro, se nota a distancia y clarea bastante al observarlo de cerca. Esto lo producen algas marinas del mismo color y una abundancia considerable de zoófitos microscópicos.

En el mar Negro las aguas tienen un tinte mucho más obscuro—causa por la cual se le denominó negro,—y ello es debido a la calidad del fango de su fondo y a la poca salobridad de sus aguas.

En todos los mares, cuando no es muy grande su profundidad, el color azul del agua se convierte en verdoso, acentuándose marcadamente a medida que se acerca a las costas, si el fondo es de arena. Este es el motivo de que sea el Báltico el mar más verdoso.

El marino conoce perfectamente cuando navega cerca de la costa, aunque ésta no sea visible, sólo con observar el color del agua.

En las desembocaduras de los ríos el color verdoso sucio marca en el mar una línea muy definida que denota la importancia de su cauce.

Por último anotaré la particularidad de perder su color el mar. Según los tratados de Oceanografía, este caso ocurre algunas veces al Este del cabo de Buena Esperanza, entre los paralelos 45° y 55° S. Se supone—pues no está bien estudiado todavía—que, debido a las corrientes, se acumula tal cantidad y diversidad de seres microscópicos, que rarifican la masa líquida de tal forma, que acordaron llamar a la zona en que esto ocurre y cuando ocurre, "mar sin color".

Esto sabido, convendrá conmigo el amable lector que bien puede afirmarse que "no siempre el mar es azul".

Para imprimir sobre vidrio un dibujo

El procedimiento siguiente, ejecutado con cuidado, permite fabricar por sí mismo cristales decorativos.

Se comienza por limpiar bien el cristal; luego se extiende sobre él una fina capa de barniz de Dammar o bálsamo del Canadá disuelto en un peso igual de trementina. Se deja secar durante algunas horas hasta que la capa de barniz adquiere un color viscoso. Se hace entonces templar durante unos minutos, con agua clara, el papel sobre el cual esté impreso el dibujo que se quiera trasladar al vidrio y se aplica aquél sobre éste. Se oprime bien en todas sus partes, a fin de que no queden bullones de aire. Se enjuga con papel secante, y cuando el papel del dibujo esté bien seco, se frota nuevamente con los dedos mojados, como se hace con las calcomanías, hasta poner al descubierto el dibujo.

LOS MUCHACHOS

Por Antón CHEJOV

—¡Volodia ha llegado!—gritó alguien en el patio.

—¡El niño Volodia ha llegado!—repitió la criada Natalia, irrumpiendo ruidosamente en el comedor.—¡Ya está ahí!

Toda la familia de Korolev, que esperaba de un momento a otro la llegada de Volodia, corrió a las ventanas. En el patio, junto a la puerta, veíanse unos amplios trineos arrastrados por tres caballos blancos, a la sazón envueltos en vapor.

Los trineos estaban vacíos; Volodia se hallaba ya en el vestíbulo, y hacía esfuerzos para despojarse de su bufanda de viaje. Sus manos, rojas, con los dedos casi helados, no le obedecían. Su abrigo de colegial, su gorra, sus chanclos y sus cabellos estaban blancos de nieve.

Su madre y su tía le estrecharon, hasta casi ahogarle, entre sus brazos.

—¡Por fin! ¡Queridito mío! ¿Qué tal?

La criada Natalia había caído a sus pies, y trataba de quitarle los chanclos. Sus hermanitas lanzaban gritos de alegría. Las puertas se abrían y se cerraban con estrépito en toda la casa. El padre de Volodia, en mangas de camisa y las tijeras en la mano, acudió al vestíbulo y quiso abrazar a su hijo, pero éste se hallaba tan rodeado de gente, que no era empresa fácil.

—¡Volodia, hijito! Te esperábamos ayer... ¿Qué tal?... ¡Pero, por Dios, dejadme abrazarle! ¡Creo que también tengo derecho!

Milord, un enorme perro negro, estaba también muy agitado. Sacudía la cola contra los muebles y las paredes, y ladraba con su voz potente de bajo:— ¡Guau!... ¡Guau!...

Durante algunos minutos aquello fué un griterío indescriptible.

Luego, cuando se hubieron fatigado de gritar y de abrazarse, los Korolev se dieron cuenta de que, además de Volodia se encontraba allí otro hombreco, envuelto en bufandas y tapabocas, e igualmente blanco de nieve. Permanecía inmóvil en un rincón, oculto en la sombra de una gran pelliza colgada en la percha.

—Volodia, ¿quién es ese?—preguntó muy quedo la madre.

—¡Ah, sí!—recordó Volodia.—Tengo el honor de presentaros a mi camarada Chechevitin, alumno de segundo año. Le he invitado a pasar con nosotros las Navidades.

—¡Muy bien, muy bien! ¡Sea usted bienvenido!—dijo con tono alegre el padre.—Perdóneme; estoy en mangas de camisa. Natalia, ayuda al señor Chechevitin a desnudarse. ¡Largo, Milord! ¡Me aburres con tus ladridos!

Un cuarto de hora más tarde, Volodia y Chechevitin, aturdidos por la acogida ruidosa y rojos aún de frío, estaban sentados en el comedor y tomaban té. El sol de invierno, atravesando los cristales medio helados, brillaba sobre el samovar y sobre la vajilla. Hacía calor en el comedor, y los dos muchachos parecían por completo felices.

—¡Bueno, ya llegan las Navidades!—dijo el señor Korolev, encendiendo un grueso cigarrillo.—¡Cómo pasa el tiempo! No hace mucho que tu madre lloraba al irte tú al colegio, y ahora, hete ya de vuelta... Señor Chechevitin, ¿un poco más de té? Tome usted pasteles. No esté usted cohibido, os lo ruego. Está usted en su casa.

Las tres hermanas de Volodia—Katia, Sonia y Macha,—de las que la mayor no tenía más que once años, se hallaban asimismo sentadas a la mesa, y no quitaban ojo del amigo de su hermano. Chechevitin era de la misma estatura y la misma edad que Volodia, pero más moreno y más delgado. Tenía la cara cu-

bierta de pecas, el cabello crespo, los ojos pequeños, los labios gruesos. Era, en fin, muy feo, y sin el uniforme de colegial se le hubiera podido tomar por un pillete.

Su actitud era triste; guardaba un constante silencio, y no había sonreído ni una sola vez. Las niñas, mirándole, comprendieron al punto que debía de ser un hombre en extremo inteligente y sabio. Hallábase siempre tan sumido en sus reflexiones, que si le preguntaban algo, sufría un ligero sobresalto, y rogaba que le repitiesen la pregunta.

Las niñas habían observado también que el mismo Volodia, siempre tan alegre y parlanchín, casi no hablaba, y se mantenía muy grave. Hasta se diría que no experimentaba contento ninguno al encontrarse entre los suyos. En la mesa, sólo una vez se dirigió a sus hermanas, y lo hizo con palabras por de-

con gritos de entusiasmo, y, aun a veces, con gritos de horror, como si la flor cayese del cielo. El padre parecía también entusiasmado. A menudo, cuando las tijeras no cortaban bastante bien, las tiraba al suelo con cólera. De vez en cuando entraba la madre, grave y atareada, y preguntaba:

—¿Quién ha tomado mis tijeras? ¿Has sido tú, Ivan Nicolayevich?

—¡Dios mío!—se indignaba Ivan Nicolayevich con voz llorosa.—¡Hasta de tijeras me privan!

Su actitud era la de un hombre atrozmente ultrajado, pero un instante después volvía de nuevo a entusiasmarse.

El año anterior, cuando Volodia había venido del colegio a pasar en casa las vacaciones de invierno, había manifestado mucho interés por estos preparativos; había fabricado también flores; se había entusiasmado ante el árbol de

CRIMEN

El tribunal estaba ya reunido, deliberando el crimen y el castigo.

Inclinóse el Hombre de la Toga:—Pido que hable el reo. Y el reo humilde dijo:

—La dulce imagen de sus ojos claros, pasado había, fugaz, ante mis ojos, a mi recuerdo vino lo pasado... y yo... lloré con rabia su abandono!

La dulce imagen de su rizo blondo, me recordó como la había amado; mi amor, virtud que la arrancó del lodo, tan hondo fué como imposible y vano!

Pasó su imagen de su labio fuego, como nube de sangre ante mis ojos... saqué el puñal..., ¡me estremecí de miedo! pasó la nube..., y me manché de rojo!

Hoy quisiera reír..., ¡no puedo!..., y lloro... Yo la maté..., señor..., eso fué todo...

Inclinóse de nuevo el hombre "humano", y firmó la sentencia: ¡veinte años!

Isabelino SCORNIK.

más extrañas; señaló al samovar, y dijo:

—En California se bebe *jin*, en vez de té.

También él hallábase absorto en no sabía qué pensamientos. A juzgar por las miradas que cambiaba de vez en cuando con su amigo, los de uno y otro eran los mismos.

Luego del té se dirigieron al cuarto de los niños. El padre y las muchachas se sentaron en torno de la mesa, y reanudaron el trabajo que había interrumpido la llegada de los dos jóvenes. Hacían, con papel de diferentes colores, flores artificiales para el árbol de Navidad. Era un trabajo divertido y muy interesante. Cada nueva flor era acogida

Navidad; se había preocupado de su ornamentación. A la sazón no ocurría lo mismo. Los dos muchachos manifestaban una indiferencia absoluta hacia las flores artificiales. Ni siquiera mostraban el menor interés por los dos caballos que había en la cuadra. Se sentaron junto a la ventana, separados de los demás, y se pusieron a hablar por lo bajo. Luego abrieron un atlas geográfico, y empezaron a examinar una de las cartas.

—Por de pronto a Perm—decía muy quedo Chechevitin.—De allí a Tumen. Después a Tomsk... Después... Espera... Eso es, de Tomsk a Kamchatka... En Kamchatka nos meteremos en una canoa, y atravesaremos el estrecho de

Bering; y henos ya en América. Allí hay muchas fieras...

—¿Y California?—preguntó Volodia.

—California está más al sur. Una vez en América, está muy cerca... Para vivir es necesario cazar y robar.

Durante todo el día Chechevitin se mantuvo a distancia de las muchachas, y las miró con desconfianza. Por la tarde, después de merendar, se encontró, durante algunos minutos, completamente sólo con ellas. La cortesía más elemental exigía que les dijese algo. Se frotó con aire solemne, las manos, tosió, miró severamente a Katia, y preguntó:

—¿Ha leído usted a Mine-Rid?

—No... Dígame: ¿sabe usted patinar?

Chechevitin no contestó nada. Infló los carrillos y resopló, como un hombre que tiene mucho calor. Luego, tras una corta pausa, dijo:

—Cuando una manada de antílopes corre por las pampas, la tierra tiembla bajo sus pies. Las bestezuelas lanzan gritos de espanto.

Tras un nuevo silencio, añadió:

—Los indios atacan con frecuencia los trenes. Pero lo peor son los termitidos y los mosquitos.

—¿Y qué es eso?

—Una especie de hormigas, pero con alas. Muerden de firme... ¿Sabe usted quién soy yo?

—El señor Chechevitin.

—No; me llamo Montigomo, Garra de Buitre, jefe de los Invencibles.

Las niñas, que no habían comprendido nada, le miraron con respeto y un poco de miedo.

Chechevitin pronunciaba palabras extrañas. El y Volodia conspiraban siempre y hablaban en voz baja; no tomaban parte en los juegos, y se mantenían muy graves; todo esto era misterioso, enigmático. Las dos niñas mayores, Katia y Sonia, comenzaron a espiar a ambos muchachos.

Por la noche, cuando los muchachos se fueron a acostar, acercáronse de puntillas a la puerta de su cuarto y se pusieron a escuchar. ¡Santo Dios, lo que supieron!

Supieron que ambos muchachos se aprestaban a huir a algún punto de América para amontonar oro. Todo estaba ya preparado para su viaje; tenían un revólver, dos cuchillos, galletas, un lente para encender fuego, una brújula y una suma de cuatro rublos. Supieron asimismo que los muchachos debían andar muchos millares de kilómetros, luchar contra los tigres y los salvajes, luego buscar oro y marfil, matar enemigos, hacerse piratas, beber *jin*, y, como remate, casarse con lindas muchachas y explotar ricas plantaciones. Mientras las dos niñas espían a la puerta, los muchachos hablaban con gran animación y se interrumpían Chechevitin llamaba a Volodia "mi hermano, rostro pálido", en tanto que Volodia llamaba a su amigo "Montigomo, Garra de Buitre".

—No hay que decirle nada a mamá—dijo Katia al oído de Sonia, mientras se acostaban.—Volodia nos traerá de América mucho oro y marfil; pero si se lo dices a mamá, no le dejarán ir a América.

Todo el día de Nochebuena estuvo Chechevitin examinando el mapa de Asia y tomando notas. Volodia, por su parte, andaba cabizbajo, y, con sus gruesos molletes, parecía un hombre picado por una abeja.

Íba y venía sin cesar por las habitaciones, y no quería comer. En el cuarto de los niños, se detuvo una vez delante del león, se paró y dijo:

—¡Perdóneme, Dios mío! Soy un gran pecador; ¡ten piedad de mí pobre, de mí desgraciada mamá!

Por la tarde se echó a llorar. Al ir a



acostarse, abrazó largamente y con efusión a su madre, a su padre y a sus hermanas. Katia y Sonia comprendían el motivo de su emoción; pero la pequeña, Macha, no comprendía nada, absolutamente nada, y le miraba con sus grandes ojos asombrados.

A la mañana siguiente, temprano, Katia y Sonia se levantaron; y, una vez abandonado el lecho, se dirigieron quedamente a la habitación de los muchachos, para ver cómo huían a América. Detuvieronse junto a la puerta, y oyeron lo siguiente:

—Vamos, ¿quieren ir?—preguntó con cólera Chechevitzin.—Di, ¿no quieres?

—¡Dios mío!—respondió llorando Volodia.—No puedo. No quiero separarme de mamá.

—¡Hermano rostro pálido, partamos! Te lo ruego. Me habías prometido partir conmigo, y ahora te da miedo. ¡Eso está muy mal, hermano rostro pálido!

—No me da miedo, pero... ¿qué va a ser de mi pobre mamá?

—Dímelo de una vez: ¿quieres seguirme o no?

—Yo me iría, pero... esperemos un poco; quiero quedarme aún algunos días con mamá.

—Bueno; en ese caso me voy solo—declaró resueltamente Chechevitzin.—Me pasaré sin ti. ¡Y pensar que has querido cazar tigres y luchar contra los salvajes! ¿Qué le vamos a hacer! Me voy solo. Dame el revólver, los cuchillos y todo lo demás.

Volodia se echó a llorar con tanta desesperación, que Katia y Sonia, compadecidas, empezaron a llorar también. Hubo algunos instantes de silencio.

—Vamos, ¿no me acompañas?—preguntó una vez más Chechevitzin.

—Sí, me voy... contigo.

—Bueno; vístete.

Y para dar ánimos a Volodia, Chechevitzin empezó a contar maravillas de América, a rugir como un tigre, a imitar el ruido de un buque, y prometió, en fin, a Volodia, darle todo el marfil, y también todas las pieles de los leones y los tigres que matase.

Aquel muchachito delgado, de cabellos crespos y feo semblante, les parecía a Katia y Sonia un hombre extraordinario, admirable. Héroe valerosísimo, arrostraba todo peligro y rugía como un león o como un tigre auténticos.

Cuando las dos niñas volvieron a su cuarto, Katia, con los ojos arrasados en lágrimas, dijo:

—¡Qué miedo tengo!

Hasta las dos, hora en que se sentaron a la mesa para almorzar, todo estuvo tranquilo. Pero entonces se advirtió la desaparición de los muchachos. Los buscaron en la cuadra, en la granja, en el jardín; se les hizo buscar después en la aldea vecina; todo fué en vano.

A las cinco se merendó, sin los muchachos. Cuando la familia se sentó a la mesa para comer, mamá manifestaba una gran inquietud, y lloraba.

Buscaron a Volodia y a su amigo durante toda la noche. Se escudriñaron, con linternas, las orillas del río. En toda la casa, lo mismo que en la aldea, reinaba gran agitación.

A la mañana siguiente llegó un oficial de policía. Mamá no cesaba de llorar.

Pero, hacia el mediodía, unos trineos arrastrados por tres caballos blancos, jadeantes, detuvieronse junto a la puerta.

—¡Es Volodia!—exclamó alguien en el patio.

—¡Volodia está ahí!—gritó la criada Natalia, irrumpiendo como una tromba en el comedor.

El enorme perro, Milord, igualmente agitado, hizo resonar sus ladridos en toda la casa: "¡Guau! ¡Guau!"

Los dos muchachos habían sido detenidos en la ciudad próxima, cuando preguntaban dónde podrían comprar pólvora.

Volodia se lanzó al cuello de su madre. Las niñas esperaban, aterrorizadas, lo que iba a suceder. El señor Korolev se encerró con ambos muchachos en el gabinete.

—¿Es posible?—decía con tono eno-

jado.—Si se sabe esto en el colegio, os pondrán de patitas en la calle. Y a usted, señor Chechevitzin, ¿no le da vergüenza? Está muy mal lo que ha hecho. Espero que será usted castigado por sus padres... ¿Dónde habéis pasado la noche?

—¡En la estación!—respondió altivamente Chechevitzin.

Volodia se acostó, y hubo que ponerle compresas en la cabeza. A la mañana

siguiente llegó la madre de Chechevitzin, avisada por telégrafo. Aquella misma tarde partió con su hijo.

Chechevitzin, hasta su partida, se mantuvo en una actitud severa y orgullosa. Al despedirse de las niñas, no les dijo palabra; pero tomó el cuaderno de Katia, y dejó en él, a modo de recuerdo, su autógrafo:

"Montigomo, Garra de Buitre, jefe de los Invencibles."

El hombre extraño y sin memoria que ha vivido dos veces

Acaba de morir en Oklahoma City, mister John Porter Williams, presidente de una importante entidad bancaria de aquella población. Su fallecimiento ha venido a descubrir uno de los sucesos más curiosos que se registran en la existencia de un hombre: el haber vivido dos veces.

En realidad, Mr. John Porter Williams, era Edward M. Martin, perteneciente a una opulenta familia, que residía en Owatimille, cerca de Lancaster, en Pennsylvania. El hermano de Mr. John es el comodoro Martin.

En 1915, Edward M. Martin desapareció de la residencia de su hermano en Washington, y nadie volvió a tener noticias suyas, por lo cual, la familia supuso que habría sucumbido en algún accidente, lejos de América, o que residía en Europa o Asia.

Entre tanto, en el mes de julio del mismo año de 1915, apareció en Newark un hombre que llevaba en los bolsillos 400 dólares y una cartera con indicaciones de viajes recientes realizados por la costa oriental, entre Nueva York y Florida. En el registro de la fonda donde se hospedó inscribióse con el nombre de John P. Williams.

Permaneció durante varios días en Newark, sin saber lo que le pasaba. Sin sufrir el menor síntoma de en-

fermedad ni el menor dolor, tuvo conciencia de haber experimentado un rudo golpe cerebral, que le privó en absoluto de la memoria, hasta el extremo de impedirle identificar su personalidad. En vano se esforzó en conseguir el renacimiento de la memoria para recuperar su nombre y volver a su casa.

Convencido de la inutilidad de su trabajo, decidió comenzar una nueva vida, dando por muerta su existencia anterior.

Acto seguido montó en un tren del Oeste y desembarcó en Oklahoma City, con el propósito de residir allí provisionalmente.

Mas la suerte le fué propicia en los negocios que emprendió, y su pericia financiera, reconocida por hombres poseedores de grandes fortunas en aquella población, lo elevó a la jefatura de la Compañía comercial más fuerte del Estado y a estar en posesión de más de tres millones de dólares.

Poco antes de su fallecimiento, y como consecuencia de los retratos suyos que publicaron varias revistas, mister John Porter Williams recibió la visita de su hermano, y el sacudimiento que la presencia de éste le produjo le hizo recuperar la memoria de su vida pasada.

de botes. Más tarde la galera griega y romana, algo modificada, fué el único barco que surcó las aguas del Mediterráneo hasta la aparición de la galeota, el galeón, la galeaza, la carabela, la carraca y algunos otros tipos de buques que se utilizaban para la guerra y para el comercio.

Después, la invención de los cañones y demás armas de fuego, el descubrimiento de América y las grandes expediciones marítimas que siguieron a ese acontecimiento magno, hicieron sentir la necesidad de nuevos perfeccionamientos, ya que los barcos costeros—pues eso eran todos, aunque efectuasen largas y arriesgadas travesías—no bastaban, y se construyeron otros más aptos para cruzar el océano.

Pero no consiste nuestro propósito en la descripción de esos perfeccionamientos, sino, al contrario, en pasar breve revista a algunas de las distintas clases de embarcaciones primitivas usadas por algunos pueblos antiguos.

Los antiguos chinos y japoneses utilizaban en sus barcos largos mástiles y velas de reducido tamaño. La embarcación china, denominada junco, con su vela provista de armadura que consiste en un costillaje de madera; su pesado timón, que es más bien un remo de gran tamaño, y otras extrañas particularidades, ofrece el más curioso contraste con los modernos buques. Mas no se crea por eso que los chinos sólo supieron construir embarcaciones grotescas y de escasas condiciones maríneas. Ahí están sus juncos piratas y sus barcos pesqueros, que con viento favorable navegan casi con la misma velocidad que un buque de vapor.

Generalizando sobre el tema, diremos que las velas son cuadradas o triangulares. Indudablemente son las más antiguas las primeras, y al aumentarse el número para completar el aparejo, se usará la vela triangular, que de secundaria pasó a ser la principal entre egipcios, griegos y cartagineses. Mas los pueblos del Norte conservaron la vela cuadrada, que aún se utiliza en los barcos pesqueros de Normandía.

Todo marino de vocación siente profunda simpatía hacia el aparejo de vela, cuyo hábil manejo considera como la base de la ciencia náutica, y a bordo del acorazado, del crucero, el veterano capitán recuerda con nostalgia la época de su aprendizaje, cuando observó primero y mandó después las maniobras complicadas que requiere el gobierno de un barco de vela, y que reflejan en cierto modo el carácter de quien los ordena, lo que les presta un sentido artístico que halaga siempre el espíritu aventurero que alienta en el hombre de mar.

Crin vegetal

En los Estados Unidos de América es objeto de industria la elaboración de crin vegetal, obtenida de una especie de musgo que se deja expuesto a la acción de la intemperie a fin de que se desagregue y quede libre la fibra; ésta se sacude, a fin de librarla del polvo y substancias que mecánicamente la impurifican, por cuya operación la cantidad sobre la que se opera viene a reducirse en la mitad de su peso primitivo.

Lávase luego, y después de secado al calor solar o en estufas, para que pierda la humedad, constituye ese producto que se asemeja a la crin de caballo y es susceptible de recibir las mismas aplicaciones.

La navegación a vela y su peculiar encanto

Se da el caso frecuente, como sabemos por la Historia natural, de que un animal, sorprendido por una inundación, al buscar instintivamente asidero, logre encaramarse en un leño o en cualquier otro objeto flotante que pueda soportar el peso de la asustada bestia, que se deja llevar por la corriente sobre aquella frágil base.

Semejante espectáculo, visto por un hombre ingenioso, sugirió acaso la idea generadora del barco.

Sea como fuere, lo que sí se sabe a ciencia cierta, es que los primeros fenicios fueron también los que primeramente construyeron un barco, simplemente constituido por la balsa.

Un fragmento de Sanconieton, autor fenicio, cuya autoridad confirma Vitondio, contiene la narración de que por haber caído algunos rayos en los bosques de Tiro, se produjo en ellos un incendio espantoso que puso en dispersión a los moradores de aquellos parajes, quienes emprendieron la huida hacia el mar. Al verse entre las llamas y las olas, uno de los fugitivos cortó un tronco de árbol, lo despojó de las ramas, y con el madero se lanzó al mar, ejemplo que fué seguido por muchos de los circunstantes.

Poco tiempo después fué inventa-

da la balsa o almadía, construida con troncos de árboles colocados unos junto a otros, sujetos por una segunda tanda de árboles, puesto de través sobre los primeros y rodeado el conjunto por unas perchas elevadas a cierta altura, que formaron a modo de barandilla. Perchas y remos, mal contruidos y mal armados, eran los únicos medios de propulsión con que contaban los fenicios, quienes no conocían las anclas, ni las necesitaban, en realidad, ya que, por no alejarse nunca mucho de las costas, o amarraban sus barcos o los varaban en las playas.

Más tarde, egipcios y griegos inventaron la vela, si bien los últimos fueron los que perfeccionaron el manejo de ese nuevo medio propulsor.

Según Séneca, en tiempo de Augusto (siglo I de nuestra Era), los barcos romanos usaban ya muchas velas, a las que encomendaban en gran parte la marcha y las evoluciones. Eran ya corrientes en aquella época las galeras con espolón, tanto en la parte de proa sumergida como fuera del agua.

El arte naval decayó extraordinariamente después de la invasión de los bárbaros del Norte, tanto que Carlomagno, para oponerse a los normandos, sólo contaba con flotas

Producción del ozono en los vegetales

Es un hecho muy conocido que el aire del campo es más rico en ozono que el de las ciudades. Como el campo difiere particularmente de éstas por la abundancia de vegetación, es natural preguntarse si las plantas intervienen a lo menos en parte, en este fenómeno, es decir, si los vegetales vivos emiten algo de ozono al mismo tiempo que oxígeno.

M. Coupin ha realizado algunos experimentos con este objeto, de los cuales da cuenta en nota presentada a la Academia de Ciencias de París. Debajo de una campana de unos 2,5 litros de capacidad, coloca plántulas (nombre con que algunos naturalistas designan el embrión vegetal cuando principia a desenvolverse por efecto de la germinación) de guisante, bien verdes y con raíces, de 8 a 10 centímetros de altura, y a su lado una tira de papel de tornasol rojo, empapado en agua destilada, y otra tira idéntica, pero impregnada de una solución concentrada de yoduro de potasio. Puesta la campana en un sitio en que reciba la luz difusa o la directa del sol, se observa que al día siguiente, o sea después de unas 12 horas de luz y 12 de obscuridad, el papel empapado en agua se ha vuelto violáceo. Esto demuestra que el yoduro potásico se ha descompuesto en parte y ha dejado potasio libre, que colorea ligeramente de azul violado la tintura de tornasol, y esta reacción es la que suele emplearse para caracterizar la producción de ozono.

Parece que en este fenómeno intervienen las plántulas, porque empleando una disposición análoga, pero sin plántulas, es decir, cuando los vegetales se hallan ya más desarrollados, no se produce tal coloración.

Además, el ligero azuleo del tornasol por el yoduro no se produce cuando la campana se coloca en la obscuridad, lo cual parece indicar que la formación de ozono, si existe, está relacionada con la asimilación clorofiliana.

El autor de este experimento ha obtenido resultados análogos operando con plántulas de altramuz, trigo, rábano, mostaza blanca, etc., así como con el líquen "Cladonia rangiferina", y hasta con ramas verdes cubiertas de hojas, de tejo, enebro y algún otro árbol.

Cómo se casan los annamitas

El annamita es monógamo generalmente; pero los ritos budistas le autorizan a contraer una unión lateral caso de que no tenga sucesión masculina. Es, sin embargo, la primera mujer quien conserva siempre la supremacía y es dueña y señora de su casa.

Como entre los asiáticos, el puesto de honor se encuentra en el lado izquierdo (sin duda, a causa del corazón), a esta mujer primera se le da el nombre de "esposa de izquierda", que quiere decir—contrariamente a lo que nosotros entendemos en la misma frase—mujer legítima, mientras que la otra no es considerada como esposa de derecho sino, ni más ni menos, co-

mo una criada... para todo. Hasta sus hijos corresponden de derecho al primer matrimonio. Estos llaman madre a la primera, que no lo es suya y hermana simplemente a la verdadera madre.

Cosa curiosa, como todo lo que antecede, es con frecuencia la primera mujer, la oficial, quien se encarga por sí misma de buscar su adjunta y concertar con ella las condiciones del enlace. De este modo, el marido tiene, por lo menos, una ligera esperanza de que la concordia se perpetúe en su hogar.

Se casan jóvenes los annamitas: la mujer a los diez y seis años; el hombre a los diez y ocho, y casi siempre entre familias amigas. Si los jóvenes no se conocen, el novio es admitido, como por Europa, a hacer la corte a su

de honor, se comienza por enviar los testigos. Estos son los encargados de consultar la suerte, sacar el horóscopo y fijar el número de regalos que hay que hacer a la novia y la dote que ha de entregar el novio a los padres de ella.

Luego, los futuros esposos se hincan de rodillas frente a los altares de los antepasados y tratan, por medio de prácticas rituales, de hacerse gratos a sus manes. Cuando están seguros de su consentimiento, se fija la fecha de las nupcias. Estas no se celebran en la pagoda, y es tenido por signo de mal agüero festejarla con brillantez, pues ello podría despertar la envidia de los vecinos. Los contrayentes se ponen de bruceas, a cuatro pies, sobre la cama de la novia, uno frente a otro, agitan los puños cerrados, se lanzan a

UN BUEN CIGARRO

Por Georges DOLLEY

—¡Cuidado, hombre, que me atropella usted!—gritó un peatón al "chauffeur", que conducía el magnífico automóvil que marchaba a extraordinaria velocidad. Y cesó sus gritos, sorprendido por el aspecto de los ocupantes del coche.

Un hombre de frac, un "clown" y un gentilhomme de la época de Luis XIII ocupaban el interior; junto al "chauffeur" iba un sombrío "apache".

—¿Qué es eso?—se preguntaba mientras intentaba quitarse el barro de que estaba salpicado.—Pues no estamos en Carnaval.

Era muy sencillo.

El dueño del "auto" era el opulento banquero Levi-Durand, el cual había ido a buscar a unos actores para que interpretasen unas escenas y recitasen trozos escogidos en una fiesta que se daba en su casa.

El hombre de frac era Loly, cancionista de Montmartre; el "clown", Paolo Fratellini; el gentilhomme, Brunot, del teatro Francés, que iba a recitar versos del "Cyrano", y el "apache", Molin, el gran actor, creador de "Mi hombre", encargado de leer una página de Carco.

—¿Han representado ustedes alguna vez en casa de este banquero?—dijo Brunot.

—No—respondió Fratellini.

—Yo, sí; varias veces—dijo el cancionista.—Le pagan a uno muy bien y le reciben admirablemente. Por eso les he dicho a ustedes que viniesen.

—Gracias.

—Y ahora voy algo por lo que venga a esta casa con verdadera alegría.

—¡Hermosas mujeres!

—No—contestó Loly.—Como saben ustedes, soy muy aficionado al tabaco.

—¿Y qué?

—Que Levi-Durand tiene los mejores cigarros del mundo.

—Eso no me interesa—dijo Paolo Fratellini.—Yo sólo fumo cigarillos.

—Yo también—dijo Molin.

—Yo no fumo nunca—dijo Brunot.

—Perfectamente—dijo el cancionista.—Entonces me van ustedes a hacer un favor. Como yo soy quien les ha proporcionado esta velada, quiere cada uno de ustedes coger un cigarro para dármele después?

—No hay inconveniente.

Los artistas tuvieron su éxito habitual.

Levi-Durand, con varios sobreserrados en la mano, se acercó a ellos.

—Señores, muy agradecido.

—Les he hablado—dijo Loly—de sus magníficos cigarros.

—Es verdad. Ahora los probarán.

Volvió el banquero con una caja de admirables habanos, enormes, ventruados, rubios y fainados de oro mate.

—Tomen ustedes.

Fratellini, Brunot y Molin obedecieron.

—Me parece—dijo el cancionista—que de buena gana cogieran otro.

—Pues tómelo—contestó el banquero amablemente.

Los tres actores cogieron dos cigarros cada uno.

—¿Y usted, Loly, no toma?—dijo el banquero.

El cancionista cogió un cigarro.

—¿Uno solo? Tome usted otro, como sus compañeros.

—No; muchas gracias—contestó el cancionista muy diamante.—Con uno me basta. A mí no me gusta abusar.

la nariz un puñado de arroz, beben en la misma taza un sorbo de tchoum-tchoun y mastican el mismo chicote de betel.

Y ya está la boda hecha.

Después hacen alguna invocación a los antepasados y se dirige el cortejo a la casa del novio según este orden ritual: primero va la bandeja de betel, bajo un parasol, luego la bandeja de te, el cofrecillo de las alhajas, el de los afeites, dos grandes lanternas que llevan los nombres patronímicos de los desposados, y, finalmente, un hermoso cerdo con la piel toda negra—sin mácula—encerrado y visible en una gran caja.



Los hombres de bronce de la plaza de San Marcos

Frente al Campanil, a la derecha de San Marcos, cuyos mosaicos de oro reflejan los rayos de un sol de invierno, el reloj de la torre continúa, a pesar de sus cinco siglos de existencia, desgranando las horas.

A su sonido el transeúnte levanta los ojos y ve a dos hombres de bronce que dejan caer alternativamente sus martillos sobre una enorme campana colocada entre ambos.

El espectáculo es curioso, y como en Venecia puede uno detenerse sin temor a ser atropellado, podéis pararos tranquilamente, el tiempo necesario, ante la Torre del Reloj, que así se llama, para examinar sus menores detalles.

Incrustado de mármol, recamado de oro y de colores rutilantes, merece la pena de que se la describa.

Bajo la campana y los campaneros se ve una pequeña terraza rodeada de una barandilla.

Abajo, resaltando sobre un fondo azul celeste sembrado de estrellas de oro, el león alado de San Marcos, que pisa con su pata izquierda el libro de la Ley.

Bajo éste, en una hornacina coronada de un frontón dórico de piedra blanca, una estatua de la Virgen. El fondo es el mismo. A la izquierda, en un cuadro, la hora en números romanos; a la derecha, los minutos en cifras árabes. Ante la hornacina, un balconcillo circular. En el primer momento no se ve la necesidad de este balcón. Pero un amable transeúnte os lo muestra.

—Fijese, señor. Los cuadros en que se inscriben las horas, son puertas. Para los días que sepran la fiesta de la Ascensión de la de Pentecostés se sustituye el sistema de cuadros por otro. Y tras el toque de cada hora y cada media hora, aparece un ángel que empuja una trompeta. Los tres reyes magos, vestidos suntuosamente, le siguen, y todos pasan y se inclinan ante la Virgen rindiendo homenaje. Estos personajes son de madera finamente esculpida.

Pero ya no escuchamos a este benévolo informador. Hemos bajo la arcada que forma la base de la torre. Antes de entrar en ella, echemos un vistazo al cuadrante que se halla en medio de la torre. Gracias a él los venecianos pueden pasarse sin calendario. Además de las horas, señala el día, los meses, los signos del Zodiaco y hasta las fases de la luna.

Una escalera de caracol nos conduce hasta la maquinaria del reloj. Las cifras que señalan las horas están montadas sobre dos tambores que la maquinaria mueve automáticamente.

Después continuamos por la escalera hasta llegar a los muros, como se denominan a los hombres de bronce.

Allí podemos ver que el movimiento que ellos hacen para golpear la campana es una rotación del busto. La base del cuerpo permanece inmóvil.

COLABORACION ESPONTANEA

La serenata

Al amigo Antonio Delatorre.

Fluye un caudal de dulces melodías
en la paz soñadora de la aldea,
y en el amplio fogón chisporrotea
un leño sus postreras rebeldías.

Evocando visiones de otros días
cierra el libro el abuelo; y aletea
la eclosión de nerviosas alegrías
en los ojazos de la bella Dca.

—“¿Da su permiso, abuelo?”... La mimosa
voz solicita un gesto afirmativo;
y acude a la ventana, presurosa,

donde al amparo de la luna grata
estalla un beso de pasión—furtivo—
entre las notas de la serenata.

F. L. BUSCH.

Horas angustiadoras

El conventillo no tiene
aquel sabor tunecino
que el sol le da cuando besa
todo el patio de ladrillos...
Agua de lluvia lo lava,
lo vuelve descolorido.
Sin el sol le falta todo...
¡Hasta en la cuerda el trapío
remendado, pintoresco,
blanquiazul, rojiamarillo,
se trueca en un gris opaco
absurdo, feo, enfermizo!

Trasmina angustia el remedo
de jardín que algún vecino,
con cuatro latas de nafta
pintadas, ha suspendido
de la reja que circunda
al pozo del patiecillo.

Acongojado, me asomo
al ventanuco y espío,
tesonero, a ver si alcanzo
de cielo azul un cachito...
¡Que si quieres!, no despeja...
El corazón oprimido
se acurruca en un rincón
del pecho muerto de frío.
¡Si al menos me acompañara
en este cuarto vacío
para charlar, mateando,
alguno de mis amigos!
Si leyera... Pero hoy
son tristes todos los libros...
Un valse viene de lejos...
No sé dónde llora un chico...
Por ahí zumba monótono
el abejorro de un “Primus”
acunándose, meciéndose...
¡Estoy por romper a gritos!

Hacer algo que disipe
la tristeza en que me abismo.
Acribillar a balazos
de mi ventana los vidrios.
Saltar, correr, hacer ruido;
algo, en fin, que neutralice
el bostezar de fastidio.

Pasó la crisis; estoy
aplastado y dolorido,
panza arriba sobre el lecho
fumándome un cigarrillo...
La tarde sigue ovillando
de lluvia los grises hilos.
Yo y mi cuarto nos volvemos
el corazón del ovillo...

Rodolfo BAGÜES.

Juegos plebeyos

En la antigua Roma se daba este nombre a los juegos organizados y celebrados por los ediles plebeyos (ediles plebis) en memoria de la paz concluida entre el pueblo y el Senado. A lo que parece, su origen no se remontaba más allá de los años 290-293 antes de J. C. Primitivamente duraban un día; pero desde el año 207 antes de J. C. se aumentó su duración. En los últimos años de la República ocupaban catorce días, luego fueron perdiendo importancia, y en el siglo IV de la Era Cristiana no duraban más que cuatro o cinco.

En un principio fueron ludi circenses, pues se celebraban en el circo; pero luego se incluyeron en su programa representaciones escénicas, en las que preferentemente figuraban obras de Plauto. Además, a semejanza de los ludi romani, iban acompañados de una equorum probatio, que era una especie de revista de caballería.

En algún tiempo fué precedida la fiesta de un banquete en honor de Júpiter.

Descanso

Con las viejas sandalias empolvadas,
portador del bordón de peregrino,
hice un alto en mitad de mi camino
para curar mis manos magulladas.

Las piernas las tenía ensangrentadas,
el gesto, antes audaz, era mohino,
y, cauteloso, me acerqué al molino
para llenar de agua mis herradas.

Bebí, sacié mi sed, curé mis males,
y, después, entre los cañaverales,
me adormecí pensando en cosas bellas.

¡Cómo se siente el corazón sereno
cuando el aire sutil trasciende a heno
y se duerme al claror de las estrellas!

Rogelio A. DURO.

Jesús de Nazareth

Jesús es un cántaro que rebosa de vino,
Del vino sensitivo del amor ideal...
Ante su rostro pálido de eterno peregrino
Hincóse de rodillas, con su fervor divino,
La bella Magdalena, cegada flor del mal.

Jesús es la palabra de infinita dulzura;
Un canto de belleza, de amor y de igualdad,
El narrador perlado de toda la amargura,
De milagreras manos, preñadas en la albura
De toda su bondad.

El alma de la vida latente de armonía
Bajo el encanto puro de la serenidad...
El resonar del bronce con un “Ave María”,
Campanas de oro y plata cantando “soledad”.

Jesús es el plus ultra de la quijotería...
Jesús tan sólo tiene por nombre

¡Humanidad!

Juan INSUA LAGARES.

Fatalismo

¡Pensar en que todo esto, tu hermosura y mis versos,
brillarán un minuto, para morir después!...
¡Pensar, amada mía, que quedarán dispersos
los sueños que hilvanamos en la dulce embriaguez!

¡Pensar que irreductible, con hálitos perversos
tenderá su mortaja el Olvido, tan cruel,
y en un postrer instante de los sinos adversos
tu corazón y el mío sucumbirán en él!...

¡Pensar que nuestras vidas, la fe del juramento,
serán simples penachos, juguetes en el viento,
que acallarán, por siempre, las cruzadas de amor.

Y que en la noche cruenta de la Vida y la Muerte
jugarán en la mesa de la divina suerte
la carta ya marcada del designio traidor!

José N. MURGA.

¡Gauchita!...

(Para “Fray Mocho”).

Vamos, gauchita guapa, no seas mala,
Y quierme un poquito, como te quiero!
A coqueta y ladina, naides te iguala,
Y sos linda, gauchita, como un lucero.

Yz hace mucho tiempo te arrastro el ala,
Y de amor, gauchita, por vos me muerdo;
¡Tenís corazón duro, mesmo que un tala,
Y tú gozás sabiendo que siempre espero!

De pena chupo caña, caña y tabaco;
Ando siempre triston y estoy muy flaco
Y el corazón se me áhuga de padecer...

¡Vamos, gauchita linda, sé mi paloma,
Y en un rancho blanco, junto a la loma,
Viviremos maneados por el querer!...

Domingo F. ARIETTI.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U. T. 423, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre... \$ 2.50	Trimestre... \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre... „ 5.00	Semestre... „ 6.00	Semestre... „ 4.00
Año... „ 9.00	Año... „ 11.00	Año... „ 8.00
N.º suelto... 20 cts.	N.º suelto... 25 cts.	
N.º atrasado 40 „	N.º atrasado 50 „	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

Encuadernación en formato grande.	En cuero	En tela
„ „ „ chico. cada tomo	\$ 12.—	3.70
„ „ „ grande. „	„ 8.—	3.—
„ „ „ chico. „	„ 9.—	2.—
„ „ „ grande. „	„ 6.—	1.50

PAPEL Y TINTA

"Caracteres americanos", por M. Vincenzi, Costa Rica.

Se trata de una obra altamente escrita por uno de los escritores más destacados de Costa Rica. "Caracteres americanos" es un estudio terminante y profundo de tres hombres de letras, ventajosamente conocidos en América: Antonio Mediz Bolio, José Vasconcelos y R. Blanco Fombona.

El señor Vincenzi, analiza meticolosamente, y desde un punto de equidad y justicia, la obra múltiple de estas tres personalidades literarias. Hace de ellos un estudio profundo de sus aspectos espirituales, de su tendencia artística y del estilo, que viene a ser para el escritor el reflejo de su "yo".

Vincenzi realiza en esta obra, hija de su talento artístico, lo que deberíamos llamar la verdadera crítica, despojada de todo ditirambo y apasionamiento. Porque la crítica debe estar encerrada dentro de la lógica y del conocimiento sobre lo que el escritor se ha manifestado.

El estilo empleado por el señor Vincenzi en este volumen, es de una elegancia suma y de una gran sobriedad. Escritor talentoso, ha dado, como dice Blanco Fombona, uno de los mejores libros americanos en nuestra época.

Escritor de fibra, espíritu sutil y meticoloso, ha profundizado el mundo interior de tres personalidades literarias, sin dejar un detalle, sin descuidar un motivo de aquel campo complejo que es el análisis de la obra, escrita por verdaderos artistas.

"Caracteres americanos" es un libro puramente concebido.

F. B. Visillac.

"La gama del Iris", poesías de José Azerrad Lasry, Carlota, Santa Fe

He aquí un libro juvenil, en el cual falta, como valor, la sinceridad.

El autor se limita a reflejar sus impresiones dentro de moldes sonoros, no poco trillados, y, en aquellos que se aparta de la forma su espíritu no recobra su amplitud y se manifiesta con poca soltura y elegancia.

Nosotros aconsejamos a los escritores jóvenes a que mediten sus versos, los estudien y luego los den a la publicidad, pero persuadidos de que van a despertar una emoción, que es esto, no lo dudamos, lo que acarrea la popularidad.

"Desolación" por Gabriela Mistral, Edición "Las grandes obras", Buenos Aires.

Una ternura femenina y cristiana difunde de las páginas de ésta que, indiscutiblemente, es la primera poetisa de América. Bondad y feminidad, pues, caracterizan a Gabriela Mistral, chilena de nacimiento y americana de corazón; que en toda América, desde el norte hasta el sur, sus palabras cálidas, bellas y enternecedoras supieron captarse adeptos fervientes y decididos.

Maestra, por su obra y por su acción, Gabriela Mistral ha preocupado—conmoviéndose ella, la primera—por el descuido y abandono, más espiritual que material, en que se hallan las juventudes del continente;

educadora por temperamento y humanitaria por sobre todas las cosas y obras, en Sarmiento y en el santo de Asís—¡opuestos y hasta próximos extremos!—encontró ejemplos y maestros convincentes y confortantes.

Por eso, y por el hecho de pasar ella por nuestra ciudad, interesante y grata tiene que resultar la publicación de "Desolación", conjunto de composiciones magistrales y únicas, en las que cada espíritu que se inquieta y cada corazón que sufre ha de hallar el consuelo y alivio. La "Oración de la Maestra", además, que figura en "Desolación", es ya más que argumento para que este maravilloso cofre de belleza y armonía que es "Desolación" llegue a las manos de los millares de educadores que, con el ejemplo de Gabriela Mistral, la dulce y bondadosa, se preocupan por el porvenir de las futuras generaciones americanas.

"Los campesinos", por Ladislao Reymont, Editorial Lux, Barcelona (España).

Este libro, importantísimo en la literatura de nuestro siglo, fué inspirado al autor no por la magnificencia de "La Tierra", la celebrada obra del maestro Zola, sino por los defectos que en ella descubrió precisamente, al comparar la vida de los campesinos de Francia, donde a la sazón residía Reymont, con la artificialidad de las páginas del padre del naturalismo. Desde entonces, el propio autor lo ha confesado en unas declaraciones hechas no hace mucho, y antes de fallecer, a un periodista parisino, quedóle como el anhelo de llegar a trazar una especie de epopeya de la vida de los campesinos de Polonia. Y este trabajo, desconocido por los lectores de la mayoría de los pueblos latinos, es el que se ha comenzado a publicar, traduciéndolo lo más escrupulosa y completamente que se puede de los originales posteriores a la revolución maximalista rusa, que son los únicos que han pasado sin la censura.

Es ésta una obra de un realismo tan sorprendente y excepcional que cuesta trabajo substraerse a la emoción que producen sus personajes. Hay en ella tanta humanidad y tanta lógica, que el lector, casi inconscientemente, posesiónase del ambiente y vive la vida de los protagonistas en angustiosa expectativa, como si del desenlace dependiera su propia felicidad.

Nunca se ha descripto como en las páginas de "Los Campesinos", con tanto colorido, el soberbio e imponente espectáculo de las estepas, ni con tal fidelidad las modalidades y costumbres de los campesinos polacos. Y, por sobre todas las cosas, el amor que tortura las almas y atormenta los cuerpos, caldeando las pasiones con su lengua de fuego hasta arrancar el grito feroz de los sentidos. Que toda la obra de Reymont hállese como envuelta por el torbellino de la tragedia que espanta y subyuga al mismo tiempo.

"Misterios de la sombra", por María L. González Barlett de Supery, Editorial Tor, Buenos Aires.

Con este bello libro, María Luisa González Barlett de Supery coló-

case en uno de los principales puestos entre las poetisas de Sud América. Mujer dotada de un alma exquisita y de una extrema sensibilidad artística, puede decirse sin temor a entrar en excesivas alabanzas, que domina en absoluto como pocos poetas la forma y el ritmo, traduciendo en sus versos la noble emoción que de su espíritu desborda.

Con frecuencia entre nosotros ha acontecido que las mujeres al ponerse en contacto con las musas, lejos de acendrar su fineza de alma característica, dedicanse a la producción de obras artificiales y en las que desaparece, precisamente, esa característica de feminidad que es la que los lectores y los críticos de ellas esperan. Ocurrendo así, casi como norma general, que piensen y escriban más como hombre que como mujeres. Y, este escollo, el capitalísimo, es el que ha salvado la autora con este libro que desde la primera hasta la postrera página evidencia la mano y el alma de una mujer delicada y amorosa.

Por ello, al leer este hermoso y hasta ejemplar libro, donde campea una emoción y un dolor que hacen temblar las cuerdas del sentimiento, vívense instantes de ensueño, de amor y de dolor.

"Reflejos"

Editado por los señores Rossi y Lassave, y bajo la dirección literaria de nuestro colaborador, el poeta Eduardo María de Ocampo, ha sido puesto en circulación el núm. 5 de la revista "Reflejos", que aparece en la parroquia de Flores. El sumario, que por sí representa un verdadero esfuerzo literario y artístico, contiene colaboraciones especiales de Francisco Villaespesa, Fermín Estrella Gutiérrez, Sofía Espíndola, María Alicia Domínguez, Atilio García Mellid, Lía G. Ruiz Moreno, Alberto Faggella, etc.

Hemos recibido:

Actas. — Cuaderno núm. 1. Publicación oficial autorizada por el honorable Senado de la provincia de Entre Ríos y dirigida por el señor presidente nato del alto cuerpo y vicegobernador, doctor Enrique Pérez Colman. Edición del Archivo Histórico del Congreso de Entre Ríos. Paraná, 1925.

Perdidos en la sombra, por Isabelino Scornik. Edición Sociedad Editorial Americana. Buenos Aires, 1925.

Flores de sombra, poesías por Federico Mediante de Noceda. Mercedes, 1925.

Inti. — Año 1 Número 2. La Paz (Bolivia).

Mendoza y San Juan. Lo que son y lo que valen.

El libro y el pueblo. — Tomo IV. Número 7 y 9, Méjico.

Revista del Archivo de Santiago del Estero. — Tomo IV. Núm. 6.

Estímulo al estudio. — Año II. Números 16, 17 y 18. Lomas de Zamora.

Boletín de la Mutualidad del Tránsito Anglo Argentino. — Número 47.

Hispania. — Año I. Núm. 17. Madrid.

In memoriam. — Juan J. Astengo. Periodista, político y legislador. (1870-1918). La Plata

Sagitario (Revista de Humanidades). — Año I. Número 4. La Plata.

Recomendaciones de la Primera Conferencia Nacional de Estadística, reunida en la ciudad de Córdoba. — 1925.

Nociones útiles. — Publicación del Ministerio de Agricultura de la Nación. Buenos Aires, 1925.

Notas de cine

"CON LA ESPADA AL CINTO"

Una producción verdaderamente emocionante, concebida en el más elevado concepto de espectáculo atractivo, en el cual se desarrollan escenas de sangrientas batallas y donde los hechos heroicos de agueridos soldados dan una nota impresionante en medio del fragor de encarnizadas guerras y donde los sacrificios humanos son llevados a extremos que evidencian el desprecio por la vida en pro de un elevado ideal. La lucha por la independencia de las naciones en guerra, las intrigas políticas, las sublevaciones y actos de espionaje, mantienen latente la atención del espectador, experimentando sensaciones erizantes a medida que va cobrando mayor interés el desarrollo de esta conmovedora producción en la cual podrán apreciarse miles de personas en escenas que luchan bravamente bajo la voz de mando de sus oficiales que estudian el campo del enemigo para así movilizar sus ejércitos y llevarlos a la victoria.

En medio de tanta desolación un romance de amor va tomando incremento y a medida que las acciones se desarrollan, mayor impulso toma Cupido para luego triunfar sobre todas las adversidades que en forma tan agresiva se le habían presentado. Un beso. Un hogar. La primavera que nos sonríe y la paz que nos cobija.

"MAYOR QUE UN TRONO"

Una interesante producción llena de alternativas tragicómicas donde impera el buen humor y amenas escenas que disipan el "spleen" del más malhumorado espectador.

Una simpática, arrogante y bella mujer, haciendo gala de su esplendor femenino logra seducir a un rey que viajaba de incógnito, quien se enamora locamente de ella, llegando hasta ofrecerle compartir el trono a cambio de amor.

Una serie de incidencias dan lugar a risueños episodios en los cuales imperan las persecuciones en automóvil y hasta la suplantación de la novia por otra dama que es confundida en los salones palaciegos del mencionado rey.

En su afán de llevar a cabo sin pérdida de tiempo la celebración de los esponsales, tanto las damas de honor, como los caballeros de la corte, apresuran los acontecimientos en forma tan veloz, que se realiza la boda para recién después de celebrada darse cuenta que la nueva reina no es la elegida del corazón del rey.

¿Podrá el espectador imaginarse situación más alarmante para un reino? Digna del mayor elogio es esta delicada y fina producción, que satisface ampliamente las exigencias del más exigente auditorio.

Las viejas tradiciones se van. Lo muestran, entre otras cosas, los últimos sucesos de Persia.

Se ha realizado en aquel país una revolución, la dinastía reinante ha sido reemplazada por otra dinastía, un sha ha sido depuesto del trono para colocar en él otro sha; como piezas de un juego de damas; y todo ello se ha verificado sin el menor trastorno, sin lucha, sin que se haya vertido una sola gota de sangre.

Hecho inverosímil, porque en estos países de Oriente no suelen pasar así las cosas.

Leed la historia de Persia y os estremeceréis de horror a cada página, al enteraros de las bárbaras prácticas, de los asesinatos, de los suplicios que acompañaron a las innumerables revoluciones y revueltas llevadas a cabo en aquel país con motivo del trono iraní.

No hemos de remontarnos más allá de la dinastía de los Kadyares, a la cual pertenecía el joven sha destronado. El príncipe fundador de esta dinastía se llamaba Aga-Mahomed. En el año 1203 de la Hégira (1788 de nuestra era), se sublevó contra Louft-Ali-Jan, último sha de la dinastía de los Zends, al que tuvo sitiado en la ciudad de Kirman, que tomó Mahomed después de cuatro meses de sitio. Louft-Ali-Jan consiguió escaparse, pero Aga Mahomed mandó sacar los ojos a todos los individuos de la guarnición.

Poco tiempo después, Louft-Ali-Jan le fué entregado. Mahomed hizo con él lo que con los suyos y después le envió a Teherán con orden de que lo mataran. Pero el Kadyar no se detuvo aquí, sino que hizo buscar por todo el país a todos los jefes de la tribu de los Zends y les hizo igualmente arrancar los ojos.

Hay que confesar que desde hace ciento treinta y siete años las costumbres políticas de Persia han mejorado notablemente. Riza-Jan Pehlevi, el nuevo sha, se ha contentado con proclamar simplemente el cambio de régimen y rogar al príncipe heredero que abandone el palacio. Después de lo cual hizo disparar siete cañonazos, no más de siete: el nuevo sha no gasta pólvora en salvos. He aquí cómo se ha realizado el cambio.

Hay que hacer justicia a los últimos Kadyares. Si les faltó el espíritu constitucional y tuvieron muy poco en cuenta la suerte del pueblo, no se les puede hacer reproches de más monta, sobre todo en relación con los procedimientos crueles del jefe de su dinastía.

Una revista parisiense recuerda estos días la visita que hizo a la capital de Francia, en 1820, el abuelo del último sha. Se le tributó un caudaloso recibimiento por ser el primer soberano que visitó a París después de los reveses de aquel año. ¡Qué de historias se contaron entonces su fausto, sus exigencias, sus curiosidades!

Nasr-Eddin quiso verlo todo, conocerlo todo. Se le llevó a todas partes, hasta a ver una ejecución capital. Una mañana, al amanecer casi, el sha llegaba a la plaza de la Roquette acompañado de su gran visir y de todo su séquito. El verdugo le enseñó el funcionamiento de la siniestra máquina y el sha mostró gran interés en esta explicación. Luego se trajo al condenado... La cuchilla bajó... cayó la cabeza. Pero todo ello fué tan rápido, que Nasr-Eddin, decepcionado, no tuvo tiempo para gozar del espectáculo. Y entonces se le vino a las mientes la idea de que podía repetirse el experimento.

—Ahora, guillotínadme a éste—dijo, señalando a uno de los personajes que tenía cerca de él.

Este personaje no era otro que el fiscal del Tribunal Supremo. Y cosió Dios y ayuda hacer comprender

De los persas y sus últimos reyes

al monarca iraní que la guillotina no era para los magistrados, sino para los asesinos.

Mal lo hubiera pasado el magistrado si en lugar de ocurrir el hecho en París hubiera sido en Persia, porque entonces el sha gozaba de un poder absoluto en su reino. Sus caprichos eran leyes y su voluntad no conocía más límites que los que él mismo se imponía. Ni había de dar cuenta a nadie de su conducta. Tenía derecho de vida y muerte sobre sus súbditos y, más aún, sobre todos los miembros de su familia.

Nasr-Eddin abusó, quizá, alguna vez de este absolutismo, porque él gustaba recordar que era un potentado todopoderoso. Pero su hijo, Mozacer-Eddin, fué un buen hombre, melancólico y dulce.

Este excelente soberano hizo hasta esfuerzos notables por otorgar a

cuajado de pedrería, bajo un sol de oro.

Cuentan que el pobre muchacho lloraba desesperadamente.

—¡Yo no quiero ser sha! ¡Yo no quiero ser sha!

Lo fué, sin embargo, pero muy poco. Durante su menor edad gobernó en su nombre un regente; y desde la guerra, todo el mundo sabe que el verdadero gobierno de Persia no residía en Teherán, sino en Londres. Un acuerdo anglopersa firmado en 1919 hizo de Persia, desde el triple punto de vista administrativo, militar y financiero, un vasallo de Inglaterra.

¿Qué hacía, entre tanto, el sha?

Flabiéndole Inglaterra desembarazado de los cuidados del poder, viajaba. Se le vió tan pronto en París, en Niza, en Deauville como en Teherán.

ve abierto a las bellezas del arte y de la poesía. Puede ser que un régimen liberal, bien dispuesto y libre de trastornos políticos, despertara en él el sentido de las iniciativas.

En cuanto al soberano persa, en todo tiempo ha pasado por ser el monarca más rico del mundo. Y, cosa curiosa, esta reputación es a la vez perfectamente exacta e injustificada en absoluto.

Expliquémonos. El sha, en efecto, vivía siempre estrechamente. En tiempo del absolutismo, el tesoro del país y el tesoro del soberano se confundían. Se concebía que el dinero se emplease primero en pagar los gastos y lujos del monarca, en sostener su harén y en pagar a los cortesanos. Apenas si quedaba para atender a los servicios públicos.

Consecuentemente el sha, no pudiendo pagar a sus funcionarios, hallaba más expedito hacerse pagar por ellos. Y vendía los cargos al mejor postor.

Ya se supondrá cuáles podrían ser los efectos de semejante sistema. La Administración oprimía a las provincias. Lejos del poder central, los gobernadores, especie de sátrapas sin freno, abusaban de la autoridad de que se hallaban investidos, arruinaban a sus administrados y hacían fortunas escandalosas.

Nasr-Eddin reprimió a menudo estos abusos. Solamente que la manera de reprimirlos no beneficiaba más que a él mismo. Nasr-Eddin llamaba a Teherán al prevaricador y le despojaba de todas las riquezas mal adquiridas. Pero no las devolvía al pueblo, de donde procedían, sino que las guardaba para él. Así que los despojados no remediaban nada.

A despecho de todo y de los recursos obtenidos a cuenta de los impuestos, los últimos shas se vieron obligados a recurrir a empréstitos extranjeros.

Y el dinero les faltaba siempre.

Sin embargo, ellos eran los soberanos más ricos del globo. Pero ricos de una riqueza improductiva. Todo un palacio, que se llama en Teherán el "Museo"—pero un museo en el que la multitud no es admitida,—contiene el famoso tesoro formado de todas las riquezas acumuladas en el transcurso de los años: joyas de todas clases, diamantes, rubíes, perlas, obras de arte, cerámica, tapices, armas damasquinadas, miniaturas preciosas.

Una de las maravillas de esta colección es un globo terrestre de oro macizo, de sesenta centímetros de diámetro, todo esmaltado en pedrería, desde el polo Norte al polo Sur, y cuyos nombres geográficos están escritos con letras persas en brillantes. Las Indias están representadas por amatistas; el Africa forma una superficie de rubíes; Inglaterra se halla trazada con brillantes; los mares se indican con esmeraldas.

También allí se encuentra el famoso trono de los pavos reales que un sha trajo de Delhi después de una guerra victoriosa, cubierto de esmeraldas, perlas y rubíes. La silla, de oro, se halla claveteada de gotas de sangre, que son también rubíes. En el respaldo refulge un sol de diamantes, que por medio de un mecanismo irradia fuego cuando se sienta el rey. A los pies de este maravilloso trono están los pavos reales con plumaje de oro sembrado de piedras preciosas.

Este trono, antes de la guerra, se había valuado en doscientos millones de francos.

Y esta cifra nos da una idea de los millones que representaría el formidable conjunto de los bienes ociosos que constituyen el tesoro de los shas.

AVISOS ESPECIALES

PROFESOR

Dr. AMADEO NATALE

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 725—U. T. 7382, Av.

Dr. JUAN E. GARULLA

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente
enfermedades internas
Méjico 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. VICTOR MORASCHI

OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OFTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. ALBERTO T. BARRAGAN

DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 Sáenz Peña 216
U. T. 38 Mayo 6837

Dr. A. R. ZAMBRINI

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oidos del Hosp. San Roque
VIAMONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. JORGE I. DEL PIANO

Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque.
Asistente a la clínica del profesor
Sebileau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375—U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. ALEJANDRO PINTO

MÉDICO CIRUJANO
Ex Practicante Interno de los Hospita-
les San Roque y de Niños de la Capital
Federal.—Señoras y Partos.
Bm. MITRE 1272 Adrogué

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO

Médico oficial del Círculo de
la Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas de 3 a 5 p. m.
Unión Telef., 5722, Juncal

Ahora, que no tiene que asistir a las ceremonias oficiales de su país, al joven Ahmed podrá viajar con más asiduidad y constancia.

Persia es un país pobre. Salvo en los alrededores de las poblaciones, regadas por alguna corriente de agua, no hay vegetación alguna en la aridez del paisaje.

Afortunadamente, el pueblo persa está acostumbrado a vivir con poco. Es un pueblo virtuoso. Si el uso del opio le es un poco familiar, por el contrario, y hasta estos últimos años, desconocía el del alcohol. No hay "cabarets" en las ciudades persas. Se habían instalado algunos establecimientos de bebidas, pero el nuevo sha ha ordenado su cierre.

El persa es, generalmente, sobrio, inteligente y pacífico. Su espíritu vi-

La energía que el sol proyecta sobre el mar puede ser utilizada

Un ingeniero francés, M. Pedro Gandillon, acaba de sugerir un sensacional procedimiento de recuperación de la energía que el sol proyecta incansable sobre nuestro planeta: este procedimiento utiliza el poder de evaporación del sol sobre las grandes extensiones de agua de baja altitud, de nivel constante, por la aportación de masas de agua equivalentes tomadas de nivel superior; la cascada creada de este modo produce entonces energía. Las aguas de la parte superior pueden ser constituidas por lagos y por el mismo mar; las aguas inferiores, por depresiones naturales.

El más notable ejemplo de depresión que pueda darse es el del valle del Jordán, con el lago Tiberiades al Norte (208 metros) y el Mar Muerto al Sur (394 metros por debajo del nivel del Mediterráneo). La cadena de montañas que separa esta depresión del Mediterráneo desciende casi verticalmente hacia el valle del Jordán, mientras que el terreno se inclina en suave pendiente hacia el otro lado. El lago o mar de Tiberiades no es, desgraciadamente, utilizable, necesitando la altitud de la cadena montañosa ser perforada por un largo túnel. Por el contrario, más al Sur se encuentra el paso de Zerín, situado a 80 metros de altitud, que podría ser el punto más elevado del trazado racional—indicado en cierto modo por la naturaleza—de la conducción de aguas. Es cierto que su realización necesita la elevación del agua a 80 metros por encima del nivel del Mediterráneo; pero es evidente que este gasto de energía será grandemente recuperado por la utilización de la cascada, de 474 metros, formada entre el paso de Zerín y el Mar Muerto. El ingeniero Gandillon, después de haber estudiado ampliamente la cuestión, ha presentado a la Academia de Ciencias el proyecto siguiente:

Partiendo de las aguas del gran puerto de Haiffa, se construiría un trozo de canal marítimo, de siete kilómetros de longitud, que terminaría en un puerto interior; de éste partiría un canal de navegación interior provisto de ocho esclusas de 10 metros de salto cada una (una estación de bombas remontaría el agua de cada esclusa). Llegada allí, el agua comenzaría su descenso hacia el Mar Muerto: un túnel de tres kilómetros atravesaría el desfiladero, y, a su salida, un canal navegable desembocaría, a 78 metros de altitud, en los conductos de una primera fábrica situada cerca del Jordán a 265 metros. El salto utilizado alcanzaría a 343 metros. Un canal de desagüe tomaría las aguas a la salida de las tuberías para conducir las a la segunda fábrica, cerca del Mar Muerto, donde se encontrarían todavía 120 metros de salto disponibles.

¿Qué volumen de agua hace falta transvasar del Mediterráneo al Mar Muerto? Un simple cálculo lo indica: hoy, la evaporación en este último mar equivale a la aportación del Jordán (70 metros cúbicos por segundo, próximamente), pero podría ser mayor; y puede decirse que el sol hace evaporar anualmente tres metros cúbicos y medio de agua por metro cuadrado de superficie; esto hace, para los 926 kilómetros cuadrados de superficie media del Mar Muerto, un volumen anual de 3.241

millones de metros cúbicos, o sea 103 metros por día. Tomando 100 metros cúbicos por segundo en el Mediterráneo y echándolos en el Mar Muerto, no parece que se trastornaría el equilibrio actual.

Se ha calculado que esta instalación proporcionaría cerca de 400.000 caballos, que bastarían a la electrificación de Palestina (camino de hierro, industria y agricultura). La

CLEPTOMANO

—Tengo una historia que contaros—dijo el grueso y jovial Beauchamps.—Me ha ocurrido recientemente.

Todos me conocéis. Trabajo poco, me paseo bastante. Cuando hago un negocio me apresuro a dilapidar las ganancias. Cuando no tengo un céntimo, trabajo. No me cito como un ejemplo digno de imitar. Pero subéis que miro la vida con una sonrisa optimista y que dejo a los gastrónomos y a los fracasados el cuidado de lamentarse y de ver negro el porvenir.

Pues bien; todos los días paso frente a una perfumería que tiene un puesto en la calle. En las cajas abiertas hay jabones, frascos de esencia, dentífricos... Un hombre viejo y delgado vigila desde la puerta del establecimiento aquellas cajas olorosas. ¿Por qué me he atrevido un día al pasar a coger una pastilla de jabón envuelta en papel de seda sin detenerme? ¿Por qué he robado el jabón? No lo sé. El hombre viejo no me ha visto y yo me he metido la pastilla en el bolsillo y he seguido mi camino.

En casa he colocado tranquilamente el jabón sobre mi mesa tocador y he comenzado a usarlo.

Pecadillo, diréis. Cleptomano. Sí; soy cleptomano. Hace quince días que paso todas las mañanas por delante de la perfumería y robo una pastilla de jabón en las narices del hombre viejo que cuida del puesto.

Todas las mañanas, al levantarme, contemplo con estupor sobre mi mesa tocador una pirámide de pastillas de jabón. No se me ocurriría

RENÉ LEHMANN

realización de este proyecto tendría, por otra parte, otra consecuencia muy apreciable: las aguas del Jordán y de sus afluentes son dulces (mientras que las del Mar Muerto son muy saladas) y podrían ser empleadas en la irrigación de 100.000 hectáreas.

Este proyecto entraña, como se ve, grandes posibilidades.

La citología

La lectura es como una llave sin la cual no pueden penetrarse conocimientos de ningún género.

Por ello es de trascendencia tal influencia que sobre cualquier sujeto ejerce la manera cómo se le enseñó a leer, y de ahí que la enseñanza de las primeras letras ocu-

pe tanto la atención de los pedagogos y demás personas relacionadas con la escuela.

La citología es un método para enseñar a leer, de invención relativamente moderna.

Lo primero que debe enseñarse a los niños es el perfecto conocimiento de las vocales. Para esto hay muchos medios, que el ingenio, la experiencia, etcétera, de cada maestro le proporcionarán. Deben conocerlas y distinguirlas en letra de carta y de molde, y también escribir las en ambos caracteres. Una vez conocidas las vocales, el maestro pasará a enseñar las consonantes, pero sin dar el nombre de éstas, sino solamente su sonido propio. Cuando los niños ya pueden emitir de un modo más o menos claro el sonido de la consonante en cuestión, el maestro tomará una vocal, la a,

los acerca de las alas, quiénes las tienen, para qué sirven, etc.; se escribirá en el tablero nuevamente la palabra ala, analizando, y sintetizando en seguida, tanto las letras como los sonidos de que dicha palabra consta.

El orden en que deban enseñarse las consonantes, y este orden es muy digno de considerarse con toda atención, pues la pronunciación de algunas de ellas ofrece más dificultades que las otras; así, por ejemplo, entre la Q y la S es indudable que la primera; lo propio puede decirse de la M y la X, de la X y la O, etc.

Creen algunos maestros que para el implantamiento del nuevo método tropiezan con "dificultades invencibles". Ninguna idea más falsa. Las únicas dificultades que pueden ofrecerse, e indudablemente se ofrecen, son las presentadas por el espíritu de rutina. Decidida voluntad y labor constante son los medios de vencerlas radicalmente.

Las causas de las apendicitis

Aunque los médicos de tiempos muy anteriores hayan señalado la presencia de larvas en el apéndice, hasta principios del siglo no se vino en conocimiento de la verminosa del apendicitis como adquisición nueva de la patología. Fue en 1901, el 12 de marzo, cuando Metchnikoff comunicó a la Academia de Medicina de París las primeras observaciones. Desde entonces los documentos clínicos favorables a esta tesis son numerosos.

Los parásitos intestinales capaces de ocasionar la apendicitis son el tricocéfalo, el oxiuro y la ascáride. El tricocéfalo es un gusano de pequeñas dimensiones constituido por dos partes bien distintas: una parte anterior filiforme, ahilada, y otra posterior abultada. Se instala y vive en la última porción del intestino delgado. Se fija por su parte anterior y se nutre de sangre. Su frecuencia es grande. Guirart lo ha encontrado en la mitad de los enfermos hospitalizados en París. En Lyon, Drivan lo ha encontrado en un 70 por 100 de los enfermos de su hospital.

El oxiuro es mucho más pequeño que el tricocéfalo. Tiene de 4 a 8 milímetros de longitud.

Es difícil, para algunos, que este parásito ocasione la apendicitis, pues suele habitar, según ellos, en la última parte del intestino grueso. Existe el error de que si la parte terminal del tubo intestinal es frecuentada por los oxiuros, es debido a que las hembras de estos gusanos descienden hasta esa parte para efectuar sus puestas. Pero el sitio preferido por estos gusanos es la parte final del intestino delgado.

La ascáride es mucho más voluminosa que los dos anteriores. Las hembras llegan a medir hasta 15 centímetros de largo. Se las puede encontrar en un punto cualquiera del tubo digestivo. Es un parásito vigoroso, de ligeros movimientos, que puede pinchar y morder la mucosa para fijarse en ella. Las perforaciones ocasionadas por ella son muy frecuentes, y la apendicitis ascáridiana aparece como la más grave. La mortalidad alcanza un 35 por 100, mientras que no es más que de un 11 por 100 en la apendicitis oxiúrica y de 12 por 100 en la causada por el tricocéfalo.

No hay que entender, sin embargo, que el papel nefasto de los gusanos de que venimos hablando es esencialmente mecánico; no se trata aquí únicamente de un traumatismo, sino de una infección.

de preferencia, para formar sílaba, anteponiendo la consonante en estudio; supongamos que ésta haya sido la l. La sílaba formada la, se pronunciará sosteniendo la l en uno como calderón, hasta caer a la a: l...a; el cual sostenimiento o calderón se irá acortando hasta pronunciar la sílaba la del modo corriente: l...a; l...a; l...a; l...a. Luego se buscará la manera de formar palabras sencillas, formadas de dos sílabas a lo sumo e integradas por los elementos enseñados inmediatamente antes.

En el caso presente se tomaría por ejemplo la palabra ala, que además ofrece la ventaja de ser un sustantivo, y por lo tanto la cosa que nombra puede también representarse gráficamente, lo que, en efecto, se hará. Después de una ligera y muy sencilla plática con los párvu-

LA PISTA Y LA ESCENA

Muchas veces hemos comentado acontecimientos turísticos en esta página, por su estrecha vinculación con la materia teatral. El chiste se presenta oportuno y fácil, brindando abundante el retruécano como para tentar el comentario festivo. Nosotros, que no desafiemos la ironía y que encontramos en el humorismo una de las más bellas expresiones del pensamiento, no nos desviamos del camino cuando a su vera encontramos una de esas flores de gracia que recrean la mirada y el olfato del filósofo vagabundo.

Pero, además, desde la seriedad docta y espectacular de la cátedra, cabe también estudiar, con aburrida profundidad, el nexo antiguo e inquebrantable que ligó siempre a la escena y la pista como lugares propicios a la floración teatral. En la pista, ya en la improvisada del ambulante titiritero o en la más fija y duradera del recinto cerrado, personajes bufos hacían los primeros ensayos del moderno sainete, al punto de que la moderna farándula no tenga tal vez otro origen, a menos que se prefiera encontrarlo en el ritual de ciertas religiones. Pero abandonando a plumas más sesudas la consideración de este grave problema de historia de arte, bástenos recordar, entre nosotros, el clásico apellidado de los Podestá, tan representativo en el origen y evolución de nuestro teatro.

La vida hipodromática ha sido llevada también al teatro y también en los hipódromos nos ha sido dado ver cosas verdaderamente teatrales. Por lo demás, uno mismo es el público de la pista y de la escena y análoga afición se advierte entre los componentes de una y otra actividad.

Estas modestas elucubraciones, que nos han resultado demasiado serias para un tema veraniego, son imputables, en toda su lamentable extensión, a los maestros Antonio y Arturo De Bassi, que, a pesar de no poder estar descontentos de su condición de compositores musicales, se han metido ahora a compositores turísticos. A los éxitos conseguidos en la escena, unen ahora otro nuevo, pero conseguido en la pista. Tenían ya muchas "producciones" y ahora cuentan también con un "producto". Todo ello se traduce en "producido". El debut lo han hecho este año con "Arpegio", como no podía ser menos, ya que los arpegios les han proporcionado muy buenos ratos. Ahora los maestros trabajan en el pentagrama y en la cancha, y harán correr sus caballos y sus notas con el mismo desenfreno hacia el éxito. Es fácil que en los nuevos números que escriban para las próximas revistas dejen de lado el lánguido y melancólico tango, para dar preferencia al ágil y nervioso shimmy y al rápido y furioso galope.

Con todo, nosotros, modestos cronistas, nos limitaremos a jugar a los caballos de los maestros De Bassi únicamente la plata de los boletos que no pagamos por oír la música de sus revistas.

EL REALISMO DA QUE HABLAR

Folco Testena es un autor estimable. Sabe muchas cosas de la vida y muchas cosas del teatro. Ha escrito obras de justo éxito, que le hemos aplaudido. Está, pues, y estamos nosotros, en condiciones de censurarle sus tropiezos. Uno de ellos es el que ha tenido al denominar "Tragedia de almas" a su nueva producción "Miseria nuestra", que ha debido estrenar en estos días la compañía realista del teatro Smart.

La tragedia, estimado Folco Testena, tiene que ser siempre de almas. Lo trágico no puede estar en el esternón de un caballero ni en el occipucio de una dama. Los tallarines, las camisetas y cualquiera de los motores del hidroavión de Franco, no pueden ser nunca trágicos, porque la tragedia es la consecuencia de un estado de pasión o, por mejor decir, esa misma pasión llevada al paroxismo, por mucho tuyo que tenga un plato de tallarines, por usada que esté una camiseta o por atracones de nafta que se dé un motor, no puede producirse en ellos el estado patético, "sin miserabilidades por ahora" en que consiste la tragedia. Quedamos, por consiguiente, en que las tragedias son siempre de almas, aunque a veces las origines los desalmados. En todo caso, hubiese resultado curioso que Folco Testena escribiera una "tragedia de cuerpos". No sabemos cómo podría interpretarlo el distinguido autor pero, a nuestro humilde entender, solamente podría llamarse por eufemismo, anfibología o metáfora "tragedia de cuerpo" a esos retorcimientos y angustias fisiológicas que frecuentemente se producen en el verano, por los trastornos en la digestión. Pero, en verdad, no creemos capaz a Folco Testena de llevar a las tablas a un hombre en ese lamentable estado, por más realista que sea el teatro.

SE ESTRENÓ, EN EL BUENOS AIRES, "UN INCENDIO"

A la serie de estrenos ofrecidos por la llamada compañía realista que actúa en el Buenos Aires, hay que agregar la pieza en tres cuadros, "Un incendio", firmada por Oscar R. Beltrán. No es, seguramente, un trabajo en el que su autor, que ha logrado buenos éxitos en nuestros escenarios, busque superarse. Posiblemente, es apenas un "tanto" para ensayar el género. Beltrán, en "Un incendio", revela su visión de la escena y cierta facilidad para encontrar efectos cómicos. Una po-

EL TEATRO CRÍTICA-GLOSA HUMORISMO

chade algo picante es esta obra, que regocijó al público con expresiones y situaciones audaces, remarcadas por los intérpretes.

LA 12.ª TEMPORADA DEL NACIONAL

En la primera quincena de marzo reabrirá sus puertas el Nacional, sala considerada como la catedral del género chico criollo. Don Pascual Carcavallo, empresario del teatro, se propone seguir el camino trazado en anteriores temporadas, en las que caracterizaron los espectáculos del Nacional la presentación de piezas cómicas en su mayor parte.

Seguirán proveyendo el cartel los autores Armando Discépolo, Claudio Martínez Payva y José Antonio Saldías, firmas acreditadas en el género nacional por horas y que han logrado largos éxitos en el año que ha terminado.

TERMINÓ CAVALLI Y COMPANIA

Ha puesto término a su breve actuación en el Marconi, la compañía de dramas y comedias italianas Franza-Piacentini y de la que forma parte el célebre bufo Cayetano Cavalli. El elenco acampará posiblemente en una sala de extramuros, antes de emprender una gira por el interior del país.

La sala del Marconi quedará desocupada hasta el sábado, en que se dará el primer baile de carnestolendas. Después de la ida de Momo, lo ocupará una compañía de operetas hasta fines de marzo.

Por lo demás, para el año que ha empezado, el empresario, don Miguel Gea, tiene un amplio programa que desarrollar en la sala que arrienda.

EL TEATRO CENTENARIO

Podría llamarse así, desde la última temporada, el teatro Maipo, porque todas las revistas que allí se vienen dando con éxito inusitado a pesar de todas las temperaturas, cuentan por centenares su vida en el cartel. Está en la memoria de todos los vecinos de la gran aldea, así como en la de los transeúntes que nos visitaron, el favor que el público ha dispensado a este teatro, a través de una temporada difícil y de terrible competencia. Aparte del acierto de los autores y de la artística presentación de los espectáculos, el factor misterioso que encumbra o voltea propósitos ha estado siempre de parte del conjunto que actúa en el Maipo. Siguen, pues, gozando de la benévola racha las revistas "Abajo los hombres" y "Labios pintados", que se encuentran ya en vehemente predisposición para conseguir la tradicional longevidad. La primera llegará muy pronto al par de cientos y la última cumplió en estos días su centenario. La cosa sigue como sobre rieles y, no obstante el calor, la sala se ve casi todas las noches repleta de gente.

UNOS SE VAN Y OTROS VIENEN

Conserva la temporada veraniega características análogas a la que presentó la oficial del año pasado. La revista impera en todo su apogeo, merced al favoritismo de que goza entre el público. Como rezago del gran auge que tuvo este género teatral, andan por ahí gran cantidad de elementos aptos para integrar una correcta compañía batallanesca. Lo que antes era fácil para el llamado teatro de verso, ahora lo es para éste y para el de revistas, especialmente para este último, en el que bastan para hacer un lucido papel la circunstancia de ser mujer, el detalle de ser bonita y la suerte de no ser muy exigente en sus pretensiones artísticas. Así se advierte que con toda facilidad se constituye un elenco para reemplazar a otro, y el cambio tiene lugar casi siempre con lisonjero éxito. He ahí lo ocurrido en la Comedia. Terminó la compañía de Ballesteros y la ha substituido otra dirigida por el maestro Devalque, con favorable acogida. El debut tuvo lugar con la reposición de "Dónde vas con mantón de Manila" y el estreno de una nueva pieza titulada "Estáte por ahí, ya te llamaré". Detalles, en el próximo número.

NOS VISITARÁ LEOPOLDO FRÓES

En la primera decena de marzo llegará de Río de Janeiro la compañía que encabeza el actor brasileño don Leopoldo Fróes, la cual hará su presentación en el Odeón.

Las informaciones que tenemos del señor Fróes acreditan a un gran actor el más destacado del Brasil, que ha triunfado ampliamente en los escenarios del país vecino. A estar a esas informaciones, el nombrado comediante posee brillantes aptitudes y una fácil flexibilidad, merced a la cual lo mismo es notable en la comedia que en el drama. Fróes no es un actor solamente; es un hombre de gran cultura, con título universitario, y una de sus características es la elegancia de sus gestos y una mesura "muy francesa" en la interpretación de todos los papeles que desempeña. Esperamos, pues, admirar al aplaudido artista dentro de poco, adelantándose

que si él es un eximio comediante, los elementos que le rodean son también muy buenos

LA COMPANIA DE LA FERRANDIZ

Don Francisco Defillipis Novoa, apreciado autor, viene organizando la temporada que desarrollará durante esta "season" la compañía que dirige, de la que es primera figura la interesante actriz señora Gloria Ferrandiz. En la primera quincena de marzo hará su presentación en el teatro Alberdi, de Tucumán, poniendo en escena "La casa en orden", comedia del autor inglés Arturo Pinero.

Terminada su actuación en dicha ciudad, el conjunto emprenderá una gira en la que tocará los principales puntos de la República, representando las obras nacionales y extranjeras de mayores quilates artísticos, que tal es el norte de la compañía, digno de subrayarse en estos tiempos de desorientación y obras subalternas.

HOMENAJE A AUTORES DESAPARECIDOS

La empresa del Sarmiento se ha dirigido a las entidades de autores, poniéndolas en conocimiento de que se propone, durante esta temporada, efectuar algunas funciones en homenaje a los autores nacionales caídos, debiendo ser la primera en honor del doctor César Iglesias Paz, autor de "La conquista", fallecido hace dos años.

Aparte de ser una idea muy simpática por lo justa que es la recordación de los buenos autores, este movimiento propende a exhumar las viejas obras nacionales, muy superiores a las que ahora se escriben.

EL ACTOR FREGUES ENCABEZARÁ UN CONJUNTO

El inteligente actor nacional Nicolás Fregues, cuya actuación en los escenarios lo ha destacado entre los buenos galanes de nuestra escena, se ha resuelto a organizar una compañía y empezar en el mes de abril una gira por provincias, al frente de la misma. Secundará al interesante intérprete excelentes elementos, entre ellos la actriz señora Carmen Casnell, que reanudará su labor tras algunos meses de interrupción, y las señoras Obdulia Bouzá, Malva Castelli, etc.

El autor don Pedro E. Pico ha cedido a Fregues sus dos últimas producciones: "La luz de un fósforo" y "La canción de la aguja"; también don Samuel Eichelbaum le ha entregado una comedia sin título aún y, aparte de estas obras nacionales, el conjunto estrenará "La comedia de los burgueses", de Máximo Gorki, y "La muerte de los amantes", de Luis Chiarelli, vertida al castellano por Edmundo Guibourg y René Garzón.

Como se ve, se trata de un plan serio y meditado, pudiendo descontentarse que la compañía de Fregues está llamada a obtener muchos éxitos en los teatros del interior en que toque durante su gira, empezando por el Novedades, de Córdoba, donde debutará el 8 de abril.

ELENCO DEFINITIVO DEL SARMIENTO

Una de las temporadas de género chico nacional que se organiza con mayor cuidado y que parece destinada a tener un buen resultado, es, sin duda, la del Sarmiento. Su empresario, don Carlos Reali, viene desplegando mucha actividad en los preparativos y poniendo especial atención en todos los detalles.

He aquí el elenco definitivo, donde hay más de una figura excelente:

Actrices: Rosario Agüeda, Cora Blanco, Fany Bera, Lila Caus, Mecha Caus, María Esther Duckse, Laure Grierson, Azucena Hernández, María Limberti, Clementina Machado, Chola Osés, Amelia Villa, María Vitaliani.

Actores: Agustín Barrios, Ricardo Cánepa, Alfredo Camiña, Américo Crisenolo, Pedro Fiorito, Alejandro Flores, Herminio González, Ernesto Machado, Ricardo Pasano, Ramón Pérez, Enrique Serrano, Froilán Varela, Juan Varela, Aurelio Ventura.

ROMPIENDO EL FUEGO

El Apolo ha de ser el teatro que iniciará primero que todos su temporada. El debut está fijado para el 26 del actual y Arata y Morganti confían en aquello de que el primero que pega, pega dos veces. Allí veremos si el tiempo no modifica los proverbios...

EN EL PUBYREEDÓN DEBUTARON OLARRA Y BOUIER

El jueves hizo su presentación, en la bonita sala de Flores, el conjunto nacional que encabezan los conocidos actores José Olarra y Carlos Bouhier, elementos discretos pertenecientes a la compañía de Camila Quiroga.

La presentación, efectuada con "El movimiento continuo", permitió destacar la actuación de Olarra, quien, en el papel del catalán Astrada, renovó la excelente

impresión que hizo en otra oportunidad al representar la regocijante pieza de Discépolo y De Rosa.

El público premió con su aplauso a los intérpretes, siendo de esperar que el conjunto realice en esta sala una discreta temporada.

"LO QUE DIOS DISPONE"

La comedia de Pedro Muñoz Seca, el rey del "astracán", que se estrenó hace apenas tres meses en Madrid, ha sido adquirida como exclusiva por el actor Julio Sanjuán, a fin de representarla en la temporada que se dispone a hacer, desde marzo próximo, en el Mayo, y que tendrá el atractivo de la participación del gran actor cómico español, don Rogelio Juárez, viejo conocido de nuestro público.

"Lo que Dios dispone" obtuvo un éxito largo en España y, a juzgar por las informaciones periodísticas, es uno de los grandes aciertos cómicos del autor de "La venganza de don Mendo".

La exclusiva obtenida por Sanjuán es, pues, de importancia, y el nombrado comediante se propone estrenarla entre nosotros después de una esmerada preparación.

PALMADA, SE FUÉ

Fué una nota fugaz pero simpática. El viejo actor Palmada reapareció en Avenida como una de esas visitas de ocasión que ponen en evidencia viejos afectos. Se le aplaudió con entusiasmo, y él nos hizo recordar el viejo repertorio español, tan grato siempre. Llegó y se fué. Después de todo, es lo que ocurre con todas las cosas bellas de la vida.

LA TEUTONIZACIÓN DE SANJUÁN

No dejará de ser el popular actor Julio Sanjuán más español que las "perras gordas" o que el chocolate con churros; pero, en su afán de ofrecer una temporada llena de variedad y animación, llevó al cartel una pieza alemana traducida por Cappenberg y Fernández Arias, con el título de "El socio de Java". Esta pieza cómica debió estrenarse durante la semana anterior, y a ella le dedicaremos, en el próximo número, el debido comentario.

OCIOS DE LA FARÁNDULA

El cronista es invitado a ir al paddock del Hipódromo Argentino un domingo de temperatura agradable, que convida a los paseos al aire libre. Apenas llega, ve que en el recinto aristocrático abundan los representantes de la farándula. Desde la primera actriz de comedia hasta el popular autor de sainetes, pasando por el revisero, el músico y el "machetista", desfilan todos a su lado, mezclados con la muchedumbre ávida de acertar ganadores.

Los artistas en receso buscan emociones, y nada más propicio para eso que las carreras, cuyas tiquillas reciben con voracidad de fieras hambrientas los pesos que ingresan en las boleterías. El dinero, al cabo y al fin, ha sido inventado para ponerse en circulación, y hay que ver cómo circula en el hipódromo...

Los ocios de los cómicos se traducen en pesos perdidos.

GRAND SPLENDID

Un cartel muy interesante ha preparado la empresa de este grandioso cine para la semana en curso. Si bien es cierto que la temperatura es la gran enemiga en esta estación del espectáculo teatral y cinematográfico, hay mucha gente que desafía la canícula por ver cintas bellas. Es así como el Grand Splendid no reduce su público y pueden contarse por centenares las personas que acuden a las veladas. En estos días, merced a la importancia de los films, ha de verse muy frecuentada esta regia sala.

FLORIDA

En la bonita sala del pasaje Güemes, que tiene mucho de femenino, por lo coqueta y delicada, continúa actuando la cancionista criolla Ada Falcón, que es el número "clon" de los espectáculos. Con ella, muestran sus habilidades otras artistas de agradable desempeño, todo lo cual contribuye a que las funciones se vean bien pobladas de público.

CAPITOL

La bella sala de la calle Santa Fe, que administra con mucho acierto el señor Leuona, efectúa sus funciones con bastante público, que acude a admirar las hermosas películas que se proyectan en la pantalla. El cartel para estos días es sumamente atrayente y el público acudirá en grueso número a las funciones.

CASINO

La popular sala de la calle Maipú viene ofreciendo espectáculos interesantes desde que actúan los artistas recién llegados de Europa.

CORREO TEATRAL

Hirondelle.—Esta simpática ave nos acompaña por todas partes. La tenemos posada continuamente sobre nuestra mesa de trabajo, y ella es la que nos da la clarinada con que nos despierta al día y el trino emocionado con que nos sumerge en el sueño de la noche. Nuestro primer poema se titulará "Hirondelle", y, seguramente, terminará con estas palabras: "A toujours".

AGUA DE COLONIA **SUPREMA**

El Agua de Colonia **Suprema** ha sido la favorita por mucho tiempo. De fragancia suave y deliciosa en el uso, el perfume del Agua de Colonia **Suprema** es extraordinariamente persistente. El Agua de Colonia **Suprema** existe en varias fragancias y en frascos de varios tamaños, todos tan bonitos como el dibujo.

—Y para el cabello—
Loción Cielito Mío
tan popular como siempre
—una preparación exquisitamente perfumada.

En venta en todas partes.



BUEN APERITIVO
HESPERIDINA
RICO LICOR DESDE 1864

con soda helada

¡Qué delicioso Refresco!

Calmar la sed los días caniculares y reanimar el espíritu abatido por el calor, es otra de las virtudes que han hecho famosa a la vieja y prestigiosa HESPERIDINA.

Es el Refresco predilecto de las familias y el que Ud. ve tomar siempre en todos los bares y confiterías.

